

INSTITUTO DE TEOLOGIA PARA RELIGIOSOS

I T E R
REVISTA DE TEOLOGIA

DIOS PADRE

CARACAS
Publicaciones ITER
1999

ITER

REVISTA DE TEOLOGIA

ENERO - JUNIO 1999
AÑO X, Nº 1

*Revista Semestral
del Instituto de Teología
para Religiosos*

DIRECTOR:

Eduardo Frades

CONSEJO DE REDACCION:

*José C. Ayestarán, Carlos Bazarra, Corrado Pastore,
Felicísimo Martínez, Pedro Trigo*

COLABORADORES:

*Juan Pablo Perón, Bruno Renaud
Román Sánchez, Luis Ugalde,
Mikel de Viana, Jean-Pierre Wyssenbach.*

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

ITER-Instituto de Teología para Religiosos
3a. Avda. con 6a. Transv. (E. Benaim Pinto)
Apdo. 68865
(Telf.: 02-261.85.84, Fax: 02-835311)
Caracas 1062 A (Venezuela)

ISSN: 0798-1236
Depósito legal pp. 90-0124

Con las debidas licencias

1999 Publicaciones ITER
Caracas (Venezuela)

SUSCRIPCIONES 1999:

Correo Normal: Venezuela: Bs.5000
Extranjero: \$ 14
Por Avión: Extranjero: \$ 16

DIAGRAMACION:

CSPJ - Caracas
Telf.: 02-237.56.25

IMPRESION:

E.T.P. Don Bosco
Caracas-Venezuela
Telf.: (02) 237.08.02

INDICE

PRESENTACION.....	5
ESTUDIOS	
¿Qué haremos con Dios en el siglo XXI?	11
<i>Pedro Trigo, sj</i>	
¿Qué significa "Padre nuestro" cuando no vivimos como hermanos	42
<i>Jean-Pierre Wyssenbach, sj</i>	
La mujer, creada a imagen y semejanza de Dios. La revelación de Dios en la mujer	61
<i>Elda Ramírez, O.P.</i>	
Los dioses de carne y el Padre de Jesús	81
<i>Mikel de Viana, sj</i>	
"No se dejen llamar Padre" (Mt 23,9)	99
<i>Carlos Bazarra, OFM.Cap.</i>	
"Mi Padre, que es el Padre de Ustedes, mi Dios que es su Dios" (Jn 20,17)	117
<i>Trigo Pedro, sj</i>	
Se solicitan Agentes de Pastoral orantes y que enseñen a orar	134
<i>Jesús Genaro Pérez, ocd (Chulalo)</i>	

**XVI SEMANA DE TEOLOGIA DEL ITER
XVII JORNADAS DE REFLEXION DE LA UCAB**

**"DIOS PADRE"
HACIA EL TERCER MILENIO**

**Universidad Católica Andrés Bello - Centro Loyola
Caracas, 15-17 dde marzo de 1999**

El primer número de este año 1999, fin de siglo y vísperas del Tercer Milenio, lo dedicamos a reflexionar sobre “Dios Padre”, como se propuso hace unos años a toda la Iglesia. A ello va a dedicarse la Semana Teológica que venimos celebrando conjuntamente con la Universidad Católica Andrés Bello desde hace unos años. El tema es inabarcable y, como pocos, inefable. Pero hemos querido acercarnos con respeto y amor filiar al Dios de todos y al Padre Nuestro, desde distintas angulaciones. Se intentó comenzar históricamente, con un breve recorrido por la Escritura y la Tradición eclesial de los primeros siglos. A ello respondía la primera jornada, con los trabajos de Wyssenbach y Bruno Renaud. Luego entraríamos en la problemática actual, desde las ciencias humanas tales como la sociología, la psicología y hasta el psicoanálisis. Por diversas circunstancias estos artículos, en su mayor parte de la segunda jornada, no están listos para su publicación a la hora del cierre; pero se presentarán en la Semana y tal vez ulteriormente se publicarán. La tercera jornada abordaría algunos temas pastorales, entre los muchos que la reflexión anterior ha podido ir suscitando. Sin embargo, el orden final no ha resultado tan claro; por lo que dejamos los trabajos en el orden real de presentación, notando las ausencias.

Abre las jornadas un primer trabajo *Pedro Trigo* donde se pregunta “¿*Qué haremos con Dios en el siglo XXI?*”. No lo entiende como la insensata pretensión humana de dominar a Dios, ni siquiera de acercársele; sino como la graciosa posibilidad ofrecida por El al hombre de oírle y responderle. Ante la Revelación eventual (y acontecida) de Dios, el hombre es ante todo “responsable”. Por eso está dotado de una libertad que Dios respeta absolutamente, lo mismo que la autonomía del mundo. Por eso “la salvación, que es de El sólo... requiere de nuestra respuesta, sale de nosotros, es responsabilidad nuestra”. Las posibles respuestas que el autor visualiza para el siglo XXI son: 1) Dejar a Dios de lado (un “vivir sin Dios” válido, pero sin

un “vivir ante Dios” humanizadamente necesario). 2) Religión sin conversión, que se está realizando ya masivamente en la “New Age”, y no sólo en ella; viene a ser la nueva forma de “idolatría”, o Dios a mi medida. 3) Vivir de fe, pasando de un previo fiarse a una confianza fundada en la experiencia de “cuán bueno es el Señor” (Sal 34,9).

Caben otras tres posibilidades de vivir eso mismo socialmente: 4) Organizar espacios socioculturales en nombre de Dios (en cualquier tipo de Iglesia-Poder). 5) Confinar a Dios al ámbito privado (como siempre pretendió el liberalismo). 6) Vivir de fe en comunidades abiertas, incluso interreligiosas. Al fin se pregunta si su apuesta por el sujeto no suena a “exquisitez elitescas”. Responde que no; y que especialmente el pobre que vive su conato agónico por la vida, experimenta esa personalización, en comunicación bidireccional, como la Buena Nueva de Jesús. Por eso añade una “Coda” sobre el encuentro con Dios en el siglo XXI, como lo imagina y espera. Puesto que la fe es histórica y llega por el oído, ¿quién anunciará esa Buena Nueva a los pobres?. Serán los “pobres con Espíritu”, verdadero corazón de la Iglesia, lo reconozca o no. Ello sienten la “pasión de Dios por el hombre”; en su doble sentido de preocupación apasionada, y de sufrimiento solidario porque se logre su plan de filiación-fraternidad, sin excluidos ni verdugos. Esto no es teoría teológica, es ya realidad histórica en la vida de Jesús de Nazaret.. y de todo lo que hay de su Cuerpo en el mundo, por la fuerza de su Espíritu derramado. Esa es la “Internacional de la Vida” por la que apuesta nuestro autor, y que ya está en marcha.

El artículo de *J.P. Wyssenbach* va pasando revista a un conjunto de imágenes de Dios en el AT y NT: Creador y Libertador, Legislador y sobre todo Padre/Madre. Este es el nombre preferido por Jesús, mantenido en su forma aramea por el NT: ‘Abba’ (Mc 14,36; Gál 4,6; Rm 8,15). El es el único que debe llevar ese título, así nos enseña a invocarlo en la oración, subrayando bien que es “Padre nuestro”, ya que todos nosotros, desde ese Padre común, somos hermanos. Esa es la cuestión que preocupa al autor, y que se vuelve pregunta en el título “*¿Qué significa Padre nuestro cuando no vivimos como hermanos?*”. Sin una fraternidad vivida, es ilusión o engaño esa Paternidad proclamada.

Por su lado *Elda Ramírez* nos presenta unas “*reflexiones sobre la revelación de Dios en la mujer*” que parten de la creación de la mujer (no sólo del varón) a imagen y semejanza de Dios, para mostrar rasgos de Dios que se revelan en la forma humana de ser que es la mujer, como sería el que “cuando

se vive para el otro, la libertad personal está limitada”. Lo femenino de Dios -por hablar así- se muestra sobre todo en María de Nazaret. Si ni en la creación de Eva ni en la encarnación del Verbo interviene el varón, es que Dios nos comunica “que sólo El es el dador de vida y es la mujer la mediación más perfecta... para recrear y multiplicar la vida. Y en María junto a la Cruz Dios manifiesta su sufrimiento por este Hijo. “Podríamos decir que Dios... sangra por su Hijo en el Corazón de María”. Finalmente señala algunos rasgos maternos (femeninos) de Jesús, sobre todo en base al evangelio del Discípulo Amado (Jn 7,37s; 16,21;19,34).

Si el tema de la complementariedad “femenina” de la imagen paterna de Dios cabe bien ahí, se pensaba en principio como una de las reflexiones pastorales, por los motivos que las ciencias humanas mismas parecían apuntar. Pero ciertamente tocaba en este momento de reflexión histórica el trabajo de *Bruno Renaud* sobre “*Dios Padre Todopoderoso en los primeros siglos de la Iglesia*”, del que no disponemos ahora. Ni tampoco están listos los escritos del psicólogo *Alejandro Moreno* sobre el punto “*Dios Padre desde la psicología*”; ni el del psicoanalista *Fernando Rísquez* sobre “*El arquetipo “Pater”*” que conformaban originalmente la segunda jornada.

Junto a ellos está el de *Mikel de Viana* que se titula “*Los dioses de carne y el Padre de Jesús*”. Comienza afirmando provocadoramente que “nuestros primeros dioses son nuestros padres”; y lo muestra, presentando el proceso de formación de la persona, desde el estadio más infantil hasta la adolescencia. La función paterna es necesaria para que se logre la personalidad autónoma, libre y abierta a su propio futuro. Al encarnar la justicia, el padre sublimado es también imagen de Dios, admirado y temido a la vez. Pero “la experiencia de la gracia y de la misericordia inmerecida... pone en crisis todas nuestras concepciones de la justicia”.

Para revelarnos el verdadero rostro del Dios-totalmente-otro, Jesús va estableciendo una distancia simbólica respecto a sus figuras paternas, sobre todo creando un nuevo tipo de familia (Mc 3,31ss). Y eso mismo les exige a sus discípulos. En definitiva Jesús deja al Padre ser quien es, deja a Dios ser Dios plenamente; no hace de Dios la proyección de los deseos infantiles.

Frente a esto, el autor propone un discernimiento cristiano sobre experiencias religiosas que se dan sobre todo en las formas religiosas de la “Nueva Era”, pero que “no son del todo ajenas al proceso de maduración de la fe de los creyente cristianos”. Se trata del “dios-igual” a uno mismo; el dios

de la fusión maternal, de la omnipotencia paterna, de la plenitud falsificada; o el dios de la disolución panteísta en vez del Dios del encuentro amoroso. Toda experiencia mística auténtica, lejos de llevar a fusión identificante, hace más consciente al hombre del abismo que lo separa de Dios, al experimentar su limitación y debilidad, su ignorancia y su pecado. El hombre se siente “más agudamente consciente de su necesidad de Sustento-fundamento y de Misericordia-perdón”. Por eso cabe decir que esa fusión que pretende la nueva religiosidad, no es verdadero encuentro con Dios, sino “la construcción ilusoria de un dios autocomplaciente”, un dios mamá-alcahueta de nuestros narcisismos y cobardías demasiado humanos.

Abriendo la sección pastoral, nuestro hermano *Carlos Bazarra* nos vuelve a recordar el dicho evangélico de Mt 23,9: “*No se dejen llamar ‘padre’*”. Sólo Dios, y nada menos que Dios, es nuestro Padre; por lo que “todos nosotros somos hermanos”. El hombre no es nunca “divino”, ni hay autoridades “sagradas” por encima de los demás cristianos, sino a su servicio. Aunque la frase sea mateana, “estamos en el genuino espíritu del mensaje evangélico”, que quiere borrar todo título honorífico; porque el riesgo de tomarlo por real y actuar en consecuencia es demasiado obvio. El riesgo mayor se ha dado en el papado, hasta llegar a verdaderas “papolatrías” teológicas y populares. El ejemplo del papa Gregorio Magno - que no se dejó llamar “obispo universal” - no ha sido seguido por casi nadie. Ninguno debe olvidar su “condición humana”, creatural, ni la fraternidad evangélica, único camino real de vivir la filiación divina (1 Jn 4,20). Anota que “una iglesia clericalizada y masculina sigue sin creer a las mujeres”, y de ello habrá que pedir perdón. “Si en el fondo de mi conciencia yo no me considero hermano, sino en un nivel superior, estoy en una actitud antievangélica”. Así de elemental y franciscanamente evangélico.

Finalmente *Pedro Trigo*, tomando el título de una frase de Jesús resucitado, “*Mi Padre, que es el Padre de ustedes, mi Dios, que es su Dios*” (Jn 20,17), nos habla del “deslinde impostergable” e imprescindible que debemos hacer entre la imagen de un Dios-Patriarca de los patriarcas y el Padre de Jesús, que es Padre Nuestro. Si el patriarcalismo ha dominado las culturas por siglos, sin que quepa exceptuar -sino muy al contrario- las iglesias cristianas, hoy debemos cambiar ese signo. No sólo por la crisis actual del mismo y el cambio de paradigma. Para superar esa “deformación patriarcal” nos propone tres principios que llama: encarnación, analogía y narración. Termina explicando apretadamente la revelación que nos hace Jesús de Dios

se vive para el otro, la libertad personal está limitada”. Lo femenino de Dios -por hablar así- se muestra sobre todo en María de Nazaret. Si ni en la creación de Eva ni en la encarnación del Verbo interviene el varón, es que Dios nos comunica “que sólo El es el dador de vida y es la mujer la mediación más perfecta... para recrear y multiplicar la vida. Y en María junto a la Cruz Dios manifiesta su sufrimiento por este Hijo. “Podríamos decir que Dios... sangra por su Hijo en el Corazón de María”. Finalmente señala algunos rasgos maternos (femeninos) de Jesús, sobre todo en base al evangelio del Discípulo Amado (Jn 7,37s; 16,21;19,34).

Si el tema de la complementariedad “femenina” de la imagen paterna de Dios cabe bien ahí, se pensaba en principio como una de las reflexiones pastorales, por los motivos que las ciencias humanas mismas parecían apuntar. Pero ciertamente tocaba en este momento de reflexión histórica el trabajo de *Bruno Renaud* sobre “*Dios Padre Todopoderoso en los primeros siglos de la Iglesia*”, del que no disponemos ahora. Ni tampoco están listos los escritos del psicólogo *Alejandro Moreno* sobre el punto “*Dios Padre desde la psicología*”; ni el del psicoanalista *Fernando Rísquez* sobre “*El arquetipo “Pater”*” que conformaban originalmente la segunda jornada.

Junto a ellos está el de *Mikel de Viana* que se titula “*Los dioses de carne y el Padre de Jesús*”. Comienza afirmando provocadoramente que “nuestros primeros dioses son nuestros padres”; y lo muestra, presentando el proceso de formación de la persona, desde el estadio más infantil hasta la adolescencia. La función paterna es necesaria para que se logre la personalidad autónoma, libre y abierta a su propio futuro. Al encarnar la justicia, el padre sublimado es también imagen de Dios, admirado y temido a la vez. Pero “la experiencia de la gracia y de la misericordia inmerecida... pone en crisis todas nuestras concepciones de la justicia”.

Para revelarnos el verdadero rostro del Dios-totalmente-otro, Jesús va estableciendo una distancia simbólica respecto a sus figuras paternas, sobre todo creando un nuevo tipo de familia (Mc 3,31ss). Y eso mismo les exige a sus discípulos. En definitiva Jesús deja al Padre ser quien es, deja a Dios ser Dios plenamente; no hace de Dios la proyección de los deseos infantiles.

Frente a esto, el autor propone un discernimiento cristiano sobre experiencias religiosas que se dan sobre todo en las formas religiosas de la “Nueva Era”, pero que “no son del todo ajenas al proceso de maduración de la fe de los creyente cristianos”. Se trata del “dios-igual” a uno mismo; el dios

de la fusión maternal, de la omnipotencia paterna, de la plenitud falsificada; o el dios de la disolución pantefista en vez del Dios del encuentro amoroso. Toda experiencia mística auténtica, lejos de llevar a fusión identificante, hace más consciente al hombre del abismo que lo separa de Dios, al experimentar su limitación y debilidad, su ignorancia y su pecado. El hombre se siente “más agudamente consciente de su necesidad de Sustento-fundamento y de Misericordia-perdón”. Por eso cabe decir que esa fusión que pretende la nueva religiosidad, no es verdadero encuentro con Dios, sino “la construcción ilusoria de un dios autocomplaciente”, un dios mamá-alcahueta de nuestros narcisismos y cobardías demasiado humanos.

Abriendo la sección pastoral, nuestro hermano *Carlos Bazarra* nos vuelve a recordar el dicho evangélico de Mt 23,9: “*No se dejen llamar ‘padre’*”. Sólo Dios, y nada menos que Dios, es nuestro Padre; por lo que “todos nosotros somos hermanos”. El hombre no es nunca “divino”, ni hay autoridades “sagradas” por encima de los demás cristianos, sino a su servicio. Aunque la frase sea mateana, “estamos en el genuino espíritu del mensaje evangélico”, que quiere borrar todo título honorífico; porque el riesgo de tomarlo por real y actuar en consecuencia es demasiado obvio. El riesgo mayor se ha dado en el papado, hasta llegar a verdaderas “papolatrías” teológicas y populares. El ejemplo del papa Gregorio Magno - que no se dejó llamar “obispo universal” - no ha sido seguido por casi nadie. Ninguno debe olvidar su “condición humana”, creatural, ni la fraternidad evangélica, único camino real de vivir la filiación divina (1 Jn 4,20). Anota que “una iglesia clericalizada y masculina sigue sin creer a las mujeres”, y de ello habrá que pedir perdón. “Si en el fondo de mi conciencia yo no me considero hermano, sino en un nivel superior, estoy en una actitud antievangélica”. Así de elemental y franciscanamente evangélico.

Finalmente *Pedro Trigo*, tomando el título de una frase de Jesús resucitado, “*Mi Padre, que es el Padre de ustedes, mi Dios, que es su Dios*” (Jn 20,17), nos habla del “deslinde impostergable” e imprescindible que debemos hacer entre la imagen de un Dios-Patriarca de los patriarcas y el Padre de Jesús, que es Padre Nuestro. Si el patriarcalismo ha dominado las culturas por siglos, sin que quepa exceptuar -sino muy al contrario- las iglesias cristianas, hoy debemos cambiar ese signo. No sólo por la crisis actual del mismo y el cambio de paradigma. Para superar esa “deformación patriarcal” nos propone tres principios que llama: encarnación, analogía y narración. Termina explicando apretadamente la revelación que nos hace Jesús de Dios

como Padre, en el marco de judaísmo de su época. Ese Padre suyo sigue siendo su Dios; y él se ha consumado como Hijo suyo al consumarse como Hermano nuestro. Y Dios Padre quiere que nosotros seamos así de humanos como fue Jesús. Tarea humanamente imposible, pero posibilitada por el don de su Espíritu. “En Jesús se nos revela que hacer como nuestro Padre del cielo es obrar de un modo plenamente humano, pero tan humano como sólo los hijos de Dios pueden serlo. Así pues, en Jesús se nos revela que Dios es el paradigma de la humanidad”; y eso es seguir a Jesús, o proseguir su obra, por el Espíritu que ha derramado sobre todo hombre, lo sepa o no lo sepa, pues obra desde lo más íntimo nuestro, desde lo que nos hace enteramente humanos como Dios nos soñó y espera.

Como señalamos antes, algunos de los trabajos para la Semana no están listos a la hora de la publicación. En cambio, en el número anterior, por razones de espacio, dejamos de publicar este escrito de *Jesús Genaro Pérez*, quien como buen carmelita se preocupa por un tema que es prioritario para todos: que los evangelizadores seamos hombres de oración y capaces de ser mistagogos en ella para otros. Estaba pensado para el Concilio Plenario, y sigue siendo importantísimo que se tenga en cuenta; y más para un auténtico encuentro con el verdadero rostro de Dios Padre, y no con las ilusiones de nuestra autocomplacencia, tales como las que propicia la religiosidad de la “Nueva Era”.

Eduardo Frades Gaspar, CMF

PUBLICACIONES DEL ITER

- AA.VV., *Evangelizar hoy a Venezuela*, Caracas 1985, pp. 158.
- AA.VV., *Experiencia religiosa en el joven venezolano*, Caracas 1985, pp. 212.
- NAVARRETE Urbano - URRUTIA Francisco Javier, *Nuevo Derecho Canónico. Presentación y Comentario*, Caracas 1987, pp. 320.
- AA.VV., *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio. A los 20 años del Vaticano II*, Caracas 1987, pp. 446.
- PASTORE Corrado, *Bibliografía teológico-pastoral de Venezuela 1965-1986*. Separata de *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio*, Caracas 1987, pp. 156.
- AYESTARAN José C., *Qué es el ITER. Una reseña histórica*. Caracas 1987, pp. 48.
- AA.VV., *La inculturación del evangelio*, Caracas 1988, pp. 166.
- AA.VV., *Los Laicos en la Iglesia y en el Mundo*, Caracas 1989, pp. 145.
- AA.VV., *Doctrina social de la Iglesia y promoción humana hoy*, Caracas 1991, pp. 184.
- PERON J.P., *ITER 1979-1995. Reseña histórica y Organización Académica*, Caracas 1995, pp. 208.

INSTITUTO DE TEOLOGIA PARA RELIGIOSOS

Urb. Altamira, 6ª Transv. (entre 3ª y 4ª Av.)
Telf.: 02 - 261.85.84, Caracas 1062-A (Venezuela)

¿QUE HAREMOS CON DIOS EN EL SIGLO XXI?

Pedro Trigo, sj

I. UNA PREGUNTA DECISIVA

La pregunta de buenas a primeras suena paradójica, incluso pretenciosa, blasfema. En efecto, sería pensar muy toscamente de Dios representárnoslo a merced de nuestras acciones, incluso de nuestros pensamientos. Dios no está a nuestro alcance. ¿Qué vamos a poder hacer con él? El es el que nos ha creado y nos sostiene, o mejor, el que nos crea incesantemente. Si nosotros no nos fundamos en nosotros mismos, si la existencia humana es desfondada, si la funda Dios, que está “más adentro que lo íntimo mío”, es decir, que nos trasciende desde la inmanencia ¿cómo vamos a llegar a Dios? ¿Qué sentido puede tener, entonces, la pregunta por lo que decidiremos hacer con él? Decidir qué hacer con Dios, ¿no es una pretensión absolutamente ridícula? ¿Es posible, por ejemplo, esconderse de Dios, como pretendieron ya Adán y Eva (Gn 3,8-10). ¿Es posible huir de Dios, como intentó el profeta Jonás? (Jon 1,1-3.10;3,1-3). “¿A dónde iré lejos de tu aliento/ a dónde escaparé de tu mirada? (...) Tú has creado mis entrañas/ me has tejido en el seno materno” (Sal 139, 7.13; cf Sal 14,58, 73,94). Y en el otro extremo ¿es posible hacerle algún favor a Dios? Eso pretendió David cuando quiso construirle un templo, y se le respondió que Dios es el único que construye todo, que él es el que favoreció sus empresas y el que le edificaría una dinastía (2 Sam 7,1-11; Sal 127). Dios no necesita nada: “Si tuviera hambre, no te lo diría/ pues el orbe y lo que encierra es mío” (Sal 50,12; Jr 7,21-23).

La pregunta sobre qué haremos con Dios, si se la entiende como una pretensión humana, no sólo carece de sentido sino que es positivamente necia,

ya que se basa en el desconocimiento del ser humano y de sus posibilidades, y de Dios y su trascendencia respecto de su creación. Sin embargo, desde otro punto de vista, la pregunta no sólo es pertinente sino absolutamente ineludible y decisiva. En efecto, si es verdad que no podemos llegar a él, porque está fuera de nuestras posibilidades, en las suyas sí está llegar hasta nosotros. Es decir, revelarse.

En rigor la persona propiamente dicha, también la persona humana, es inaccesible: la interioridad humana puede dar indicios de sí, pero a ella sólo se accede, si ella misma se abre y permite el acceso. E incluso abierta, no se entra así nomás, automáticamente; requiere un proceso personal en la persona que entra y nunca es posible entrar hasta adentro del todo. Si esto sucede porque toda persona, en cuanto tal, es trascendente, tratándose de Dios la trascendencia es infinita. Pero así como la persona humana puede abrirse, así también lo puede hacer Dios que, para que lo percibamos, nos hace capaces de sí.

Este es el significado mas hondo de que él nos haya creado “a su imagen y semejanza”. El ser humano, la comunidad humana, simbolizada en la pareja (“varón y mujer”) no fue creada como los demás animales (“según su especie”) (Gn 1,26-27). Aunque como ellos es un ser natural (todos sus elementos pertenecen a la naturaleza), sin embargo no se define por esos elementos ni por la estructura que los configura; es decir, no está encerrado en esta realidad mundana, sino que, siendo completamente natural, está referido a Dios, está abierto a él. Hablando simbólicamente, él se realiza escuchando el silencio de Dios o su Palabra, si él se digna hablar.¹

Si Dios ha creado al ser humano capaz de sí, eso significa que a él le toca responder. El no puede iniciar el diálogo. Sólo Dios puede salvar esa distancia infinita; pero al ser humano le toca responder. Ese es el significado más radical de la palabra *responsable* como definitoria del ser humano: el ser humano puede responder a Dios porque ha sido habilitado por Dios para ello. Insistimos en que todos los elementos del ser humano son “naturales”. Los seres humanos no tenemos el espíritu como una chispa de la hoguera infinita que es la divinidad, tal como pensaban los estoicos para todos o los gnósticos para algunos. Pero Dios habilita a estos elementos de suyo inadecuados, para que puedan percibir ese silencio eterno o esas Palabras también eternas. Esta habilitación de los órganos humanos, no es algo de suyo, no está en la constitución humana, es decir no pertenece a su especie. Es un acontecimiento. El acontecimiento por el que Dios nos constituye en dialogantes suyos, en “su imagen y semejanza”.

Somos responsables. Esto significa que lo somos en principio. Es decir que Dios nos habilita para que podamos responder. Pero como todo diálogo personal e infinitamente más, éste es un diálogo de libertades. En primer lugar de la libertad divina que se dirige a nosotros haciéndonos capaces de escuchar su silencio o su Palabra. En segundo lugar, de la libertad humana, ya que el escucharle no es algo meramente pasivo. Por el contrario, es el acto más personal que podemos hacer, es decir es el acto que es capaz de asumir nuestro ser como totalidad y expresarlo. Es el acto que nos define, el acto por el que nos definimos. Es el acto propiamente libre. Nuestra libertad se realiza al responder adecuadamente a Dios o se aliena, degrada y esclaviza al no responderle o responderle inadecuadamente, es decir sin hacer justicia a su realidad o a la nuestra.

En este sentido preciso la pregunta de qué haremos con Dios en el siglo XXI es la pregunta más importante que puede hacerse respecto de este futuro inmediato. Ya que la respuesta efectiva que vayamos dando como humanidad a esta pregunta definirá a la época, al siglo. Desde lo que venimos diciendo cobra su dimensión más plena aquella sentencia de san Agustín: “El que te creó sin ti, no te salvará sin ti”. Ya que esta sentencia no significa que Dios nos exige un peaje sino que no nos considera una cosa que pueda ser preservada o reparada desde fuera sino personas a quienes llama desde su libertad divina y a quienes hizo capaces de responder desde su libertad humana. Y Dios respeta absolutamente esta libertad. En este sentido no nos salvará sin nosotros ni en contra de nosotros. La salvación, que es de él sólo (que tiene la iniciativa del diálogo, que lleva la voz cantante en todo el proceso), requiere de nuestra respuesta, sale de nosotros, es responsabilidad nuestra. En este sentido es muy oportuno que como personas y como humanidad nos preguntemos qué vamos a hacer con Dios. Ya el no preguntárnoslo es una respuesta. Una respuesta trágica.

Desde el planteamiento esbozado yo no puedo responder lo que haremos. La respuesta la tiene que dar cada quien como persona, y también los grupos, las instituciones, las estructuras, los cuerpos sociales y la humanidad como un todo personalizado.

Por tanto lo que sigue no pasa de hipótesis más o menos plausibles de analista interesado en el caso y reflexiones (desde mi perspectiva de teólogo) de las consecuencias de cada una de las posibles opciones. Quiero hacer notar de entrada que considero que se darán todas las hipótesis que plantearé, aunque el que predominen más unas u otras decidirá el talante de la o las figuras históricas vigentes.

II.1 DEJAR A DIOS DE LADO

Una posibilidad plausible es dejarlo de lado. Esto no tiene nada que ver con el fenómeno de la secularización en el sentido de la “sana secularidad” que teorizó el concilio Vaticano II. La autonomía de las realidades terrenas (las ciencias, las técnicas, las instituciones económicas, sociales y políticas, las creaciones culturales y la vida cotidiana) respecto de la institución eclesiástica, no sólo es compatible con la aceptación de Dios sino que es una dirección inscrita en la revelación bíblica, aunque las consecuencias de esta visión se han ido sacando gradualmente y en algunas épocas en contra de la propia institución eclesiástica. La primera dimensión de nuestro ser creado es “vivir ante Dios sin Dios”.²

Hablando mediante representaciones, Dios antes de crear se encogió para hacernos sitio, un sitio para nosotros solos, el lugar de los seres creados.³ La generosidad de Dios se muestra al crear este lugar para nosotros, de nosotros, donde sucede la evolución y la historia, el lugar de la realidad que al fin toma la forma de realidad histórica.⁴ Este lugar, decíamos antes, es un lugar desfondado, pero completo a su nivel y verdadero.⁵ Este lugar en definitiva está sostenido por Dios, en este sentido es “de Dios”, o dicho de otro modo está “en Dios”. Pero en su propio nivel es un lugar sin Dios porque Dios lo ha creado para nosotros solos, es nuestro lugar. Dios nunca “mete la mano” en este lugar. En este lugar todo lo que sucede es natural y últimamente histórico. En este lugar sin Dios (y en este sentido secular) es donde tenemos que responder a Dios.

Una respuesta es no responderle o responderle inadecuadamente. A eso llamamos vivir i-rresponsablemente (es decir, no tomando en cuenta a Dios, no de cara a Dios, no ante él) o irresponsablemente (es decir, respondiendo con insolencia o pretendiendo comprarle o como esclavos...).

Así pues dejar a Dios de lado no tiene nada que ver con la autonomía de lo creado. Significa vivir “sin Dios” no ante él sino i-rresponsablemente, sin querer escucharlo ni responderle, clausurados en el “sin Dios”, es decir en nuestra configuración natural que toma la forma de realidad histórica. Es lo que el Concilio designa con el nombre de secularización, para distinguirlo del proceso legítimo de la secularidad que hemos descrito anteriormente.

Este dejar a Dios de lado tiene dos expresiones: una ateística cuando se niega positivamente a Dios o más todavía ni siquiera se hace la pregunta por él; y otra teísta cuando se habla sobre Dios pero no se habla con él, cuando se

construyen ideologías religiosas pero no se lo escucha ni se le responde; o también cuando se construyen religiones dentro de los límites de la razón o a la medida de nuestra sensibilidad, porque, al poner nuestra razón o nuestro sentimiento como medida, se imanentiza a Dios y en este sentido se deja afuera al verdadero Dios.

Hay que decir que este dejar a Dios de lado es una realidad en estas postrimerías del segundo milenio, es decir que, si no se toma una decisión en contra y se cambia de camino, ésta será una de las cosas que haremos con Dios en el siglo que se avecina. Este fenómeno es especialmente significativo en el Occidente mundializado. En parte se explica como rechazo a la imposición secular de las Iglesias, pero en una medida aún mayor es una dirección permanente del espíritu humano.

Como parte de un proceso personal y colectivo puede ser vivido positivamente. No raramente el dios transmitido por la institución eclesiástica y más todavía la acción de la propia institución eclesiástica han infantilizado a personas y ambientes impidiendo que las personas y las culturas asumieran ese lugar “sin Dios” que él ha creado para ellas, impidiendo que lo poseyeran desde sí mismos: con señorío y libertad. Frente a este constreñimiento religioso, personas sanas han reaccionado tratando de demostrar con sus vidas que se podía vivir de un modo razonable y positivo sin Dios. No sabían que el propio Dios es el que pide que se viva así, con esa autonomía que él creó y que valora y respeta. En este sentido asumir plenamente la condición de sujeto y tratar de habérselas con la realidad haciendo justicia a cada elemento y aspecto de ella es algo querido por Dios. Que no pocas personas hayan tenido que hacer este proceso poniendo entre paréntesis y aun poniendo de espaldas a una imagen de Dios y a una institución eclesiástica que lo impedían es algo muy lamentable, pero que hay que comprender y respetar y asumirlo con calma y con paciencia histórica, sin tratar de forzar los lapsos. Sin embargo no hay que ocultar que vivir así este proceso tiene sus propios riesgos, y que tratar de convertir el proceso en un punto de llegada permanente lo desnaturaliza transformándolo en una decisión expresa de ser así.

En cuando ya no es parte de un proceso sino una decisión permanente el vivir el sin Dios no ante Dios implica definirse por los elementos físicos y culturales, es decir por la realidad histórica de la que se forma parte. En términos bíblicos es la decisión de definirse “según su especie”, renunciando a aceptarse como “imagen y semejanza de Dios”. Este confinamiento quita perspectiva para ver la realidad en sus verdaderas proporciones. Al sustraer de

la realidad el horizonte que constituye el “ante Dios”, desaparece el aire, la atmósfera y el fundamento, y la realidad se congela, se endurece, se trascendentaliza o se banaliza, se hace especialmente difícil no aferrarse a las cosas o no despreciarlas, no situarse uno en el centro de ellas poniéndolas en función de uno, rompiendo así su estructura dinámica. No es fácil conservar la humanidad en este mundo cerrado sobre sí; no es fácil que no se vuelva un mundo de competencia total sin tregua y sin remisión.

Eso no significa que sea imposible. Existe la ética que asume la finitud y la labilidad, que busca atenerse a las proporciones cabales y justas de lo humano, sin nostalgias infantiles de ser como dioses, renunciando a la pretensión de infinitud, tratando de vivir la temporalidad haciendo justicia a lo que pide cada relación y cada momento, sin retraerse ni aferrarse, “siendo”, es decir, transcurriendo al ritmo de la propia realidad que vive su historicidad. En esta opción cabe grandeza humana.

Sin embargo desde nuestro punto de vista esta medida fundamental no hace justicia a nuestra vocación y seca las virtualidades que Dios puso en nosotros. Al aceptar ocupar (y lo más humanizadamente posible) el mundo “sin Dios” que Dios nos ha regalado, hay en esta postura una obediencia primera y fundamental al imperativo implícito en la creación (“esto quod es”); por eso esta postura es superior tanto a la “heteronomía consecuente y consentida” ⁶(que renuncia al “sin Dios” en que consistimos por no atreverse a asumir la autonomía que Dios nos da) como a la postura del que en una confusión irresponsable de planos se lanza en pos de una “mala infinitud” (sin atreverse a asumir su verdadera estatura, sus exactas proporciones, su configuración real). Las aventaja porque se atiene a su relativa positividad y la toma en sus manos. Su problema está en no aceptar la responsabilidad radical que conlleva esta autonomía: “ante Dios sin Dios”. Esto puede ocurrir de dos maneras fundamentales: por negarse positivamente a reconocer al Otro que nos funda o por no llegar a oír ni su silencio ni su Palabra al confinarse en la finitud. En la primera postura hay un orgullo que deshumaniza, en la segunda el atenerse al límite castra la dimensión del misterio que es el humus fecundo de la humanidad.

Hay que decir que las consecuencias de este dejar a Dios de lado se están haciendo sentir con tanta fuerza que es patente que ese modo de vivir sin Dios es invivible. Y lo es, insistimos, porque el ante Dios es el horizonte propio de lo humano. Sustraído ese horizonte, en el mejor de los casos queda una ética enjuta que no da vida, porque la vida se afinca y se despliega en el misterio que

es Dios. Pero esto, en el mejor de los casos, porque lo ordinario es que, perdida la perspectiva, desaparezca también el sentido, la orientación, la medida y con ellas la libertad; y al seguir cada quien sus preferencias, en seguida viene la concurrencia y la historia queda convertida en un campo de batalla en el que rige la ley del más fuerte, y mientras unos gimen en la opresión, otros vagan errantes, víctimas de su propia alienación. Por eso en la historia hasta hoy las épocas secularizadas no han durado. En los años sesenta se profetizaba el fin inminente de la religión.⁷ Hoy es patente que no sabemos vivir sin Dios.⁸ No sólo porque seamos infantiles y la religión tenga una función propedéutica, sino sobre todo porque la sustracción de Dios como horizonte y fundamento humano no hace justicia a la realidad.

II. 2 RELIGACION SIN CONVERSION

La impiedad y la vaciedad que trae aparejado el secularismo hace que los seres humanos se vuelvan a Dios. Pero esto puede ocurrir de varias maneras. Y una de ellas es la idolatría, que no supera al secularismo porque no es su contradictorio sino sólo su contrario. La idolatría consiste en querer superar el vacío del secularismo sin convertirse, sin tener que salir de sí, sin asumir el riesgo de ponerse ante la libertad divina, sin pagar el precio de la responsabilidad. La idolatría es entregarse a algo que le permita a uno sentirse vivo, tener experiencias que vayan más allá de lo funcional y del mero bienestar, saberse religado a algo que pueda escribirse con mayúsculas, pero que no exija ser verdaderamente libre y conservar la libertad ejercitándola, que no plantee un diálogo de libertades en el que se decida la vida y que por tanto entrañe lealtad y renunciaciones, una fidelidad personal que moldee toda la vida. Idolatría es religación sin trascendencia ni lealtad; es un comercio sagrado en el que el sujeto compra sentido y experiencias, pagando precios a veces muy altos, pero sustrayendo la propia persona. Idolatría es religación, pero no con una persona ni tampoco de la propia persona.

En la idolatría no se da un tú trascendente ni trasciende el propio sujeto. Por eso la reacción polar de la vaciedad y la impiedad del secularismo es la recaída en la idolatría, igualmente vacía e impía; pero que enmascara esa negatividad con sucedáneos: experiencias emocionantes y en todo caso tranquilizantes, justificadoras; pero que al excluir la alteridad (tanto la de Dios como la del prójimo) y la propia trascendencia, no sólo no salvan sino que posibilitan que se siga en la deshumanización del no estar "ante Dios" sin

conciencia de su extravío. La idolatría es la actitud del que no quiere convertirse, es decir sanarse, pero tampoco quiere experimentar los efectos de su estado. No le importa su situación real, lo que busca es contrarrestar los síntomas. En este sentido secularización e idolatría son dos polos opuestos que se atraen ya que si la vaciedad del secularismo lleva a la simulación de la idolatría, el hastío de ese comercio infantil hace recaer en la vaciedad del secularismo. Son polos recurrentes, si no se quiere pagar el precio que exige la superación de ambos: la referencia personal a la persona divina, la autonomía responsable.

Desde lo que llevamos dicho aparece claro que la idolatría no se define tanto por el modo de representarse a Dios como por la relación efectiva que se entabla con él. Así cabe una actitud de verdadera religión ante una representación inadecuada y una actitud idolátrica ante el Dios verdadero. Por ejemplo los magos caldeos de los que nos habla el Evangelio de la infancia de Jesús (Mt 2, 1-12) practicaban una religión falsa, denostada fuertemente tanto en la Biblia judía como en la Tradición cristiana. Y sin embargo, mediante ella, llegan a Jesús. Es que el que busca sinceramente, poniendo en ello la vida, es decir, trascendiendo personalizadoramente en la búsqueda, encuentra (Mt 7, 7-8). Y encuentra porque esta actitud “supone” al Dios verdadero, apunta a él y por eso termina en él, independientemente de cómo se lo represente. En el mismo texto de Mateo, los sumos sacerdotes y los maestros de la ley, manejando correctamente la Biblia, no llegan al enviado de Dios. Y no llegan porque, hipostatizando la Ley (que controlan a través de interpretaciones acomodaticias), relativizan a Dios y al prójimo, y así no trascienden personalmente en su relación religiosa. Pagan el precio de las observancias rituales para no salir de sí, para no entablar relaciones personales y no comprometerse en ellas. Esa relación no adecuada con el Dios verdadero no llega a él, sino al ídolo mosaico ⁹ que se han fabricado: es una relación idolátrica. Por eso puede echarles en cara Jesús que no conocen a Dios (Jn 8, 19-20).

Por eso al preguntar qué haremos con Dios, es inexcusable repreguntar ¿con qué Dios? ¹⁰ Y la respuesta no la da la teología sino la recta adoración, que es simultáneamente ortodoxia y ortopraxis. Más importante, pues, que saber si viviremos o no ante Dios el “sin Dios” de la realidad es averiguar primero de qué Dios estamos hablando. Y para averiguarlo no basta con caracterizar conceptual o representativamente al Dios al que nos referimos, es preciso investigar qué relación entablamos con él, porque la relación real es la que decide realmente cómo es el Dios al que me dirijo. En este sentido hay que

retener el antiguo adagio: “lex orandi, lex credendi”. Se cree no en el Dios que se representa o profesa sino en aquel ante el que efectivamente uno se sitúa y con el que se relaciona.

Es claro que hoy abunda la idolatría, dentro y fuera de los moldes cristianos. Y que el fenómeno parece que va en aumento. Y puede ser que no sea una onda pasajera sino que llegue a estabilizarse. El problema de la idolatría no es que quita clientela al Dios verdadero y a sus ministros. Ni el Dios verdadero ni sus ministros (si en verdad lo son) aspiran a tener clientela; rehuyen por el contrario ese tipo de relaciones. El problema es que la idolatría deshumaniza y aliena y, lo que es peor, cubre con un velo ese estado personal. El evangelio de Juan lo llama las tinieblas (Jn 3,19; 8,12; 12,35).¹¹ Lo trágico es que éstas, que son tinieblas, funcionan como luz. Las personas caminan a su luz engañosa y así no echan en falta la luz y se hunden en el abismo sin darse cuenta. Este pecado contra la Verdad (que lo es también contra la Vida) tiene difícil remedio porque el que lo comete no lo percibe como tal. Por eso éste es el pecado más mortal, porque el que vive en él nunca le va a poner remedio (Jn 9,39-41; Mc 2,17; Mt 12,31-32).

II.3 VIVIR DE FE

Otra posibilidad respecto de Dios, que se va a cumplir sin duda en el siglo XXI, es apoyar efectivamente en él nuestras vidas, de modo que él sea el principio y fundamento, tanto de nosotros mismos como de nuestro habérselas con la realidad. Llamamos a esta relación vivir de fe. Si toda relación realmente personal con cualquier persona se funda en la fe y ninguna experiencia puede rebasarla sino que será siempre expresión de ella, en la relación con Dios la fe es también el punto de partida ya que, al no ser Dios un ser de este mundo, no tiene una cara externa a través de la cual se lo aprehenda ni tampoco es la conclusión necesaria de un razonamiento. Sólo a través de la fe acepto el testimonio de un mensajero suyo o interpreto a algo como vestigio de su acción, como signo de su paso o sacramento de su presencia. En rigor en Dios sólo se puede creer.¹²

Ese es el nombre propio con el que él se nos ha revelado (Ex 3, 14): si caminan conmigo (dice a Moisés), en el camino irán viendo quién soy yo, es decir se irán percatando de que soy alguien de fiar, de que no soy un sí y un no sino que de verdad “yo soy”. Lo experimentarán, si se apoyan en mí. Dios nos anima a que hagamos la “probación física”¹³ de su existencia, es decir que asentemos la vida en él para que comprobemos su consistencia.

Pero esta comprobación también se hace en la fe. El no es una pieza de nuestros engranajes, él no es el que favorece nuestras empresas y saca adelante nuestros planes, él no es la garantía del éxito ni el talismán que nos asegura la salud y la vida. El nos hace sentir su presencia; pero no acudiendo a nuestro emplazamiento ni invadiendo el "sin Dios" de nuestra realidad, sino cuando quiere y como quiere, y con absoluta discreción, sin romper el hilo de las causalidades mundanas.

Y por otra parte el que vive de fe no persigue la experiencia como tal, no emplea a Dios como un estímulo que excite su sensibilidad y lo haga sentirse vivo, no está interesado en la resonancia que pueda provocar en él la relación viva con Dios. El dirige toda su atención a esa relación viva. Le interesa que se dé realmente esa relación y trascender en ella. Si ese contacto produce en él efectos sensibles, se alegra. Pero se alegra más aún de tener a Dios por Padre y Madre y de saberse su hijo. Ese saber que progresivamente va más allá de cualquier representación trae la paz (en el sentido bíblico de descanso en la plenitud) y sitúa la relación con Dios en el plano de la libertad. No pide pruebas porque confía (Mt 4,7) y confía en medio de la propia debilidad y aun del pecado.

Este vivir de fe que evoluciona de la *pistis* a la *gnosis* (es decir, de creerle a Dios a creer en él, de fiarse previamente de él extendiéndole un cheque en blanco a confiar en él porque se ha gustado y probado qué bueno es el Señor: (Sal 34, 9; Cf Jn 4, 42), es lo que llamamos vivencia mística. Y en este sentido a ella se encaminan las religiones, que valen en cuanto que efectivamente ayuden a sus fieles en este camino que debe recorrer cada quien. Mediante una sinécdoque (sábado por religión) eso afirmó Jesús al decir que el sábado era para el ser humano y no el ser humano para el sábado (Mc 2,27). Por eso uno no tiene que entregarse a la religión sino que debe vivir en ella con verdadera libertad espiritual usándola, como medio que es, para que le ayude a alcanzar el fin, que es esa existencia ante Dios, con Dios y en Dios, que es el vivir de fe, que si es legítima no puede anular el sin Dios de la realidad sino que da ánimos para asumirlo creativamente y con entera responsabilidad, es decir como un componente de la respuesta en fe que cada quien da a la fe que tiene Dios en uno.¹⁴

Esta relativización de la religión no significa que se la vive caprichosamente. La entrega al capricho encierra tanta falta de libertad como la obediencia servil. No comprometerse y mediatizarse son dos formas polares de no usar la libertad. Como también es usarla alienadamente hacerse uno mismo medida y no buscar ante todo trascender en la relación.

Pienso que el tiempo está maduro para que en el siglo XXI florezcan estos seres humanos que liberaron su libertad al vivir de fe.¹⁵ Y pienso que serán imprescindibles para que las macroestructuras y un mal uso de la informática y de la ingeniería genética no roboticen a la humanidad. Ellos con su vida alternativa serán testimonios vivientes de la fortaleza, la ternura y la fecundidad que encierra este modo tan elementalmente humano de existir. Ellos, poseídos de la energía tranquila de la fe, vivirán de cara al viento, como desarmados testigos de la verdad y, aun en medio de contrariedades y sufrimientos, serán portadores del evangelio de la alegría (Lc 1, 47; 2,10; 10,21; Jn 20,20). La alegría es lo único que no puede dar el éxito ni la civilización del bienestar; pero tampoco la puede destruir ningún poder y puede coexistir con el sufrimiento. Es el bien escatológico, reservado, por eso, para los que al vivir de fe viven en lo definitivo (Jn 15,11; 16,22).

III.1 ORGANIZAR ESPACIOS SOCIOCULTURALES EN NOMBRE DE DIOS

Estas tres posibilidades que hemos explorado hasta aquí (dejar a Dios de lado, idolatrar y vivir de fe) son posibilidades inherentes a cada ser humano, incluso ineludibles. Hay otras posibilidades que son sociales, es decir organizadas, incluso prescritas. En el fondo no son posibilidades distintas de las anotadas anteriormente; pero al tener un sujeto corporativo se presentan con nuevas expresiones.

Vamos a considerar ante todo una que está en plena expansión en ámbitos culturales y religiosos diversos y que conocerá en la primera parte del siglo venidero una eclosión que puede significar a la larga su momentáneo ocaso. ¿Qué vamos a hacer con Dios? Organizar en su nombre vastos espacios socioculturales e incluso (de un modo más o menos directo) políticos.

A propósito del concilio Vaticano II se habló del fin del constantinismo. Ciertamente que la dinámica conciliar llevaba, como dijimos, a un cristianismo secular y a una religión de la caridad.¹⁶ Lo que no significa el fin de las expresiones religiosas sino asumirlas como expresiones simbólicas de la vida humana que trataba de configurarse a partir de la fe, pero en el siglo: “en el sin Dios” de la historia. Ya insistimos que la avalancha secularizadora sepultó en gran parte la sana secularidad conciliar y su renovación litúrgica y más en general religiosa. Este espíritu y este impulso conciliares no han muerto

y siguen dando de sí en expresiones creadoras de historia. Pero no son las expresiones dominantes; no es que sean excepcionales, pero sí minoritarias.

El Papa actual a nivel de contenidos ha desarrollado con vigor diversos aspectos de esta mentalidad y espíritu conciliares. Pero su dinámica organizativa se ha apoyado en movimientos de neocristiandad y ha impulsado vigorosamente esta dirección. El es catalizador de un proceso que está bastante difundido y más aún que cuenta con gran apoyo financiero y logístico en círculos de poder. Porque, como ellos, también se basa en el poder. Busca modelar ambientes por presión social, y para ello en el interior de la iglesia busca la compactación uniformizadora en torno a las directrices de los líderes. El modelo de cristiano que se proyecta es el convencido entusiasta que se entrega en organizaciones multitudinarias a organizar de un modo militante lo que prescriben los responsables. En este paradigma la autonomía responsable es no sólo un peligro sino una desviación. La institución eclesiástica de instrumento funcional ha pasado a convertirse en depósito y sede de la salvación: la entrega a ella es la que pone a valer a la persona. En la práctica la Iglesia se identifica con la institución eclesiástica; el fiel cristiano participa de ella en cuanto está encuadrado en sus organizaciones, en cuanto aparece en su organigrama. Y el que no está dentro, es no un tú absoluto sino un potencial adherente o un recalitrante que hay que neutralizar.

Esto que venimos diciendo del catolicismo se da también en las demás Iglesias cristianas y en otras religiones. El caso más llamativo es el fundamentalismo islámico, aunque el judío no se queda atrás. Estos movimientos están en plena beligerancia. Sus objetivos son controlar y modelar sus organizaciones religiosas y obtenida esta plena "representatividad", modelar los espacios humanos en que habitan sus miembros. La legitimidad de este operativo se fundamentaría en la congruencia entre la fe que se profesa y la vida que se vive, donde entran las diversas expresiones institucionalizadas de esa vida, y presidiéndolo todo la política.

En este esquema los mediadores autorizados de Dios están revestidos de poder. Ellos no sólo son los que van delante predicando con su ejemplo, animando con su espíritu, iluminando con su palabra y exhortando con el afecto de su corazón. Ellos aluden frecuentemente a estos sentimientos y podemos suponer que los cultivan sinceramente. Pero en realidad lo que hacen es mandar y lo que esperan es que se seguirán sus directrices. Y si no, presionan, descalifican a los renuentes, excluyen a los contradictores, sancionan.

¿A qué Dios hacen presente estos movimientos? Independientemente de cómo lo caractericen, funcionalmente hacen presente al dios del Poder. Dios es el Todopoderoso que inviste de su poder a sus representantes. Ese poder será presentado como poder medicinal, correctivo y saludable. Pero con la intencionalidad que sea, se trata formalmente de poder: voluntad de imponerse sobre otro obligándolo a que desista de su voluntad privada y siga los dictados de la autoridad. Es un dios que exige que se le rinda la voluntad, que se le entregue la libertad. Dios es quien sabe lo que le conviene a cada quien y sus enviados son quienes lo intiman a cada quien autorizadamente.

Si el Espíritu es libertad (2 Cor 3,17), esta interpretación religiosa apaga al Espíritu (aunque hable de él y aun lo invoque) y lo sustituye por la letra, por la Ley. Desde el punto de vista que sustenta este artículo, este dios es un ídolo, se llame Jahvé, Alá o el Padre de Jesucristo. Ya que no es la denominación, la representación o el concepto lo que decide de la calidad de Dios o de ídolo sino el tipo de relación que se entabla con él. Es la relación concreta y real la que en verdad “supone” y “termina” en un determinado tipo de sujeto, en este caso Dios o un ídolo.

En este caso el punto determinante es el uso del poder y por consiguiente la pérdida de libertad. Para nosotros la relación con Dios se basa en la libertad y produce libertad. Porque la relación con Dios sólo es posible en el Espíritu. Cualquier otro intento queda externo a Dios. Ya que sólo el Espíritu de Dios tiene acceso al interior de Dios. Pues bien, nosotros hemos recibido el Espíritu de Dios para que al relacionarnos con él lleguemos efectivamente hasta su misma entraña (1 Cor 2, 10-12). Por eso sólo en clima de libertad, que tal es el clima espiritual, tenemos acceso a Dios. Las vías de la (neo)cristiandad y el fundamentalismo son en verdad muy expeditas.¹⁷ Sólo que no llegan hasta el Dios verdadero. Suponen un ídolo y terminan en él.

Y sin embargo, como es grande el miedo a la libertad y más en una época tan azarosa y violenta como la que atravesamos, es plausible el éxito de estas jerarquías que en nombre de Dios pretenden configurar enormes espacios socioculturales según su voluntad, de la que ellos se sienten intérpretes ineludibles y que los particulares no conocen sino en sombras.¹⁸ Ellos los libran de las incertidumbres y de los extravíos. Es fácil que se encuentre la voluntad de poder de unos con el miedo a la libertad de otros, la clarividencia alienada de los líderes con el desamparo de tantos que se sienten menos que hormigas entre las macroinstituciones que parecen detentar “todo el poder y la gloria” (Lc 4, 6).

La violencia, sutil o burda, en nombre de Dios es una amenaza próxima y formidable. El secularismo destituido del humus fecundo del misterio, no tiene vigor para hacerla frente. Sólo la energía tranquila de quien vive de fe puede superarla porque con la libertad ni ofende ni teme. No entra en concurrencia, ya que no usa el poder, pero tampoco se pliega por cobardía. Y no sólo resiste sino que sigue su camino, con el favor de Dios “para la vida del mundo” (Jn 6,51).

III.2 CONFINAR A DIOS AL AMBITO PRIVADO

Otra posibilidad que ha tenido tremenda vigencia en este siglo, pero que cada vez se va mostrando más insatisfactoria, tanto para los adherentes como para los representantes, es la propuesta liberal de convencer a las Iglesias para que se elijan tal como el sistema las ha elegido porque las quiere y las necesita: en el ámbito privado. Su pretensión es que las Iglesias se contenten con un papel meramente atestatorio a nivel público y que desplieguen en el ámbito privado sus virtualidades de dar sentido y prescribir pautas. Las Iglesias deben aceptar en este caso la dicotomización de la existencia y atenerse a su nivel privado sin inmiscuirse en el público, declarándolo por tanto de palabra o al menos en los hechos como irrelevante para la relación con Dios. La organización económica y política, y las relaciones sociales se dejan a la iniciativa privada según la normativa legal. En este campo a la Iglesia sólo le toca expresar la bendición de Dios sobre el conjunto: “annuit coeptis”.¹⁹ Porque la parcela que le toca de un modo directo y expreso es la de canalizar las necesidades religiosas y éticas de quienes se sientan movidos a entrar en sus ámbitos y denominaciones.

Desde nuestro punto de vista el mérito que tiene esta concepción liberal de la religión es el haber visto con toda perspicacia la incompatibilidad entre la relación con Dios y la prescripción normativa intimada por el poder político so pena de incurrir en sanciones. Sólo una relación en libertad es digna del respeto que tanto Dios como el ser humano se deben a sí mismos. Y si desde el ser humano someterse a Dios forzadamente, mucho más supone injuriar a Dios pensar que él puede aceptar una sumisión servil o aun política.²⁰

El problema de esta concepción liberal estriba en confundir lo público con lo político, ignorando todo lo societario, comunitario y popular, que si a veces puede ser subsumido en el ámbito de lo particular y privado, otras pertenece a la esfera pública, aunque no deba ser asimilado, ni aun indirectamente, a lo político.

Puede ser que en el siglo XXI el nuevo orden mundial se naturalice tanto que sea posible sacralizarlo con relativa buena voluntad y conciencia y así cada denominación religiosa tratará de atenerse a la parcela que ha podido ocupar en el mercado religioso. Hay que decir sin embargo que hoy por hoy las Iglesias cada vez se sienten más incómodas de desempeñar este papel y más renuentes a hacerlo. Y por otra parte los fieles cada vez están menos interesados en unas instituciones religiosas que mantienen pacíficamente este perfil. Sin embargo la generación adolescente sí es posible que sea caldo de cultivo adecuado para un neoconformismo que se sienta cómodo en esta propuesta y que considere a las otras como demasiado costosas. Así pues, hoy por hoy, esta opción cada vez tiene menos vigencia. Pero no hay que descartar que la tenga en unos veinte años y que Dios vuelva a quedar confinado en el dominio de lo privado, un campo, por lo demás absolutamente domesticado y compensatorio. Sería un dios que daría sentido a lo que no lo tiene y una ilusión de felicidad, ya que no la plenitud de las bienaventuranzas (Lc 6,20-23; Mt 5,3-12).

III.3 VIVIR DE FE EN COMUNIDADES ABIERTAS

Existe una tercera posibilidad que ya está en ciernes y que abrigamos la firme esperanza de que en el siglo XXI se abra campo y dé generosos frutos. Me refiero a fraternidades formadas por personas que viven de fe y por esa misma fe se reconocen y al llevarse mutuamente en su fe anudan lazos profundísimos de hermandad espiritual. Estas fraternidades, al estar fundadas en la auténtica dimensión de fe, no son fundamentalistas sino que por el contrario se abren a su medio y particularmente a los necesitados, porque la fe se expresa en amor solidario (Gal 5,6).

Esta vivencia comunitaria de la fe toma dos direcciones fundamentales: ante todo la fe que se expresa en la solidaridad sana los ambientes, es un fermento poderosísimo de vida realmente humana (Mt 5,13-16). A diferencia del fundamentalismo, da sin cobrar ningún peaje, sin hacer proselitismo, sin discriminar a nadie, pero privilegia al necesitado, al discriminado, al que ha perdido la autoestima, es decir al pobre y al que se tiene y es tenido como pecador. Estas comunidades dan de sí mismas, se dan a sí, personalizadamente (sea en la relación cara a cara o en el anonimato del cuerpo social), y por eso dan desde abajo, estimulando las libertades y ayudando a que el que recibe crezca y sea capaz también de dar.

Estas comunidades, de cualquier denominación religiosa que sean, hacen presente al Amigo de la vida (Sab 11,26), al Dios de la humanidad y de la gracia

(Tit 2,11), al Dios que es amor (1 Jn 4,7-12;3,16-18). Y dan testimonio de la fuerza que hay en ese Amor, de cómo él es la fuente inagotable de la vida (1 Jn 3,14-15).

Aunque esta fe que se expresa en amor solidario busque con toda paciencia, ahinco y creatividad sanear ambientes y moldear estructuras e instituciones en un sentido realmente humanizador, no recae en la cristiandad porque no le compromete a Dios en sus acciones creadoras de historia. Como vive de fe, sabe que se trata de un diálogo de libertades: así como él le deja a Dios ser Dios, así sabe que Dios nos deja a nosotros ser seres humanos. La vida histórica es el lugar “sin Dios” que estos hombres de fe viven ante Dios y con Dios y en él, pero sin mezclar los niveles. Por eso no aspiran a hacer una cultura, por ejemplo, cristiana. Saben que nunca lo será del todo, pero que lo será de algún modo en cuanto sea realmente humana ya que Jesús es el paradigma de la humanidad. Por eso sabrán reconocer lo cristiano de la cultura, así tenga por sujetos a cristianos como a musulmanes, judíos, budistas, hindúes o a-teos, o una conjunción de todos ellos, que es a lo que realmente aspiran.

La segunda dirección que toma esta vivencia comunitaria de la fe es salir al encuentro de otras personas que vivan de fe y ayudar a que más personas vivan de fe. Esto último no es proselitismo: es evangelio, proclamación de una buena nueva, comunicación de una experiencia salvadora, invitación a descubrir ese tesoro, a vivir esa alegría. Es una invitación a la libertad del otro, no el secuestro de su libertad.

En el siglo XXI bastante gente va a hablar de Dios a otras personas, no por encargo de una institución o para hacer méritos o por espíritu de cuerpo sino porque de la abundancia del corazón habla la boca, dando sencillamente testimonio e introduciendo a un misterio, acompañando a una iniciación, que es siempre un proceso absolutamente personal, pero que acontece en el seno de una comunidad. Hablar de Dios no va a ser sobre todo cosa de especialistas en el sentido intelectual o institucional de la palabra; va a ser un hablar desde dentro. Y el sujeto de esta palabra será el hombre de fe y la mujer de fe.

Pero el siglo XXI también va a presenciar un acontecimiento providencial porque puede convertirse en el alma de esta historia por primera vez mundial: me refiero al encuentro entre comunidades religiosas de diversas denominaciones y religiones. No un encuentro institucional, político, sino un encuentro desde la fe, movido por la fe. Como el Dios en quien se cree es inagotable, es la verdad de la fe, la seguridad de estar en ella la que en su misma dinámica lleva a recibir también la fe del otro, ya que lo que se busca,

insistimos, no es ni la seguridad subjetiva o institucional ni vivencias cada vez más exquisitas sino la presencia de Dios, del único Dios verdadero, cada vez más honda y verdadera. Como la religión es relativa, la fe, que sí es escatológica, busca autotranscenderse. No se trata de ningún sincretismo, es la propia fe la que por fidelidad a sí misma busca apoyarse en la fe del otro y apoyar al otro en su fe. Porque Dios es siempre mayor. Y “si le conoces, no es Dios”.

Es un encuentro para crecer en la fe, no en el sentido de apoderarse de la fe del otro sino para apoyarse en su fe, igual que el otro se apoya en la de uno. No hay ninguna intención de apoderarse porque la fe no es botín sino una gracia de Dios. Y Dios reparte su gracia como quiere. Pero la reparte personalizadamente. Por eso el otro tiene una fe que yo no tengo y yo tengo una fe que el otro no tiene, aunque ambas terminen en el mismo Dios. Así como el Dios verdadero (no el de los filósofos) incluye la diferencia dentro de sí, así el que vive de fe también reconoce la diferencia de la fe del otro como riqueza de la única fe que acaba en el único Dios.

Este acontecimiento, realmente trascendental, del encuentro interreligioso e incluso intrarreligioso requiere de mucha fe para que no se desvirtúe. Y por eso serán sanas las reticencias de las distintas religiones, con tal de que no lo aborten. No es que este acontecimiento se convierta en una estructura permanente ya que su finalidad no es sustituir a las diversas religiones actuales sino purificarlas, de modo que reasuman su condición de caminos para el ser humano en su camino hacia Dios y hacia lo mejor de sí mismo, hacia los cielos nuevos y la tierra nueva (Ap 21,1).

IV UNA PREGUNTA FINAL

Al final de este pronóstico sobre qué haremos con Dios en el siglo XXI me queda la pregunta de si, a pesar del secuestro de la libertad, las configuraciones fundamentalistas, sobre todo las de carácter más popular y comunitario, no serán las únicas que podrán contrarrestar la dirección insolidaria de esta figura histórica que está provocando una escisión tan profunda en el seno de la única humanidad que acaba con la posibilidad de vida humana y aun casi con su concepto. En este contexto tan endurecido, las resistencias fundamentalistas ¿no serán un mal menor imprescindible en esta situación que conduce al abismo? Para mí la pregunta es completamente legítima.

Yo personalmente apuesto, precisamente por mi fe en Dios, por una alternativa superadora, es decir que contenga lo mejor de esta figura histórica (tanto los bienes civilizatorios como culturales) y supere su alienación interna y su dirección insolidaria. Pero esta alternativa ¿tendrá suficiente energía? O por mejor decir ¿la tendremos quienes optamos por ella? La aceptación de la complejidad, el intento irreductible de hacer justicia a la realidad en cada uno de sus niveles y aspectos ¿no acaba convirtiéndose en debilidad, o al menos apareciendo como tal frente a los dos fundamentalismos vigentes, puesto que el del mercado y el capital también lo es? En una situación en la que quienes tienen el poder en cualquiera de sus formas buscan tratar a la gran mayoría de la humanidad como meros destinatarios de lo que ellos maquinan (y esto sucede tanto bajo el título del individualismo como del comunitarismo), nuestra apuesta por el sujeto, y el colocar la experiencia fundante de Dios precisamente en la autenticidad (que entendemos como obediencia al impulso que mueve más adentro que lo íntimo de cada uno, en el que nosotros los creyentes reconocemos al Espíritu) ¿no puede sonar como exquisitez elitesca? Yo insisto en que no es así, en que son los pobres que viven ese conato agónico por la vida, los que más profundamente lo experimentan. Pero tengo que reconocer que son pocos los que hacen esta apuesta.

La pregunta sería si vale más una experiencia más auténtica y cabal de Dios, pero al alcance de menos, que otra, más rígida y menos trascendente, pero con cauces más estables y socializados. En definitiva la pregunta es si Dios quiere la conformación de instituciones eclesiásticas poderosas, que puedan proteger y alimentar la fe de las masas, poco susceptible de una personalización adulta, o si prefiere que la gente vaya creciendo en conformaciones más abiertas y responsables, es decir con flujos comunicacionales horizontales y ascendentes y no sólo descendentes. Yo creo que desde el paradigma de Jesús la respuesta debe encaminarse hacia la segunda opción. Ésa es mi apuesta.

CODA: ENCONTRARNOS CON DIOS EN EL SIGLO XXI

Entramos en el siglo XXI bajo el predominio casi sin contrapeso del capital, tanto a nivel económico como político y cultural. Los grandes dueños del capital, sobre todo financiero, imponen la flexibilización de los contratos laborales. Eso significa en el primer mundo que va desapareciendo el trabajo estable con los compromisos consiguientes por parte de la compañía

contratante. En el tercer mundo, además de lo anterior, la consecuencia es que se tiene que trabajar más tiempo para percibir menos y teniendo menos derechos. A nivel político se obliga a los Estados a que disminuyan drásticamente la seguridad social: seguro de paro, jubilación, atención sanitaria. Culturalmente se pone a girar a todos en torno a la producción y el consumo: se estimula el valor de la competitividad, con los tremendos costos psicológicos que conlleva, y se insta de un modo compulsivo a consumir, ya que es requisito indispensable para que el mercado continúe su onda expansiva.

Este esquema induce por una parte una polarización creciente en la población mundial e incluso en la de los países más desarrollados, y por otra un vaciamiento en la calidad humana. Como el papa Juan Pablo II no cesa de insistir, cada día crece más aceleradamente el número de pobres y aumenta su pobreza, y simultáneamente hay más ricos y sobre todo aumenta inmensamente su riqueza.

A lo largo de toda la historia hasta donde podemos barruntar, la ocupación de la mayor parte de la humanidad ha sido tratar de mantenerse en vida y hacerlo de la manera más humana posible. La novedad actual es que esa verdadera agonía (es decir, esa lucha por vivir cuando amenaza la muerte) de las tres cuartas partes de la humanidad acontece en una figura histórica que dispone de medios materiales suficientes para todos y de capacidad técnica para que lleguen a todo lugar. Esa lucha por lo mínimo (que es lo máximo: la vida, el don sagrado de Dios) se da en presencia de una abundancia y un despilfarro casi sin límites. La mayor parte de los que luchan por no morir saben que su situación es perfectamente remediable, es decir que si están así no es por el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas sino por este modo de producción y la insolidaridad de sus fautores y quienes lo usufructúan.

- Vivirle a Dios en el empeño agónico por vivir

En estas condiciones, si Dios es el Dios de la vida, parece ser que él actúa ante todo en aquéllos que no pueden dar por supuesta la vida, en aquéllos cuya ocupación fundamental es tratar de mantenerse en vida (ellos y los suyos) y que esa vida mantenga su condición de humana en esas condiciones tan adversas. De una manera más precisa afirmamos que en el empeño agónico por la vida que los caracteriza coinciden con el Espíritu de Dios; que ese empeño, que es lo más personal que hacen, es también obediencia al impulso del Espíritu, que los mueve desde más adentro que lo íntimo suyo, y que en ese empeño pone

a vibrar sus más recónditas energías. Esta lucha por vivir es tan desmesurada, tan a contracorriente, tan extenuante, provoca una tensión tan constante que tiende a que las personas se deshumanicen o se echen a morir; pero por otra parte, al tener como objetivo la vida, se desgrana en dimensiones distintas y se acompasa a ritmos que contrapesan y equilibran, propicia encuentros, da lugar a rehacerse una y otra vez. Esta lucha por mantenerse en vida y por mantenerse humano es el modo más primigenio y pleno de vivirle a Dios.

Dios no quiere tanta precariedad y menos aún, si, como sucede en esta figura histórica, es producto de la insolidaridad. Pero donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. Estas personas, cuando logran mantener conjuntamente la vida y la humanidad, son los pobres con Espíritu, los bienaventurados por excelencia del Evangelio. Ellos han nacido de Dios y lo viven. Ellos hacen con Dios lo más que puede hacerse: darle curso en sus vidas. Así pues en el siglo XXI ellos, la inmensa mayoría de la humanidad, son los portadores de Dios por excelencia: de ellos es el Reino de Dios.

- Los pobres tienen derecho al Evangelio, pero, ¿quién los evangelizará?

No pocos de ellos, a través de diversas religiones, más o menos lo barruntan o incluso lo saben. Pero otros, no. Y de todos modos todos ellos tienen derecho a que se les dé esta buena noticia. Para nosotros los cristianos, el Evangelio les pertenece. Así pues, lo principal que tendrían que hacer las Iglesias cristianas en el siglo XXI es dar creíblemente el Evangelio a los pobres. Decirles que esas energías creadoras y humanizantes que se ponen en funcionamiento en su interior en medio de su precariedad, son energías suyas; pero que es el propio Espíritu de Dios el que las pone a vibrar. Que son ellos quienes como sujetos van dando a luz esa vida humana, en medio del caos que amenaza constantemente con echarlo todo a perder; pero que es el impulso del Espíritu el que mantiene su condición de sujetos entre tantas presiones y desánimos.

Más aún, decirles que Dios les ha dado como compañero a su propio Hijo: un ser como ellos que vino a enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8,9), no sólo la pobreza genérica de la condición humana sino la pobreza elegida como condición de vida. Él vino como Mesías pobre de los pobres (Lc 2,24;4,18;7,22). Desde su desabrigo itinerante (Lc 9,58), él cargó humilde y solidariamente con sus dolencias (Mt 9,17;11,28-30;12,15-21), porque los vio sobrecargados y abatidos, como ovejas sin pastor (Mt 9,36).

También corresponde al evangelio decirles que Dios, que les dio a su Hijo y al Espíritu de su Hijo, se da también a sí mismo en ellos: Él es verdaderamente su Padre y Madre, y los llama a que se relacionen con él con confianza filial. Más todavía, él confía tanto en ellos que les encarga (¡precisamente a ellos!) que custodian la creación y la calidad humana de la vida y que se porten con los demás como verdaderos hermanos. Este evangelio se resume en que Dios es el Dios de los pobres como es el Dios de Jesús.

No cabe duda de que proclamarles creíblemente este evangelio es una noticia estupenda que colma de alegría a los pobres que luchan por la vida y porque sea lo más humana posible. Y que ella contribuye a que luchen con más entereza y constancia porque se saben en manos del Amigo de la vida, del creador y porque los anima la esperanza del Reino, cuyas primicias, cuya sustancia, poseen ya.

La pregunta es si las Iglesias evangelizarán a los pobres en el siglo XXI. A nivel global la respuesta es que no lo harán, y, si lo hicieran, no tendrían credibilidad. Las Iglesias cristianas acaban el siglo fuertemente identificadas con la institución eclesiástica, relegando al pueblo de Dios a la condición de beneficiario de sus servicios religiosos y sociales, y por tanto fuertemente atadas al orden establecido, aunque sea (en el mejor de los casos) a sus mejores posibilidades. Iglesias así no conocen este evangelio, en el sentido bíblico de que no lo conocen por dentro, no lo experimentan. Por eso cuando lo verbalizan (glosando los textos evangélicos correspondientes cuando tocan en la liturgia) sus palabras carecen de peso. Y además están desmentidas por la práctica ya que, si fueran tomadas en serio, la institución eclesiástica se pondría al servicio de los pobres en relaciones horizontales y mutuas, y más aún se reestructuraría institucionalmente a partir de los pobres con Espíritu, que son, aunque no lo crea, el corazón de la Iglesia.

Gracias a Dios a lo largo del siglo XX en las Iglesias cristianas nunca faltó una minoría que lo comprendió y vivió. Más aún algunos documentos muy significativos como el sínodo sobre la justicia en el mundo o los documentos más autorizados de algunas Iglesias locales como la latinoamericana (Medellín y Puebla) lo han plasmado de una manera inequívoca y densa, porque quienes los redactaron lo vivían y los demás no se negaron a esta llamada del Espíritu. Cuando se cierra el siglo la profecía vive una hora muy baja en las Iglesias (el papa Juan Pablo II es de los pocos que la ejercita con clarividencia y terquedad admirables, tanto en lugares donde suena bien como en la boca del lobo) y la institucionalización, tan cerrada sobre sí y pendiente

de su autoconservación, no contribuye a sacramentalizar el evangelio. Sin embargo todavía sigue viva la llama en algunos jerarcas, en un puñado de agentes intermedios, y en un sector minoritario pero altamente dinámico y significativo de seglares, entre ellos muchos pobres, esos pobres con Espíritu de los que venimos hablando. Nuestra esperanza es que esta minoría conserve no sólo la fe y el valor sino también la caridad, y que así no sólo sea levadura en la masa humana a la que pertenece solidariamente sino que pueda ayudar a sus hermanos cristianos y en concreto a la institución eclesíástica a una conversión al fervor de la gracia que da alegría para liberarse de amarras mundanas.

- La fe se jugará alrededor de los pobres con espíritu

Pero en todo caso sí queremos afirmar que según nuestro pronóstico el futuro de la fe se juega alrededor de estos pobres con Espíritu, sean o no cristianos, sean o no conscientes de que es el Espíritu quien los mueve en su lucha, tan desabrigada y a contracorriente, por la vida y por la calidad humana de esa vida. Si esa brecha creciente es el mayor signo de los tiempos ¿cómo encontrarse con Dios, si no queremos converger adonde él pasa? Si esta brecha es tan patente, tan inocultable ¿cómo construir santuarios confortables que nos permitan encontrarnos con un dios asequible al margen de este drama de la especie humana? Ceremonias y movimientos religiosos que funcionan como vías de acceso a Dios sin tener que pagar el precio de enfrentarse a esa realidad que desquicia las vidas instaladas, podrán hablar de Dios, pero ese hablar es una terrible profanación, es escarnecerlo; es tentar a los pobres al presentar a un dios tan apático como los instalados en el polo desarrollado.

- Participar de la pasión de Dios por el mundo

No sabemos cuántos estarán o estaremos dispuestos a hacerlo en el siglo XXI, pero en él a lo que Dios nos llama es a participar de su pasión por el mundo y de la pasión que le inflige el mundo. Dios no es apático. Él siente pasión por el mundo: lo ama y nos ama apasionadamente, nos ama con todo su ser y se juega en ese amor. Este amor, tal como se nos ha revelado, no es algo deducible de antemano (en la Biblia, por ejemplo, Oseas es el primero que se atreve a atribuir a Dios el amor por nosotros), menos aún algo debido a nuestra condición de creaturas. Este amor es una relación personal, que incumbe por tanto de un modo diferenciado a cada una de las personas divinas. Es un amor

que se nos revela y acontece al entregarnos a su Hijo (1 Jn 4,9-10) y es un amor que se nos entrega a nosotros en el don del Espíritu Santo (Rm 5,5).

Podemos llamar en nuestro lenguaje humano pasión a este amor porque no sólo le afecta a él sino que es un amor que ha pasado por todas las pruebas y por eso sabemos que nada podrá separarnos del amor que él nos tiene (Rm 8,31-39). Dios se ha ligado a la humanidad de un modo incondicional. Jesús resucitado es el sí de Dios (1 Cor 1,19-20). Cristiano es el que llega a compartir el amor que Dios tiene por la humanidad. Nosotros confiamos que en el siglo XXI habrá seres humanos que participen de esa pasión de Dios por el mundo y que su aporte será realmente decisivo para que el mundo sea vivible.

Pero si ese mundo, que ha crecido tanto que puede rediseñar al ser humano y a los demás seres vivos y humanizar la naturaleza o destruir la tierra, ha decidido caminar en una dirección insolidaria y ante la penuria espantosa de las tres cuartas partes de la humanidad exclama como Caín “¿acaso soy yo su guardián? Si ellos no crecieron tanto como yo, ese no es mi problema: allá se las arreglen”, si ese mundo desarrollado sigue su carrera acaparando recursos, depredando, sometiendo y excluyendo y borrando de su corazón a los excluidos, sumido en la indiferencia ¿no se convertirá en pasión, en sufrimiento acervo, la pasión que Dios siente por los que no alcanzan a vivir y por los que no les importa esa situación? A Dios le duele inmensamente la deshumanización que delata tanta insensibilidad. Él padece no sólo porque esa insolidaridad es la negativa a recibir su amor sino porque esa negativa significa permanecer en la muerte y no querer aceptar dentro de sí esa vida que sólo puede brotar del amor.

Dios nos ha creado en el mundo para que en él vivamos sin Dios; pero su designio es que ese nuestro vivir sin él, atendid a nuestras posibilidades, lo vivamos en su presencia, delante de él, es decir como una respuesta libre y gozosa a su propuesta creadora, en la que consistimos. Si estamos ante él es porque él está delante de nosotros. Ese estar delante es presencia, pero siempre trascendente. Nuestro horizonte (visual, científico y en general cultural) nos trasciende como tal horizonte, pero no materialmente. Es decir que podemos llegar adonde está hoy el horizonte, aunque cuando lleguemos allí, al horizonte se habrá desplazado más allá; un más allá, pues, relativo. Dios, en cambio, nos trasciende de modo absoluto; pero nos abarca. No nos abarca en el sentido de que él sea la totalidad de la que nosotros formamos parte. Nos abarca con su amor. Pero el amor de Dios, a diferencia de los mitos de amor del Occidente, no consiste en el cara a cara ensimismado que busca fundirse en una unidad sin

resquicio, un amor devorador, que acaba por eso en la muerte. El amor de Dios es creador: la relación libre y liberadora en que consiste es la que pone la diferencia y la mantiene como tal. Él, porque nos quiere divinamente, nos quiere como otros que él, autónomos; aunque también desea que asumamos nuestra autonomía como don suyo y que la ejerzamos ante él, es decir como respuesta a su amor.

Sin embargo la corriente dominante en esta figura histórica concibe y vive la autonomía de un modo pretendidamente autárquico: el individuo no se sitúa ante Dios ni ante los otros seres humanos. Él se pretende creador de sus paradigmas y de sí mismo y acaba endiosando las obras de sus manos. Esta autocomplacencia narcisista, que rehusa mantener a Dios delante, insensibiliza, causa la indiferencia respecto de todo lo que está más allá del mundo que uno se construye como su mundo de vida; incapacita para amar. Como Dios sí sigue amando a quien prescinde de él, esa impiedad que deshumaniza tan radicalmente le causa un inmenso dolor porque él quiere el bien de aquéllos a quienes ama y ellos sin embargo están eligiendo su propio vaciamiento y fracaso.

Insisto en que a Dios le alegra el crecimiento de la humanidad hasta el punto de que ya tenga capacidad para tomar en sus manos la vida del planeta y su propia vida y pueda subsanar sus averías e incluso preverlas y evitarlas y hasta perfeccionar esa vida de manera que la evolución esté ya en cierto modo en sus manos. Dios no tiene envidia ni recelo de este desarrollo humano. Mas aún, en los científicos y técnicos es su Espíritu creador quien lo viene estimulando e impulsando. Dios se alegra de este progreso. Lo que le duele es que el ser humano no se conserve por encima de las obras de sus manos y que así las utilice como un botín de guerra para vivir de él, para dominar a otros, para conseguir otras cosas que lo ponen a valer... Le duele que lo que es para la vida, para la vida de todos y así para crecer en humanidad, se convierta en causa de alienación propia, dominio sobre otros y exclusión de los demás. Es así como el amor apasionado de Dios se convierte en pasión muy dolorosa. Dios quiere a quienes sustraen a los demás las posibilidades de vida y se deshumanizan a sí mismos. Ese amor lo hace vulnerable. Y así este mundo adulto que eligió una dirección insolidaria es causa de la pasión de Dios.

Pero Dios sufre también una pasión mucho mas dolorosa y la sufre de modo más íntimo aún, si nos es permitido decirlo en estos términos. Dios sufre por el dolor de los excluidos que tienen que luchar por vivir en condiciones tan desfavorables. Dios sufre porque él no quiere que la vida sea una lucha tan

desigual y sin tregua. Él se duele de esa penuria insuperable, de la estrechez de horizontes, de la desnutrición, de la falta de capacitación, de las enfermedades de pobres, de la deshumanización inducida por tanto desgaste y tanta tensión sin esperanza de mejora, de la violencia horizontal, de tantas muertes antes de tiempo, de tantos que mueren sin haber podido casi gozar de la vida. A él le duele íntimamente que la vida que él creó como bendición sea experimentada por tantos como una maldición. Él padece por lo que amenaza con convertirse en vaciamiento de la creación, en un fracaso.

Lo que venimos diciendo es un misterio. Al decirlo, es seguro que lo deformamos tanto como lo expresamos. Porque, si decir que Dios tiene pasión por nosotros ronda la presunción, la necedad y el paralogismo, afirmar que padece por causa de nosotros parece contradecir cualquier noción de Dios que aspire a la razonabilidad y al respeto que merece su santidad. ¿Cómo va a estar Dios a merced de nuestras acciones? Un Dios semejante ¿sería ya Dios, es decir absoluto y trascendente? Nosotros respondemos que Dios no padece a causa de alguna insuficiencia en su ser sino a causa de su amor. Pero ¿es pensable y representable un amor así entre el Creador y sus creaturas? ¿Es posible establecer una relación tan íntima entre seres tan infinitamente desiguales? La filosofía llegó a representarse el amor de Dios a nosotros como los rayos del sol. Esta representación subraya el límite al que parece lícito llegar: Él, la Bondad, el enteramente Bueno, no es ensimismado (no es envidioso: Timeo) sino naturalmente transitivo: se difunde (Santo Tomás; ST I,q5,a4,ad2;q19,a2;I-IIq1,a4,ad1). Pero en esta imagen aparece bien claro que es su modo de ser el que llega a nosotros, poniéndonos en la existencia haciéndonos participar de sí. de su bondad. En la comparación queda excluido el que la luz y el calor que podamos llegar a producir nosotros puedan irradiar hasta él. El amor de Dios puede llegar a nosotros, pero nuestro amor no lo alcanza. Ni consiguientemente nuestro desamor. No hay posibilidad de verdadera correspondencia. No es amor mutuo. Queda excluida, pues, la pasión en el sentido de amor apasionado y más aún en el sentido de padecimiento por causa de la no correspondencia a ese amor y por el sufrimiento, la deshumanización y la muerte de los seres queridos. Y sin embargo eso, lo no pensable, más aún lo que parecería despreciable pensarlo de Dios, una blasfemia, eso precisamente es lo que se nos ha revelado y a lo que se nos llama a corresponder. A esta correspondencia llamamos vivir de fe.

Pues bien, este misterio del amor “loco” de Dios, de su pasión, llega su punto más denso en la revelación de que a Dios no sólo le duele la pasión de los excluidos sino de que él padece en ellos. Uno de la comunidad divina ha

padecido. Es, pues, Dios mismo el que padece el rechazo y la condena de otros seres humanos. Dios asume dentro de sí la pasión, no sólo la pasión genérica propia de la naturaleza humana sino la pasión específica que unos seres humanos causan a otros cuando los excluyen y condenan, cuando los torturan y matan. Dios no sólo padece por aquellos excluidos a los que ama, sino que es uno de ellos. Al pertenecerle a él la pasión, se abre también la puerta para comprender que en esa pasión él no asumió el papel de víctima, él no se asumió como al contraparte de los que lo condenaban, él no vivió su pasión como la reacción a la acción de quienes lo condenaron. La vivió desde sí mismo: en la pasión se consumó su amor. Por eso murió perdonando a sus asesinos y padeciendo con todos los excluidos y condenados de la historia. Su vivir para los demás se consumó como compasión. Esta es la identidad definitiva del Hijo de Dios. El resucitado por Dios es el crucificado: las llagas son sus señas de identidad, la prueba de la medida de su amor.

Si él es el Crucificado, en cada excluido y condenado está él. Dios no sólo compadece a los que sufren sino que padece con ellos. De este modo la pasión de Dios por el mundo se nos revela finalmente como compasión. Esto significa que, si Dios se nos revela escatológicamente en Jesús, quienes sufren son su primer sacramento. Todos los que sufren, ciertamente, pero de un modo especial los pobres que no tienen comida ni vestido ni alojamiento ni un lugar en la tierra que puedan llamar suyo (Mt 25,40).

Así pues en este siglo XXI que se abre con una revolución tecnológica en plena marcha, con un desarrollo de las fuerzas productivas insospechado para generaciones pasadas, con unas posibilidades inéditas de vida en el plantea y de que se reconstruya y perfeccione enormemente la vida de la especie humana; en este siglo que comienza con posibilidades mucho más palpables de hacer valer los derechos humanos e implantar mecanismos de justicia a escala mundial, cuando se vislumbran posibilidades técnicas y políticas de corregir las locuras del mercado y su tendencia a la cartelización, en este siglo XXI que comienza con el impulso del Espíritu que dirige a la plenificación de la creación, en este siglo cuyo problema más global es la creciente polarización de la humanidad con la consiguiente muerte de unos y alienación de otros, el encuentro con Dios pasa por participar de su pasión por el mundo en todos los sentidos indicados hasta llegar a encontrarlo en la compasión con los excluidos y condenados. ¿Será capaz la humanidad en esta coyuntura decisiva de reconocer a un Dios así y de encontrarse con él? ¿Será capaz de discernir lo que conduce a su paz? ¿O llorará nuevamente el Hijo de Dios, hijo también de

hombre, nacido de mujer, al constatar que no somos capaces de reconocerlo? (cf Lc 19,41-44).

Yo tengo cierta esperanza respecto a la posible constitución de una verdadera Internacional de la Vida con personas de toda clase, credo y cultura que al compadecerse de los excluidos sean capaces de liberarse de la esclavitud del consumismo y canalicen todas sus energías en imaginar un mundo más ecuménico y biófilo y en caminar hacia él. Ahí se jugará el encuentro con Dios, independientemente de cualquier tematización al respecto. Pero ciertamente que ayudará una tematización adecuada (hacia eso toscamente tienden estas líneas) y sobre todo la práctica real de lo profesado, es decir, la aceptación de este amor apasionado pagando el precio de la pasión, en la que se realiza la vida verdadera, la gloria de Dios en nosotros, nuestra plena humanidad.

Es cierto que hacia eso confluyen personas muy distintas y espero que unas y otras vayan encontrándose intersubjetivamente, así como coinciden objetivamente. Todas ellas serán sujetos y cada una aportará su don. Sin embargo sí me parece importante acotar que la Internacional de la Vida no podrá constituirse desde arriba, es decir resignándose a que los excluidos sean sólo destinatarios de su acción y que los sujetos se encuentren entre los que están adentro de esta figura histórica. Esa manera de dolerse de la situación de los excluidos los objetiviza, les niega la humanidad. Desde ahí sólo es posible mantener con ellos relaciones verticales y unidireccionales. Esas relaciones alienan a los bienhechores y promotores, y nunca podrán contribuir al desarrollo humano de los excluidos.

Si dijimos que quienes desde su terrible desventaja luchan para vivir y para hacerlo de la manera más humana posible coinciden con el Espíritu, es decir que hacen lo más que puede hacerse con Dios que es obedecer a su impulso, ser canal de sus energías creadoras, eso significa que en torno a ellos debe constituirse la Internacional de la Vida. Ellos, que padecen con el Hijo de Dios y desde su cruz se entregan a las energías recreadoras del Espíritu, ellos son el lugar del encuentro de la humanidad con Dios y de la humanidad entre sí. Ellos no son entonces meros destinatarios sino núcleo irradiador. La humanidad cumplirá sus posibilidades de desarrollo humano, no sólo si sufre su dolor y los ayuda sino si esto se lleva a cabo en relaciones horizontales y mutuas. Entonces estos pobres con Espíritu les estarán tan agradecidos que también tendrán compasión de ellos y contribuirán activamente en su humanización. Porque la misericordia sólo humaniza (y sólo es cristiana) cuando toma la forma de la reciprocidad.

Como estamos hablando de qué haremos con Dios en el siglo XXI, queremos concluir diciendo que, además de lo dicho y precisamente llevándolo a cabo con su Espíritu, llegaremos a comprender que somos llamados no sólo a compartir su amor apasionado y su dolor por la deshumanización de unos y la exclusión y la muerte de otros y no sólo a padecer con él que padece en las víctimas sino también a tener compasión de él. Hasta ahí debe llegar el carácter mutuo de nuestra relación. Él se compadece de nosotros, y nosotros, si recibimos su compasión, si ella se convierte en principio de nuestro obrar, no sólo se dirigirá a los hermanos ricos deshumanizados y a los pobres abandonados a su suerte que es su muerte, sino que también se dirigirá a la propia comunidad divina.

También en esto son maestros los pobres con Espíritu. ¡Cuántas veces hemos oído de sus labios expresiones llenas de ternura de compasión por el dolor de Dios por sus hijos! Ellos, que saben a fondo lo que es el dolor y que han aprendido a vivirlo sin encerrarse en él, humanizadamente, son los que están más capacitados para conocer algo de ese abismo infinito del dolor redentor y recreador que brota del amor de Dios. Esperamos que en el siglo XXI podamos llevar hasta ese punto nuestra reciprocidad con él. Y esperamos que para eso podamos entablar esa reciprocidad con los pobres con Espíritu. Esperamos de un modo particular que ella recristianice a nuestras Iglesias. Y de paso que revitalice nuestro hablar sobre él.

NOTAS

1. RAHNER, *Oyente de la Palabra*, Herder, Barcelona 1967, 141, 213
2. BONHOEFFER, "Carta del 16 de julio de 1944", en *Resistencia y sumisión*, Libros del Nopal, Barcelona 1969, 206-210
3. MOLTMANN, *Dios en la creación*, Sígueme, Salamanca 1987, 100-107
4. ELLACURIA, *Filosofía de la realidad histórica*, Ed. Trotta, Madrid 1991
5. LEVINAS, *Totalidad e infinito*, Sígueme, Salamanca 1977, 298
6. RICOEUR, *Finitud y culpabilidad*, Taurus, Madrid 1969, 389-418
7. COX, *La ciudad secular*, Península, Barcelona 1968
8. COX, *La religión en la ciudad secular*, Sal Terrae, Santander 1984

9. RICOEUR, *o.c.*, 410-412

10. ARGUEDAS, *Todas las sangres*, Losada, Buenos Aires 1970, v. II 217. TRIGO, *Arguedas: mito, historia y religión*, CEP, Lima 1982, 171-189

11. Ver las palabras "Tiniebla", "Mundo" y "Enemigo" en el vocabulario de MATEOS - BARRETO, *El evangelio de Juan*, Cristiandad, Madrid 1979, 1079-1081; 1041-1042; 983-986.

12. GONZALEZ FAUS - VIVES, *Creer, sólo se puede en Dios. En Dios sólo se puede creer*, Sal Terrae, Santander 1985

13. ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Alianza Editorial - Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1988, 134-164

14. TRIGO, "Creación y mundo material", en *Mysterium Liberationis*, Trotta, Madrid 1990, v. II, 21-25

15. RAHNER, *Escritos de teología*, VII, Taurus, Madrid 1967, 25

16. Pablo VI, *El valor religioso del Concilio*, Concilio Vaticano II, BAC, Madrid 1966, 827

17. SEPULVEDA, *Apología*, Ed. Nacional, Madrid 1975, 68-70

18. DOSTOIEVSKI, "El Gran Inquisidor" en *Los hermanos Karamazov*, Cátedra, Madrid 1987, 399-424

19. Inscripción en los billetes de dólares

20. BOLIVAR, "Mensaje al Congreso de Bolivia sobre la Constitución boliviana", en *Doctrina del Libertador*, Biblioteca Ayacucho, Caracas 1985, 239-240

ALGUNOS LIBROS PANORAMICOS, ANALITICOS O SINTOMATICOS

MARTIN VELASCO, *La religión en nuestro tiempo*, Sígueme, Salamanca 1978

MARTIN VELASCO, *El malestar religioso de nuestra cultura*, Paulinas, Madrid 1993

SAMUEL, *Para comprender las religiones en nuestro tiempo*, EVD, Estella 1993

MARDONES, *Para comprender las nuevas formas de religión*, EVD, Estella 1994

MARDONES, *Postmodernidad y cristianismo*, Sal Terrae, Santander 1988

CULTRERA, *Hacia una religiosidad de la experiencia*, Atenas, Madrid 1994

CORBI, *Proyectar la sociedad/ Reconvertir la religión*, Herder, Barcelona 1992

BERGER, *Una gloria lejana*, Herder, Barcelona 1994

KEPEL, *La revancha de Dios*, Anaya, Salamanca 1991

BOSCH, *Para conocer las sectas*, EVD, Estella 1993

GIL Y NISTAL, *"New Age"/ Una religiosidad desconcertante*, Herder, Barcelona 1994

BISER, *Pronóstico de la fe*, Herder, Barcelona 1994

GIUSSANI, *La conciencia religiosa en el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 1990

LIBANIO, *Dios y los hombres: sus caminos*, EVD, Estella 1992.

BALTHASAR, *El problema de Dios en el hombre actual*, Guadarrama, Madrid 1966

KÜNG, *¿Existe Dios?* Herder, Barcelona 1979

KÜNG, *Teología para la postmodernidad*, Alianza, Madrid 1989

SCHILLEBEECKX, *Los hombres, relato de Dios*, Sígueme, Salamanca 1994

BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*.

GONZALEZ FAUS y VIVES, *Creer, sólo se puede en Dios. En Dios sólo se puede creer*, Sal Terrae, Santander 1985

RAHNER, *¿Crees en Dios?* Taurus, Madrid 1971

LAMET, *La seducción de Dios*, Ediciones Temas de hoy, Madrid 1992

ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Alianza Editorial - Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1988

- PANNIKAR, *La experiencia de Dios*, PPC, Madrid 1994
- LE SAUX, *Despertar a sí mismo... Despertar a Dios*, Mensajero, Bilbao 1989
- GONZALEZ BUELTA, *Bajar al encuentro de Dios*, Sal Terrae, Santander 1988
- GONZALEZ BUELTA, *El Dios oprimido*, Sal Terrae, Santander 1990
- GUTIERREZ, *Beber en su propio pozo*, CEP, Lima 1983
- GUTIERREZ, *Hablar de Dios*, Sígueme, Salamanca 1986
- RUIZ DE LA PEÑA, *Crisis y apología de la fe/ Evangelio y nuevo milenio*, Sal Terrae, Santander 1995
- TORRES QUEIRUGA, *Un Dios para hoy*, Sal Terrae, Santander 1997
- MÜLLER-FAHRENHOLZ, *El Espíritu de Dios/ Transformar un mundo en crisis*, Sal Terrae, Santander 1996
- MCFAGUE, *Modelos de Dios/ Teología para una era ecológica y nuclear*, Sal Terrae, Santander
- BRUEGGEMANN, *La imaginación profética*, Sal Terrae, Santander

¿QUE SIGNIFICA PADRE NUESTRO CUANDO NO VIVIMOS COMO HERMANOS?

Jean-Pierre Wyssenbach, sj

DIOS ES PADRE

Un sacerdote obrero tuvo que subir con un compañero de trabajo a una plataforma muy elevada. Y allí el compañero le preguntó: "Castellot, ¿cómo es Dios?".

- Algunas imágenes de Dios

Los ateos dicen que no hay Dios. Quiere decir que tienen un concepto de Dios cuya existencia pueden negar. ¿Qué idea de Dios tienen los ateos? El filósofo Ludwig Feuerbach dijo en el siglo XIX que el hombre había hecho a Dios a su imagen y semejanza. ¿Cómo hemos hecho nosotros a Dios?

Algunos, como Aristóteles, se imaginan a Dios como un *motor inmóvil*, que pone en movimiento el universo, pero no se deja mover -ni conmover- por nada. Otros lo imaginan como un *tapagujeros*, explicando todos los problemas que nosotros no podemos explicar. Otros lo ven como un *policía*, como un defensor del orden establecido.

De manera parecida, otros lo imaginan como un *detective*, con su ojo siempre vigilándonos. Otros lo ven como un ser envidioso de los hombres, arruinando su felicidad, *castigador*, destructor (como con el diluvio), sádico. Otros lo imaginan como un *rey absolutista*, arbitrario, imprevisible. Otros lo piensan como un *abuelo* consentidor, que lo permite todo, que no puede evitar

nada. Otros lo ven como un compadre, del que hay que hacerse *compadre*, porque favorece a los suyos y se despreocupa de los otros, como sucede en esta sociedad en la que casi todo funciona con palancas. Otros lo imaginan como *Mandrake*, que puede hacerlo todo él solo, sin esfuerzo, ni necesidad de la colaboración de nadie. Otros lo ven como el más perfecto *ingeniero*, ante la maravilla del universo, donde estrellas y planetas se mueven sincronizadamente a altísimas velocidades.

Sería bueno tomarnos todos un momento para preguntarnos cómo nos imaginamos a Dios. Nuestra actitud con Dios, ¿qué imagen de Dios presupone?

- Imágenes bíblicas de Dios

La Biblia, ¿qué imágenes usa para describir a Dios? ¿Qué imágenes bíblicas de Dios recordamos? Para presentar a Dios, la Biblia utiliza imágenes de la *vida familiar*: Dios como padre, como madre, como esposo, como amigo. También utiliza Imágenes de la *vida social*: Dios como aliado poderoso, como libertador, como señor, como rey, como legislador. Utiliza igualmente imágenes de la *vida de trabajo*: Dios como pastor, como alfarero. También usa comparaciones de *objetos*: Dios como roca, como alcázar. Nos vamos a fijar en algunas de esas comparaciones.

DIOS LIBERADOR DE ESCLAVOS

- Dios creador del universo

Los astrónomos consideran que el universo contiene alrededor de 100.000 millones de galaxias, cada una de las cuales reúne un promedio de unos 100.000 millones de estrellas. Aunque las más grandes pueden contener hasta 3 billones de estrellas. Las galaxias normales más lejanas están a unos 10.000 millones de años luz de nosotros, el quasar más lejano está a unos 15.000 millones de años luz.

Nos movemos a altísimas velocidades. La Luna viaja a 2,4 kilómetros por segundo. La Tierra viaja a 11,2 kilómetros por segundo. Júpiter viaja a 59,5 kilómetros por segundo. Con estos y parecidos datos no es extraño que muchos seres humanos sientan por Dios creador un respeto grandísimo y lo puedan sentir muy lejos de nosotros.

- Dios nos ve y nos oye

Y, sin embargo, el libro del Exodo nos presenta a un Dios cercano del pueblo de Israel, cuando éste era esclavo en Egipto. Leamos el capítulo 3 del libro del Exodo. Moisés cuidaba las ovejas de su suegro Jetró. Llegó hasta el monte de Dios, que se llama Horeb. Dios se le apareció en una llama de fuego, en medio de una zarza.

Y le dijo: “Claramente he visto cómo sufre mi pueblo, que está en Egipto”. Dios nos ve siempre (Sal 139,7-12). “Los he oído quejarse por culpa de sus capataces, y sé muy bien lo que sufren”. Dios nos oye siempre (Sal 139,4). “Por eso he bajado, para salvarlos del poder de los egipcios; voy a sacarlos de este país y a llevarlos a una tierra grande y buena, donde la leche y la miel corren como el agua”.

- Dios libertador de su pueblo

Con motivo de los 30 años del II Encuentro latinoamericano de los obispos en Medellín (Colombia), en 1968, aparecieron comentarios en algún periódico, sobre si se había acabado la Teología de la liberación. A algunos les encanta afirmar que lo de la liberación en la Biblia es un invento latinoamericano.

No es un invento. Es un descubrimiento. De algo que estaba ahí. Que otros no lo habían descubierto. No porque los latinoamericanos seamos más listos que los demás. Sino porque entre nosotros hay más esclavitud que en otros pueblos. Es una cuestión de sintonía. Al haber tanta esclavitud entre nosotros, nos fijamos que en este pasaje Dios aparece como el libertador de su pueblo.

- Los credos de Israel

Pero no se trata sólo de un pasaje, así sea importantísimo y fundamental en todo el libro del Exodo. Es que en todos los credos de Israel aparece como uno de los dos artículos de fe más importantes.

Los credos son fórmulas condensadas de fe. Nosotros comenzamos nuestro credo diciendo: “Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”. Pero los credos más antiguos de Israel dicen: “Nosotros éramos esclavos del faraón en Egipto, y el Señor nos sacó de allí con gran poder. Y nos llevó al país que había prometido a nuestros antepasados, y nos lo dio (Dt 6,21-

23). Se puede leer también otros credos antiguos en Dt 26,5-9; Jos 24,2-13; 1 Sam 12,8; Sal 78, 11-16; 105,42-44; 106; 135; 136. El salmo 136 es el primero en el que se explicita la fe en Dios creador. Pero en todos los anteriores el artículo fundamental es la fe en un Dios liberador de su pueblo.

Y para que Israel cumpla los mandamientos se le recuerda la gratitud con Dios que lo liberó de la esclavitud. Al comienzo de los diez mandamientos leemos : “Yo soy el Señor tu Dios, que te sacó de Egipto, donde eras esclavo” (Ex 20,2). Se pueden leer también Ex 22,20; 23,9.15; Lev 19,36; Dt 5,6.15; 6,12;13,6.11; 15,15; 16,3.12; 24,9.18.22; 25,17. Diríamos que es la tarjeta de presentación de Dios: Liberador de su pueblo.

- Dios nos necesita

¿Será verdad lo que dice Nouwen: “Dios me necesita tanto como yo a El”? En el libro del Exodo, Dios dice a Moisés: “Ponte en camino, que te voy a enviar ante el faraón para que saques de Egipto a mi pueblo” (Ex 3,10). Dios necesitaba a Moisés. Dios nos necesita hoy. Por eso hablar de Dios es también hablar de nosotros.

Damos gracias a Dios por preocuparse por su pueblo. Por no aceptar que lo esclavicen. Por buscar su liberación. Nos emociona que nos necesite para la liberación de su pueblo. No le queremos fallar. Vamos a terminar preguntándonos con sinceridad: ¿Qué hacemos por la liberación de nuestro pueblo, de los pueblos esclavizados de América Latina, del mundo? ¿Qué más podríamos hacer con la gracia de Dios liberador? ¿Qué pasos concretos vamos a dar en adelante para ser mejores instrumentos del plan liberador que Dios tiene para todos los hombres?

DIOS LEGISLADOR DE UN PUEBLO

Sabemos que Dios liberó a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Pero esa libertad no hubiera servido si hubiera caído después en esclavitudes nacionales, dentro de su mismo pueblo. Por eso Dios da una serie de leyes sociales, que podemos leer en los capítulos 20 al 23 del libro del Exodo y 12 al 26 del libro del Deuteronomio. Esas leyes son expresión de su amor de Padre por sus hijos más necesitados. Algunas de esas leyes son:

El *Decálogo* (Ex 20 y Dt 5) es una extraordinaria condensación de los derechos humanos y del respeto que debemos tener hacia ellos: la familia, la vida, la propiedad, la verdad en la comunicación y la paz social.

Se prohíbe *oprimir* a los marginados: “No violarás el derecho de tu pobre en su causa. No oprimirás al emigrante; conoces la suerte del emigrante, porque emigrantes fueron ustedes en Egipto~ (Ex 23,6-9).

Una forma concreta de opresión, que se condena, es *retener el salario* del jornalero: “No explotarás a tu prójimo ni lo expropiarás. No dormiré contigo hasta el día siguiente el jornal del obrero~ (Lev 19,13).

Otras formas condenadas de opresión son los *juicios y balanzas injustas*: “No darán sentencias injustas ni cometerán injusticias en pesos y medidas. Tengan balanzas, pesas y medidas exactas” (Lev 19,35-36).

Se inculca que *los bienes* están para satisfacer las necesidades de todos: “Si entras en la viña de tu prójimo, come hasta hartarte; pero no metas nada en la cesta. Si entras en las mieses de tu prójimo, arranca espigas con la mano: pero no metas la hoz en la mies de tu prójimo” (Dt 23,25s). Es la “hipoteca social” que, según el papa Juan Pablo II, pesa sobre toda propiedad.

Se prohíbe el *préstamo a Interés*, prohibición que se mantuvo durante siglos, y todavía se urgía entre los cristianos en la Edad Media: “No cargues intereses a tu hermano; ni sobre el dinero, ni sobre alimentos, ni sobre cualquier préstamo” (Dt 23,20).

No se permite guardar una *garantía* que el prójimo pueda necesitar: “Si tomas en prenda la capa de tu prójimo, se la devolverás antes de ponerse el sol, porque no tiene otro vestido para cubrir su cuerpo y para acostarse. Si grita a mí, yo lo escucharé, porque soy compasivo” (Ex 22,25-26).

Se urge el *descanso semanal* como celebración de la liberación de la esclavitud: “Durante seis días trabaja y haz tus tareas; pero el día séptimo no harás trabajo alguno, ni tú, ni tu esclavo, ni tu esclava, para que descansen como tú el esclavo y la esclava. Recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que te sacó de allí el Señor tu Dios” (Dt 5,12-15).

Se prohíbe el *rebusco de la cosecha*: “Cuando sieguen la mies de sus tierras, no desorillarás el campo ni espigarás después de segar. Tampoco harás el rebusco de tu viña ni recogerás las uvas caídas. Se lo dejarás al pobre y al emigrante” (Lev 19,9s).

En las *fiestas litúrgicas* anuales habrá que enviar su ración a quien no tiene nada preparado (Neh 8,10-12). Así se alegrarán también con este compartir los esclavos y esclavas, los emigrantes, los huérfanos y las viudas (Dt 16,11-14).

Se impone el *diezmo trienal*. La décima parte de lo ganado irá a los más necesitados. “Cada tres años apartarás el diezmo de la cosecha del año y lo

depositarás a las puertas de la ciudad. Así vendrá el levita, que no se benefició en el reparto de la herencia de ustedes, el emigrante, el huérfano y la viuda que viven en tu vecindad y comerán hasta hartarse. Así te bendecirá el Señor en todas las tareas que emprendas” (Dt 14,28-29).

Se establece el *año sabático*. “Al cabo de siete años harás remisión. Todo acreedor que posea una prenda personal hará remisión de lo que haya prestado a su prójimo con el fin de que no haya ningún pobre junto a ti. Si tu hermano hebreo, hombre o mujer, se vende a ti, te servirá durante seis años; el séptimo lo dejarás libre; y al dejarlo libre, no le mandarás con las manos vacías” (Dt 15,1-18).

Una legislación semejante, necesariamente tenía que contar con la oposición de los poderosos. Estos lograron reducir el año sabático a dejar algunas tierras en barbecho (Lev 25,1-7). Pero los legisladores no desisten de este ideal, y pretenden imponerlo por lo menos cada 50 años, en el *año jubilar*. “Declararán ustedes santo el año cincuenta, y proclamarán en la tierra liberación para todos sus habitantes. Será para ustedes un jubileo. Cada uno recobrará su propiedad, y cada cual regresará a su familia. La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que ustedes son para mí como forasteros y huéspedes.

Si se empobrece tu hermano en asuntos contigo y tú le compras..., si no es rescatado por otros, quedará libre el año del jubileo, él y sus hijos con él. Porque es a mí a quien sirven los hijos de Israel. Siervos míos son, a quienes yo he sacado del país de Egipto. Yo, Yahveh, su Dios” (Lev 25,8-55). Cuando llegue Jesús, se presentará como ungido por el Espíritu del Señor para proclamar ese año de gracia del Señor (Lc 4,18-19).

¿Entendemos todas esas leyes como expresión del amor de Dios? ¿Las cumplimos nosotros? ¿Hacemos que los demás las cumplan? ¿Cómo traduciríamos hoy esas leyes a nuestra situación actual?

DIOS NOS AMA

- Dios como Padre

Son muchos los pasajes del Antiguo Testamento que presentan a Dios como Padre. Unas veces aparece Dios como padre del *rey*, como en 2 Sam 7,14: “Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo” (Ver también 1 Cr 17,13; 22,10; 28,6; Sal 89,27).

Otras veces se presenta a Dios como padre del *justo*, como en Sab 2,16-18: “Dice que los buenos, al morir, son dichosos, y se siente orgulloso de tener a Dios por padre. Veamos si es cierto lo que dice y comprobemos en qué va a parar su vida. Si el bueno es realmente hijo de Dios, Dios lo ayudará y lo librará de las manos de sus enemigos”. Pero sobre todo aparece Dios como padre de todo el *pueblo*, como en el Pentateuco: “Así dice el Señor: Israel es mi hijo mayor” (Ex 4,22). Dt 32,6 nos recuerda: “El Señor...¿no es él tu Padre, que te dio la vida? El es el que te hizo y te constituyó”.

También *los profetas* llaman Padre a Dios. En Is 63,16 y 64,7 encontramos una preciosa oración: “Tú eres nuestro Padre. En efecto, Abrahán no nos conoce, Israel no nos reconoce tampoco; tú, Señor, eres nuestro Padre, nuestro Redentor desde siempre, ése es tu nombre”. “Sin embargo, Señor, tú eres nuestro Padre, nosotros somos el barro, tú el que nos modela, nosotros somos la obra de tus manos”.

Y en Jer 3,4.19 y 31,19 oímos la reclamación de Dios: “Ahora mismo me dices: ‘¡Tú eres mi padre, mi amigo de juventud!’”. “Esperaba que me llamaras ‘padre mío’ y no te apartaras de mí. “Sí, yo soy un padre para Israel; Efraín es mi hijo mayor”.

También Mal 1,6 y 2,10 reclaman: “Un hijo honra a su padre y un siervo a su amo. Pues bien, si yo soy padre, ¿dónde está el honor que me corresponde? Y si soy amo, ¿dónde el respeto que se me debe?, os declara el Señor omnipotente”. “¿No tenemos todos un solo padre? ¿No nos ha creado un solo Dios? ¿Por qué somos traidores unos con otros?”. En las narraciones de Tob 13,4 le dirige esta oración: “Exáltelo frente a todos los vivientes, porque es nuestro Señor, nuestro Dios, nuestro Padre”.

Entre los *poetas*, el Sal 68,6 nos recordará las preferencias de Dios: “Padre de los huérfanos, defensor de las viudas: así es Dios en su santa morada”. También los libros de los *sabios* lo invocarán con este título: “El barco... fue construido por la sabiduría del artífice. Pero es tu providencia, oh Padre, quien lo guía; tú trazaste un camino sobre el mar, un sendero seguro entre las olas” (Sab 14,3). “Señor, Padre y dueño de mi vida, no me abandones” (Eclo 23,1). “Oh Señor, Padre y Dios de mi vida, no me entregues a su capricho” (Eclo 23,4). “Invoqué al Señor, padre de mi señor, para que no me abandones en los días de la desgracia” (Eclo 51,10).

Oseas lo describe como un padre cariñoso: “Cuando el pueblo de Israel era niño, yo lo amaba; a él, que era mi hijo, lo llamé de Egipto. Pero cuanto más

lo llamaba, más se apartaba de mí. Con todo, yo guié al pueblo de Efraín y lo enseñé a caminar; pero ellos no comprendieron que era yo quien los cuidaba. Con lazos de ternura, con cuerdas de amor, los atraje hacia mí; los acerqué a mis mejillas como si fueran niños de pecho; me incliné a ellos para darles de comer” (Os 11,1-4).

- Dios como Madre

A veces el título de padre les parece a los profetas insuficiente para darnos a conocer el amor de Dios, y lo presentan como *madre*: “¿Cómo podré dejarte, Efraín; entregarte a tí, Israel? ¿Cómo dejarte como a Admá; tratarte como a Seboin? Me da un vuelco el corazón, se me revuelven todas las entrañas” (Os 11,8). “¡Si es mi hijo querido Efraín, mi niño, mi encanto! Cada vez que le reprendo me acuerdo de ello, se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión” (Jer 31,20). “¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré” (Is 49,15).

- Dios como esposo

En el mismo profeta *Oseas*, los tres primeros capítulos presentan a Dios como esposo enamorado y fiel a pesar de las infidelidades de su pueblo. “Voy a seducirla llevándomela al desierto y hablándole al corazón... Aquel día me llamarás Esposo mío, ya no me llamarás ídolo mío... Me casaré contigo para siempre, me casaré contigo a precio de justicia y derecho, de afecto y de cariño, de fidelidad y conocerás al Señor” (Os 2,16.18.21-22).

El profeta *Ezequiel* presenta a Dios como esposo de su pueblo en la terrible alegoría del capítulo 16. “Cogiste a tus hijos y a tus hijas, los que diste a luz para mí, y se los inmolaste para que comieran... Pero yo me acordaré de la alianza que hice contigo cuando eras moza y haré contigo una alianza eterna” (Ez 16,20.60).

En todo el *Cantar de los Cantares*, el amor de la pareja sirve para revelarnos el amor que Dios tiene por su pueblo. “Es fuerte el amor como la muerte... es llamada divina... Si alguien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa, se haría despreciable” (Cant 8,6-7).

Padre, madre, esposo, son imágenes que quieren ayudarnos a descubrir el amor que Dios creador, liberador, legislador, rey y santo, nos tiene.

¿Cómo me gusta más imaginarme a Dios: como padre o como madre? ¿Me atrevo a imaginarme a Dios como pareja? ¿Me parece demasiado? ¿No creo que sea cierta la comparación? ¿Qué consecuencias deberían tener en mi vida estas comparaciones del amor que Dios me tiene, a mí y a todos sus hijos?

DIOS COMO PADRE EN EL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento nos ha conservado hasta la propia palabra aramea que Jesús usaba en sus oraciones para dirigirse a Dios: “Abba, Padre, para ti todo es posible: líbrame de este trago amargo; pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mc 14,36). Ese será el modelo para nuestras oraciones (ver Gál 4,6 y Rom 8,15).

En sus oraciones, Jesús siempre se dirige a Dios como Padre ((Mt 11,25s; Lc 10,21; Mt 26,39.42 ; Lc 11,2 ; 22,42 ; 23,34.46; Jn 11,41; 12,27s; 17,1.5.11.24s). Nos enseña a nosotros a dirigirnos a Dios como Padre (Mc 11,25; Mt 5,48; 6,9).

Psicólogos y psiquiatras han investigado la relación entre *la imagen de nuestro padre* y nuestra imagen de Dios. El padre Cruchon dice que sólo podemos tener una imagen correcta de Dios cuando en nuestra familia hemos tenido la suerte de encontrar alguna figura que combina la comprensión y la exigencia. Muchas mujeres entre nosotros dicen que les ha tocado ser a la vez madre y padre. Muchas veces lo dicen con el orgullo del deber cumplido.

Yo creo que así es Dios. Que también a El le toca ser a la vez padre y madre. Con la dimensión de exigencia del Padre y la dimensión de comprensión de la madre. *Comprendernos* como somos, aceptarnos, y así darnos confianza. *Exigirnos*, no permitir que nos contentemos con la situación en la que estamos. Sino animarnos a superarnos, a dar todo lo mejor de nosotros mismos. “No todos los que me dicen: ‘Señor, Señor’, entrarán en el reino de los cielos, sino solamente los que hacen la voluntad de mi Padre celestial” (Mt 7,21).

Dios nos *corrige*. Dios les aconseja como a hijos suyos. Dice en la Escritura: “No desprecies, hijo mío, la corrección del Señor, ni te desanimes cuando te reprenda. Porque el Señor corrige a quien El ama, y castiga aquel a quien recibe como hijo”. Ustedes están sufriendo para su corrección: Dios los trata como a hijos. ¿Acaso hay algún hijo a quien su padre no corrija? Pero si Dios no los corrige a ustedes como corrige a todos sus hijos, entonces ustedes no son hijos legítimos. Además, cuando éramos niños, nuestros padres aquí en la tierra nos corregían, y los respetábamos. ¿Por qué no hemos de someternos,

con mayor razón, a nuestro padre celestial, para obtener la vida? Nuestros padres aquí en la tierra nos corregían durante esta corta vida, según lo que más conveniente les parecía; pero Dios nos corrige para nuestro verdadero provecho, para hacernos santos como El. Ciertamente, ningún castigo es agradable en el momento de recibirlo, sino que duele; pero si uno aprende la lección, el resultado es una vida de paz y rectitud” (Hbr 12,5-11).

Es típico del Padre dar vida y hacer crecer. Así es Dios con nosotros. Nos da la vida. Y nos hace crecer en fe. En la relación con nuestros padres suele haber una evolución, desde el momento en que somos muy pequeños, no valemos para nada. Y nos tienen que enseñar hasta a alimentarnos. Pero progresivamente podemos más. Cada vez nos dan mayor responsabilidad, y así vamos creciendo. Y la relación con nuestros padres va pasando de vertical a horizontal, se van convirtiendo en amigos

De Dios nosotros somos siempre hijos. Pero no siempre niños. Por eso hay muchas cosas que El nunca nos dará. Sino que tenemos que lograrlas con su gracia. Por ejemplo una Venezuela más justa. Si no fuera así, si lo hiciera El todo y sólo, nos sentiríamos de sobra, y nos infantilizaría, no nos permitiría crecer.

El Evangelio nos invita a pedir a Dios nuestro Padre con confianza: “Pidan, y Dios les dará. ¿Acaso alguno de ustedes, que sea padre, sería capaz de darle a su hijo una culebra cuando le pide un pescado? Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan” (Lc 11,9-13).

Ni siquiera necesitamos pedir. Porque Dios ya sabe todo lo que necesitamos antes de que se lo pidamos. “Su Padre ya sabe lo que ustedes necesitan, antes de que se lo pidan” (Mt 6,8).

En nosotros debe haber una gran confianza en Dios que lo ve todo. “Cuando tú ayudes a los necesitados, no se lo cuentes ni siquiera a tu amigo más íntimo; hazlo en secreto. Y tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu premio” (Mt 6,3-4). “Tú, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre en secreto. Y tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu premio” (Mt 6,6). “Tú, cuando ayunes, lávate la cara y arréglate bien, para que la gente no note que estás ayunando. Solamente lo notará tu Padre, que está en lo oculto, y tu Padre que ve en lo oculto te dará tu recompensa” (6,17-18).

Debemos incluso confiar en él sin necesidad de pedirle. Ser hijos de Dios nos llena de confianza en que Dios sabe lo que necesitamos. “Así que no se

preocupen preguntándose: ¿Qué vamos a comer? O ¿qué vamos a beber? O ¿con qué vamos a vestirnos? Todas estas cosas son las que preocupan a los paganos, pero ustedes tienen un Padre celestial que ya sabe que las necesitan” (Mt 6,31-32).

“Miren cuánto nos ama Dios el Padre, que se nos puede llamar hijos de Dios, y lo somos” (1 Jn 3,1). Esto hace que nazca en nosotros una oración de *agradecimiento* a Dios por esa vida que nos ha comunicado.

“Queridos hermanos, ya somos hijos de Dios. Y aunque no se ve todavía lo que seremos después, sabemos que cuando Jesucristo aparezca seremos como él, porque lo veremos tal como es. Y todo el que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, de la misma manera que Jesucristo es puro” (1 Jn 3,2-3). Ser hijos de Dios nos hace mirar al futuro llenos de esperanza. Y con ella nos purificamos para parecernos a Jesucristo nuestro hermano mayor.

“Sean ustedes perfectos, como su Padre que está en el cielo es perfecto” (Mt 5,48). Así resume el evangelio de Mateo nuestra tarea como hijos de Dios. La Nueva Biblia Española lo traduce diciendo: “Sean buenos del todo, como es bueno el Padre de ustedes del cielo”. Y Lucas lo traducirá: “Sean ustedes compasivos, como también su Padre es compasivo” (Lc 6,36).

Jesucristo nos dice: “Ustedes son la luz de este mundo... Procuren ustedes que su luz brille delante de la gente, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a su Padre que está en el cielo” (Mt 5,16).

Jesucristo quiere que su Padre sea conocido. Que seamos sus misioneros. Y él nos ayudará a lograrlo. “Cuando les entreguen a las autoridades, no se preocupen ustedes por lo que han de decir. No serán ustedes quienes hablarán, sino que el Espíritu de su Padre hablará por ustedes” (Mt 10,20). Jesucristo presenta a Dios como el padre *misericordioso* en la conocida parábola del Hijo pródigo (Lc 15,11-32).

Una forma de amar al prójimo es *perdonarlo*. No olvidar lo que ha hecho, sino darle el chance de rehacer su vida. “Porque si ustedes perdonan a otros el mal que les han hecho, su Padre que está en el cielo les perdonará también a ustedes; pero si no perdonan a otros, tampoco su Padre les perdonará a ustedes sus pecados” (Mt 6,14-15)

- Vivir como hermanos

SI Dios es el Padre de todos, entonces somos hermanos y debemos vivir

como hermanos. De ahí la relación entre reconocer a Dios como Padre y reconocer a los demás seres humanos como hermanos.

Amar al prójimo, como Jesús nos enseña con la parábola del Buen Samaritano, es la forma de reconocer la paternidad universal de Dios. “Amen a sus enemigos, y oren por quienes los persiguen. Así ustedes serán hijos de su Padre que está en el cielo; pues él hace que su sol salga sobre justos e injustos. Porque si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué premio recibirán? Hasta los que cobran impuestos para Roma se portan así. Y si saludan solamente a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? Hasta los paganos se portan así” (Mt 5,44-47). Ser hijos de Dios implica un amor universal, a ejemplo de nuestro Padre del cielo, incluso a nuestros enemigos.

En la comunidad debe haber *fraternidad* igualitaria. “No llamen ustedes a nadie Padre en la tierra, porque tienen solamente un Padre: el que está en el cielo” (Mt 23,9).

Podemos decir, en resumen, que la revelación de Dios como Padre es uno de los aspectos fundamentales del mensaje de Jesús. Y si nosotros somos todos sus hijos, debemos vivir como hermanos.

¿Vivimos como hermanos? ¿Tenemos que arrepentirnos de alguna infidelidad? ¿Podemos progresar en ese amor de hermanos? ¿Cómo podríamos crecer más como hijos de ese Padre?

PADRE NUESTRO

El Nuevo Testamento nos ha conservado hasta la propia palabra aramea que Jesús usaba en sus oraciones para dirigirse a Dios: “*Abba*” (Mc 14,36; Gál 4,6; Rom 8,15). En sus oraciones Jesús siempre se dirige a Dios como Padre. Nos enseña a nosotros e dirigirnos a Dios como Padre. Dios es a la vez madre y padre de nosotros. Nos comprende como somos y nos exige para que seamos todo lo bueno que podemos ser. No nos quiere niños, nos hace crecer.

Sabe todo lo que necesitamos antes de que se lo pidamos. Pero quiere que se lo pidamos, para que nos dispongamos a recibirlo. Quiere que busquemos para encontrarlo. Que luchemos por conseguirlo.

Nuestro. No mío. Para que nunca olvidemos que Dios es padre de todos. Los quiere a todos como hijos. Para que nosotros los queramos a todos como hermanos. Si no vivimos como hermanos no estamos creyendo que Dios es padre nuestro.

- Nombre, reinado, voluntad

Proclámese que tú eres santo. Santificado sea tu *nombre*. El profeta Isaías nos dice (Is 29,17-24) que santificarán el nombre de Dios el día en que oirán los sordos las palabras del libro, sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos. Los oprimidos volverán a alegrarse con el Señor y los pobres gozarán con el Santo de Israel, porque se acabó el tirano, se terminó el cínico, y serán aniquilados los despiertos para el mal y que por nada hunden al inocente.

El profeta Ezequiel escribe (Ez 36,16-38) que Dios mostrará la santidad de su nombre cuando les reúna de todos los países y les lleve a su tierra, los purifique de todas sus inmundicias, les dé un corazón nuevo y les infunda un espíritu nuevo, llame al grano y lo haga abundar y no les deje pasar hambre, haga que abunden los frutos de los árboles y las cosechas de los campos. El nombre de Dios es santificado cuando se habla bien de Él por todo lo bueno que hace con su pueblo.

Llegue tu reinado. Venga tu *reino*. El salmo 146 nos explica que el Señor reina eternamente por cuanto hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos, liberta a los cautivos, abre los ojos al ciego, endereza a los que ya se doblan, ama a los honrados, guarda a los emigrantes, sustenta el huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El salmo 72 pone como características del rey el que defenderá a los humildes del pueblo, socorrerá a los hijos del pobre y quebrantará al explotador, hará que abunden las mieses del campo, y broten las espigas como hierba del campo.

Realícese tu designio en la tierra como en el cielo. Hágase tu *voluntad*. Dios reina cuando se hace su voluntad. Y entonces la gente puede hablar bien de El, se santifica su nombre. De manera que son tres frases distintas para referirse a una única realidad.

- Pan, perdón, tentación y malo

Danos hoy nuestro *pan* de cada día. Para hoy. Para mañana. Para el futuro. Pan esencial. Verdadero. El sentido de pan -escribe Jan Lambrecht- es el de pan ordinario, alimento para nuestro cuerpo. No puramente espiritual o exclusivamente escatológico. Pan se refiere aquí a todo lo que el hombre necesita. Y esto es más que el solo pan material. Padre, danos el pan necesario para que no nos veamos hasta tal punto absorbidos por las preocupaciones materiales que perdamos de vista la única gran preocupación.

Perdónanos nuestras *ofensas* como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Mateo dice nuestras deudas. Lo que estamos debiendo a nuestros prójimos. Como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores. Les hemos perdonado de una vez por todas. Lucas dice pecados. Como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdonamos una y mil veces. Porque si no perdonan a los demás, tampoco su Padre perdonará sus culpas. Perdonar que no es olvidar. Sino dar a la otra persona el chance de rehacer su vida. Y para eso ofrecerle una comunidad y unas estructuras en la que pueda vivir esa nueva vida.

No nos dejes caer en la *tentación*. “Mira: hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal... Elige la vida, y vivirán tú y tu descendencia, amando al Señor, tu Dios~ (Dt 30,15.19). “Cuando uno se ve tentado, no diga que Dios lo tienta; lo malo a Dios no lo tienta y él no tienta a nadie. A cada uno le viene la tentación cuando su propio deseo lo arrastra y lo seduce; el deseo concibe y da a luz pecado, y el pecado, cuando madura, engendra muerte” (Sant 1,13-15).

Mas líbranos del *mal*. Las tentaciones no son malas. Son elecciones entre cosas buenas. Dios todo lo hizo bueno. Pero hay cosas buenas para unos que producen males para otros. Como cuando uno acumula tanto que deja privados a los demás. Cristiano es el que no piensa sólo en sí mismo. Cristiano es el que piensa en todos. Vive como hermano de todos. Hijos de nuestro Padre.

¿Qué petición del Padre nuestro nos gusta más? ¿Qué implicaciones tiene en nuestra vida rezar el Padre nuestro? ¿Qué consecuencias prácticas tiene para nosotros? ¿Cómo vivimos y cómo queremos vivir en adelante esas consecuencias para nosotros y los demás? ¿Qué significa Padre nuestro cuando no vivimos como hermanos? Significa el plan de Dios, que no estamos cumpliendo. Significa que no podemos seguir tranquilos. Que debemos cambiar. Debemos luchar contra todos los obstáculos contra la fraternidad humana. Significa que contamos con la ayuda de Dios. Que si nosotros deseamos vivir como hermanos, Dios lo desea todavía más. Significa que nos ofrece su ayuda. Que lo que tenemos que hacer es disponernos para recibirla y utilizarla.

¡DIOS MIO! ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?

- Creo en Dios Padre todopoderoso

Decimos que Dios lo puede todo, que es omnipotente. Pensamos que Dios

puede intervenir en todo momento a favor de quien quiere. Y hacemos oraciones y esfuerzos para que intervenga a favor nuestro. Pedimos como niños pequeños. Pueden ser cosas pequeñas, como que no llueva para que no nos mojemos, que nos vaya bien en un examen para el que no nos hemos preparado bien, que nos caiga la lotería, que gane nuestro partido. ¿Qué pasa si los demás le piden lo mismo? ¿Nos imaginamos a Dios atendiendo millones de peticiones egoístas simultáneas?

- Con Jesús no resultó tan todopoderoso

Pero esa omnipotencia la debemos entender a través de la Pasión de Jesús, de sus limitaciones y fracasos. Nos cuesta aceptar la autonomía que Dios ha dado a la historia. Dios hizo el mundo y los seres humanos, y ahora respeta sus decisiones. Así nos permite crecer en madurez y responsabilidad. Somos los hijos de Dios. Pero no somos sus eternos niños.

Este respeto a Jesús le costó caro. En su vida experimentó crecientes dificultades. “En cuanto salieron de la sinagoga, los fariseos se pusieron de acuerdo con los partidarios del rey Herodes para planear el modo de acabar con Jesús” (Mc 3,6). “Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se enfurecieron; se levantaron, lo echaron fuera de la ciudad y lo llevaron hasta un precipicio de la montaña sobre el cual estaba edificada su ciudad, con ánimo de despeñarlo” (Lc 4,28-29). “Esta afirmación provocó en los judíos un mayor deseo de matarlo, porque no sólo no respetaba el sábado, sino que además decía que Dios era su propio Padre, y se hacía igual a Dios” (Jn 5, 18; lee también Jn 6,66; 8,59; 10,39 y 11,53).

En la Cruz Jesús grita: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?” (Mc 15,34). Cuando Jesús está en Getsemaní, dice a sus discípulos: “Me muero de tristeza” (Mc 14,34). Y luego ora a su Padre: “¡Padre! Todo te es posible. Aparta de mí este cáliz de amargura” (Mc 14,36).

¿Podía Dios Padre parar la Pasión? Son muchos los que creen que sí. Entonces tienen que explicar por qué no lo hizo. ¿Por qué Dios no paró la Pasión si podía hacerlo? Nos cuesta aceptar que Dios no podía parar la Pasión. Que ha hecho libre al ser humano, y que no compite con él. Nos cuesta entender que un Dios que ha hecho en el Universo maravillas que nos dejan con la boca abierta, parece que no puede hacer nada frente a la libertad humana. Nos cuesta creer que en los momentos de mayor sufrimiento Dios no nos abandona, no está lejos de nosotros, sino que está sufriendo junto a nosotros.

- El poder del amor

Martin Luther King, el pastor norteamericano que dedicó su vida a luchar contra las discriminaciones raciales contra los negros, escribió un libro sobre *La fuerza del amor*.

Es verdad que Dios es todopoderoso. Pero con el poder del amor. Sólo es poderoso si le permitimos actuar entre nosotros por el amor. En los santos es donde se ve hasta dónde puede llegar el poder del amor de Dios. En esos santos como la Madre Teresa de Calcuta, que dan toda su vida por los demás. O como San Maximiliano Kolbe, que ofrece su vida en lugar del prisionero casado que van a fusilar los nazis alemanes. O como Monseñor Romero, que consagró sus últimos años a la defensa de los pobres de El Salvador.

¿Se puede entender bien si hablamos de un Dios mediopoderoso? ¿Por qué mediopoderoso? Porque nos necesita. Necesita nuestra colaboración. No es que El y nosotros pongamos mitad y mitad. No. El pone todo. Pero también nosotros tenemos que ponerlo todo con su ayuda, con su gracia. Que siempre nos la da. Lo que nosotros tenemos que hacer es dejarla actuar.

El padre Tony De Mello cuenta de uno que protestaba a Dios: ¿Qué has hecho frente a esta grave necesidad? Y que Dios le respondió: Te he hecho a ti.

- La Buena Noticia de la Pasión

La Pasión de Jesús nos explica cómo es la omnipotencia de Dios Padre. No puede nada contra nosotros, contra nuestra libertad. No compite con nosotros. No nos puede dominar. Pero lo puede todo contra nuestros pecados, con tal que le dejemos actuar a través de nosotros por el amor.

En un bombardeo de la segunda guerra mundial en Münster (Alemania), las bombas destruyeron los brazos de un crucifijo. Después de la guerra no se los restauraron. Los dejaron así por dos motivos: primero para recordar lo terrible de la guerra; segundo, para que recordáramos que nosotros somos los brazos de Jesucristo crucificado.

Lo mismo que nosotros necesitamos a Dios, Dios nos necesita a nosotros. Cuando le pedimos que “meta la mano” para solucionar los problemas de nuestra sociedad, Dios nos dice: “Ustedes son mis manos.”

Dios es muy grande. Pero ante Él nosotros no somos muy chiquiticos. Nos

necesita como sus colaboradores. Lo podemos hacer con su ayuda. Como lo hicieron los santos. Con la todopoderosa fuerza del amor.

¡BENDITO SEA DIOS PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO!

- Dios quiere que todos los hombres se salven

Las cartas de san Pablo nos hablan sobre todo de Jesucristo. Pero dentro del plan de salvación de Dios Padre.

“Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2,4). “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que desde lo alto del cielo nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales. Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Movidó por su amor, Él nos destinó de antemano, por decisión gratuita de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo” (Ef 1,3-5).

- La consecuencia del pecado es la muerte

Los seres humanos echamos a perder este plan de salvación con nuestros pecados. “Como todos los hombres pecaron, a todos llegó la muerte” (Rm 5,12). El pecado no es algo malo porque está prohibido. O porque ofende a Dios. El pecado es malo porque produce muerte. O la prepara. O la propia o la de otros.

- Dios se nos da El mismo

Pero Dios no se resignó a que estropearan su plan de salvación. Sino que para remediarlo se nos dio a sí mismo. Por medio de su hijo Jesucristo. “Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien, aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor ya que cuando aún éramos pecadores Cristo murió por nosotros” (Rom 5,7-8).

“¿Qué más podemos añadir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no va a darnos gratuitamente todas las demás cosas juntamente con él? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿El

sufrimiento, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?” (Rom 8,31-35).

Dios Padre nos ha comunicado su Espíritu. La primera carta de san Pablo a los Corintios es la carta del Espíritu Santo. Leemos en ella: “¿No saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo que han recibido de Dios y que habita en ustedes?” (1 Cor 6,19).

- Somos colaboradores de Dios

“Nosotros somos colaboradores de Dios” (1 Cor 3,9). La segunda carta a los Corintios es la carta del apostolado. En la que vemos a san Pablo como el modelo de cómo debe ser el apóstol: “En toda ocasión nos comportamos como ministros de Dios, con mucha constancia, sufriendo, pasando gran necesidad y angustias, soportando golpes, prisiones, revueltas, duros trabajos, noches sin dormir y días sin comer. Actuamos con corazón limpio, con conocimiento de las cosas de Dios, con paciencia, con bondad, consolados por el Espíritu Santo, con un amor sincero, apoyados en la palabra de verdad y en la fuerza de Dios; y en todo momento atacamos y defendemos con las armas que nos proporciona su fuerza salvadora. Unos nos alaban y otros nos deshonoran; unos nos calumnian y otros nos elogian. Se nos considera impostores, aunque decimos la verdad; quieren ignorarnos, pero somos bien conocidos; estamos al borde de la muerte, pero seguimos con vida; nos castigan, pero sin llegar a matarnos; nos tienen por tristes, pero estamos siempre alegres; nos consideran pobres, pero enriquecemos a muchos; piensan que no tenemos nada, pero lo poseemos todo” (2 Cor 6,4-10).

Dios Padre sigue realizando su plan de salvación de toda la humanidad por medio de sus apóstoles, de sus enviados, de los que escuchan su llamada a colaborar con Él.

- El Dios de todos

“El plan salvífico de Dios realizado por Cristo, ha sido revelado por medio del Espíritu. Es un plan que consiste en que todos los pueblos comparten la misma herencia, son miembros de un mismo cuerpo” (Ef 3,4-6).

Hay quienes creen que Dios es sólo de ellos. Los judíos pensaban que ellos eran el pueblo de Dios. Y solo ellos. Costó Dios y su ayuda entender que Dios es Dios de todos. No sólo de los católicos. Ni de los ortodoxos. Ni de los

protestantes. Ni de los musulmanes. Ni de los hinduistas. Ni de los budistas. Es Dios de todos, incluidos todos los que lo olvidan, lo niegan o lo rechazan.

Es Dios de todos, se preocupa por todos. Y nos necesita para la salvación de todos. No podemos decirle Padre nuestro si no nos sentimos hermanos de todos. Y si no vivimos como hermanos de todos. Cuando sucede una desgracia nos debe afectar a todos. La debemos sentir todos como propia. Y reaccionar con solidaridad.

Tenemos la tarea de dar a conocer a todos el amor que Dios nos tiene. Debemos ser misioneros. Que con nuestras palabras y, sobre todo con nuestros hechos, anunciamos a los demás que todos somos hermanos, hijos de nuestro Padre.

- ¿Qué ventajas tiene ser cristiano?

¿Tiene ventajas el ser cristiano? ¿Qué ventajas tiene ser cristiano? En la lucha por un mundo más fraterno se puede decir que el cristiano no tiene ventajas. Tiene que luchar con las mismas armas de los demás. En este sentido no somos privilegiados.

Pero en otro sentido sí tenemos ventajas. Tenemos la ventaja de saber que Dios, que ha diseñado y conserva el universo con una inteligencia que nos desborda, nos quiere, se preocupa por nosotros, no nos quiere esclavos, nos quiere libres, nos sugiere leyes para organizar un mundo en el que vivamos como hermanos, no es el Dios de unos pocos, es el Dios de todos, nos quiere a todos, desea nuestro bien más que nosotros mismos, nos ofrece su ayuda para lograrlo.

A nosotros nos toca aceptar esa ayuda, esa gracia, para dar a conocer a los demás el amor que Dios nos tiene, con nuestras palabras, con nuestras acciones, con nuestras vidas.

LA MUJER, CREADA A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

LA REVELACION DE DIOS EN LA MUJER

Elda Ramírez O.P.

Si la Creación del mundo es revelación de Dios, cuanto más el ser humano que es su máxima obra. En su condición de ser, lo humano se diferencia comenzando por lo biológico: en sexo masculino y sexo femenino, en hombre y mujer, de donde se han derivado histórica y culturalmente el resto de las justas o injustas diferencias, entre ambos. El planteamiento de la creación de la mujer a imagen y semejanza de Dios, nos coloca ante la cuestión sobre la revelación de Dios en la mujer y el reflejo de lo femenino en Dios. Por tanto, no se trata de la revelación de Dios a la mujer sino en ella, como imagen y semejanza suya.

En las siguientes líneas y después de un breve recorrido por la teología de lo femenino y la teología feminista cristiana presentamos unos puntos que pueden resultar orientadores para una reflexión teológica sobre el tema que hoy nos planteamos respecto a cómo la mujer creada por Dios revela quién es su Creador y como Dios se revela en la mujer.

La teología feminista ha venido profundizando sobre este tema en los últimos años, y un poco reaccionando frente al lenguaje marcadamente patriarcal de la teología tradicional. No es nuestra intención aquí hacer un análisis exhaustivo del mismo, sino hacer unas cuantas reflexiones que nos permitan releer desde las experiencias de varios/as teólogos/as y de las nuestras, lo que Dios nos ha querido decir, y nos sigue diciendo a través de nuestra historia personal, sobre quién es Él y qué quiere del hombre y concretamente de la mujer para el cumplimiento de su plan de salvación.

El empleo, en un momento, de ciertos rasgos o características, para atrevernos a elaborar nuestros conceptos de Dios, no tiene la intención de darle atributos sexuales a Dios, eso sería una forma de paganismo inadmisibles. Partimos desde la fe, afirmando que Dios no tiene sexo, es el totalmente Otro: ni es hombre ni es mujer, sino que trasciende la naturaleza humana. Así que el lenguaje usado para describir rasgos femeninos o masculinos de Dios es antropológico, metafórico, emerge de las experiencias de hombres y mujeres, que intentan explicarse la revelación de Dios en su propia naturaleza humana sexual.

1. LA MUJER: IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

Para comprender la mujer como obra creada por Dios a su imagen como su semejanza, haremos un análisis teológico y antropológico del relato de la Creación del ser humano y el del relato de la Caída, tomando como base los textos de la tradición yavhista y sacerdotal. Las imágenes del Génesis son de una gran riqueza simbólica que nos permiten reconstruir la experiencia trascendente de lo divino y encontrar en la mujer rasgos reveladores de su Creador.

a) Texto Yavhista

“¹⁸ Dijo luego Yavheh Dios: No es bueno que el hombre esté sólo. Voy a hacerle una ayuda adecuada...²¹ Entonces Yavheh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. ²² De la costilla que Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. ²³ Entonces éste exclamó: Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, (varona) porque del varón ha sido tomada. (Gn 2, 18. 21-23)

Versículo 18: “*No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.*”: Dios no ve con buenos ojos la soledad del hombre. Bien sabe Dios que el individualismo pone en peligro la creación. La falta de un interlocutor adecuado puede desviar al hombre de su misión en la Creación. A pesar de haber creado a los animales para que le sirvieran de compañía y de apoyo (Gn 2, 19-20), éstos no llenaron la expectativa de ayuda que Dios quería para el hombre. “Ayuda” en hebreo (*e'zer*) se entiende como acción salvadora de quien está capacitado para realizarla adecuadamente, en este caso la mujer.

Tenemos entonces, una primera aproximación al plan de Dios sobre la

mujer: El decide su creación para la tarea de la salvación, para el equilibrio de la creación. Así Dios se nos revela en la mujer como un Dios que salva, que ordena y preserva el equilibrio de su creación.

Versículo 21: “*Entonces Yavveh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne*”: Intencionalmente Dios hace que el hombre duerma mientras Él crea la mujer, no quiere que nadie sino Él, sea el único protagonista de ese momento. Dios voluntariamente margina al hombre de la acción de crear la mujer. Elimina así la sospecha de la superioridad del hombre sobre la mujer, pues no da lugar a dudas sobre el origen de la mujer, el cual no está en el hombre sino en Dios y sólo en Él. El hombre permanece en estado de inconsciencia, en actitud pasiva, en este primer encuentro entre Dios y la mujer.

Llama la atención que en este mismo momento Dios completa la tarea de la creación del hombre rellenando con carne, el hueco de la costilla, ¿carne de la mujer? pudo ser. No se dice que Dios tomará carne del mismo varón para rellenar su cuerpo, sino simplemente que tomó carne y podíamos suponer que esa carne es de la mujer, pues Dios estaba en pleno acto de su creación. Al quitarle Dios una costilla, el hombre se queda sin una parte de su ser. Dios quiere dar a entender que el hombre está incompleto sin la mujer. Así que el hombre no podrá considerarse superior a la mujer porque haya sido el primero en ser creado, o porque de su costilla Dios ha creado la mujer, porque él mismo fue terminado en ese momento y tendrá que ir al encuentro de la mujer para experimentarse completo. Desde entonces ambos, hombre y mujer, deben asumir que serán una sola carne. Un dato significativo es que Dios para crear al hombre como a los animales toma polvo de la tierra, pero para la mujer toma ya materia de lo humano, algo que eleva la condición de la mujer.

Versículo 22: “*De la costilla que Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre*”. El verbo “tomar” en hebreo (*lqh*), se traduce como elección y llamado. La mujer es llamada por Dios a la existencia humana, para ser de la misma naturaleza (hueso y carne) que el hombre. El verbo “formar” (del griego *bnh*) significa “construir”, que es distinto a generar del hombre el ser de la mujer.

Construir significa que el Hacedor edifica una obra. La mujer es construida por Dios. A este término se asocian otros como edificación, fortaleza, torre, términos que expresan elevación, solidez, estructura. Nombres que más tarde se le atribuyen a María, la Madre de Jesús. Dios quiere elevar la dignidad de la mujer en la creación pues tiene para ella una misión muy especial: ser

mediadora de la salvación. No es coincidencia que en la economía de la salvación es una mujer, María, la elegida por Dios, para realizar sus designios.

El verbo “llevar” en este caso significa que Dios presenta la mujer al hombre, se la da a conocer. Hasta ese momento el hombre desconoce a la mujer y es de la mano de Dios que la encuentra. Bien significativo para entender que la mutua pertenencia del hombre y la mujer está cruzada por la mano de Dios, quien es el único que legitima su unión.

Versículo 23: “Entonces éste exclamó: *Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer porque del varón ha sido tomada*”. El asombro, la admiración del hombre es grande, al percibir a la mujer como “hueso de sus huesos y carne de su carne”. Es el reconocimiento gozoso de un ser semejante a él, ya no es el animal el que habrá de estar con él, sino una que es un ser semejante a él, cercana, a quien percibe como formando parte de sí mismo, pero a la vez distinta, porque al llamarla por su nombre no usa el suyo sino uno que se le parece: varona.

En el encuentro con la mujer es por primera vez que el hombre se comunica. Su presencia le llama al diálogo. La primera palabra que el hombre emite es ante la mujer. Se descubre en ella como un ser relacional, que dialoga. La soledad que no es buena ya no lo rodea. (Gn 2, 18). No pasará lo que no es bueno, porque ya está en compañía de un ser que augura con su presencia la bondad de las cosas. En este primer encuentro se sientan las bases de la alteridad: el reconocimiento del otro y la integración de las diferencias. Dios se nos revela en la mujer como un Dios relacional, cercano, que dialoga, que se interesa por la comunicación y el encuentro, que establece la diferencia sin perder la unidad (Macciocchi, 1992)

Relato de la caída: Gn 3, 8-13. 15-17.19-20

“⁸Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahveh Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín. ⁹Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo ¿Dónde estás? ¹⁰Éste contestó: te oí andar por el jardín y tuve miedo porque estoy desnudo y por eso me escondí. ¹¹Él replicó ¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿has comido acaso del árbol del que te prohibí comer? ¹²Dijo el hombre: la mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí. ¹³Dijo, pues Yahveh Dios a la mujer ¿por qué lo has hecho? Y contestó la mujer: la serpiente me sedujo y comí... ¹⁴Entonces Yahveh Dios dijo a la

serpiente... ¹⁵ Enemistad pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; él te pisará la cabeza... ¹⁶ A la mujer le dijo: Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos, con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará. ¹⁷ Al hombre dijo por haber escuchado la voz de la mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa, con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida... ¹⁹ Con el sudor de tu rostro comerás hasta que vuelvas al polvo... ²⁰ El hombre llamó a su mujer Eva por ser ella la madre de todos los vivientes... ²¹Yahveh Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió

Podemos extraer algunas ideas de este relato que resumimos a continuación:

- La serpiente, el animal astuto de la creación, se dirige a la mujer porque ésta desconoce la instrucción que Dios le había dado al hombre sobre el árbol de la vida y el de la sabiduría. Esta instrucción es previa a la creación de la mujer.

- La mujer es la primera en comer e invita al hombre a hacerlo. Así como la mujer actúa como interlocutora entre Dios y el hombre, también sirve en este caso como interlocutora entre la serpiente y el hombre, al cual persuade.

- La serpiente invita al ser humano a que aspire a ser como Dios, a que busque el dominio y el poder. Y esto le lleva a su propia destrucción. La Caída rompe el equilibrio de las diferencias. El hombre no acepta ser diferente de Dios, rechaza el reconocimiento del Otro como diferente de sí, incluyendo a la mujer, a partir de lo cual se genera el desorden, la confusión, la rivalidad y el sometimiento y dominio de la mujer por el hombre.

- La mujer acepta el desafío de la serpiente porque es un ser abierto a la sabiduría, pero aun ella no sabe que la sabiduría no se logra engullendo el conocimiento, sino que ésta hay que entenderla como un don de Dios y como un proceso de descubrimiento progresivo.

- Conciencia en el hombre y la mujer de que han sido engañados. Se perciben desnudos, lo cual se traduce como una ruptura de la armonía en la relación. Si bien hay un descubrimiento de la naturaleza distinta del otro, no hay aceptación de esa diferencia. Y es esto lo que produce el desequilibrio en la relación hombre-mujer.

- La presencia del Espíritu, (*rúah*), manifestada en la brisa que acompaña a Dios que se pasea silencioso y suave por el jardín, es sentida por ambos. El

Espíritu, que es Gracia y Vida, con su presencia, garantiza que a pesar de la Caída, no todo está perdido para el ser humano.

- Ante la pregunta de Dios: ¿dónde estás? El hombre responde que sintió miedo porque estaba desnudo y por eso se esconde y comienza a experimentar sentimientos negativos: vergüenza, impotencia, confusión. El hombre no asume su responsabilidad y culpa a la mujer.

- La mujer llanamente explica a Dios lo que pasó. Hay quizás ingenuidad en su respuesta, pero atribuye la responsabilidad a la serpiente.

- Dios se vuelve contra la serpiente, la maldice y la condena, a arrastrarse por la tierra; ya no tendrá nunca más la posibilidad de erguirse. El polvo significa la muerte, el acabamiento, la destrucción y el pecado. Por eso cuando Dios crea a la mujer no toma el polvo de la tierra para hacerlo porque ella será la portadora de la vida. Por eso, aparta a la mujer de la serpiente, poniéndola a ella y a su estirpe en enemistad perpetua con la serpiente. Es la primera acción de parte de Dios, de restablecer de nuevo el orden de la creación. Le da a la mujer la primacía de ser ella la que asuma la responsabilidad de mantener el mal alejado del ser humano. Se da aquí la promesa de salvación que se cumplirá en la estirpe de la mujer.

- Sentencia a la mujer: En esta sentencia no hay maldición. Dios define quizás el rol más importante que habrá de desempeñar la mujer, según la condición biológica de su sexo: el de la maternidad. Y ésta será con dolor. Dos elementos importantes: dar la vida desde el sufrimiento y en sumisión al poder del hombre. Ya ella no estará empujada por su capacidad de autodeterminarse sino que su ser libre va a estar condicionado por la relación con el hombre. La mujer en este relato se le puede atribuir la función de dar la vida y la misión de la entrega que es el mismo amor. Ambas funciones llevan implícito el sufrimiento. Acto seguido el hombre llama a la mujer Eva, que significa madre de la humanidad. (Porcile, 1995)

- Dios les pone un vestido, los cubre, los arropa. Inmediatamente después de la Caída, les devuelve la confianza en la promesa de salvación para animarlos en la misión que inicialmente les encomendó. Se da un restablecimiento de la esperanza e invitación para construir juntos esa historia de salvación. Los lanza al mundo y les cierra las puertas del paraíso para que nunca más se atrevan a ser como dioses, porque simplemente los quería humanos, o iguales a Él sino sólo semejantes, para que se pueda dar la dinámica de la unidad en las diferencias.

La reflexión sobre la mujer, creada a imagen como semejanza de Dios, nos lleva al totalmente "Otro", pero a la vez nos acerca a un Dios-madre capaz de reflejar en su ser, rasgos de nuestra naturaleza

b) Texto Sacerdotal

"²⁶Y dijo Dios: *Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra.* ²⁷Creo, pues Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. ²⁸Y bendíjolos Dios y díjoles Dios: *Sed fecundos y multiplicaos y henchid, la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra*" (Gn 1, 26-28)

Dos verbos: "dijo" y "hagamos" (na'asé), se combinan para expresar la acción efectiva de la creación por parte de Dios.

"*Dijo*": Dios, por su palabra, es el único capaz de dar el ser, la existencia. Su verbo es creativo, efectivo y definitivo. Y la creación manifiesta la autoridad y autenticidad de su Palabra. Quién, contemplando la creación puede negar la existencia de Dios, si toda ella habla de su Creador.

"*Hagamos al ser humano*": Esta frase expresa en primer lugar, que la tarea de la creación del ser humano es comunitaria, compartida. Las Tres Divinas Personas de Dios están participando en la acción. La creación del ser humano se observa surgiendo de la comunión trinitaria. Para el resto de creación el autor emplea el verbo en términos imperativos e impersonales "háganse las aguas...hágase la luz..", sin embargo para crear la humanidad utiliza la primera persona del plural, "hagamos" que es reflejo del misterio de la Trinidad. Este "hagamos" nos revela a un Dios que dialoga, que comparte y que decide en comunidad.

"*A imagen como semejanza*": dos términos complementarios que encierran una idea similar. Se trata no sólo de una simple simulación de algo o de alguien sino la representación verdadera, viva y real de un modelo. En el ser humano está representado el rostro de Dios. Somos un retrato vivo de Él, somos su obra máxima, en la que puso todo su empeño y si era su voluntad que fuese la mejor no podía menos que hacerla lo más parecida a Él mismo.

Lo que diferencia al ser humano del resto de la creación, es su ser imagen y semejanza de Dios. Lo eleva a una dignidad superior al de los otros seres

creados. Atreviéndonos a fantasear sobre la intención última de Dios, podríamos decir que su “ser en relación” expresado en el amor de la Trinidad, quiso manifestarlo en su obra Creadora, por lo cual tenía que crear un ser semejante a Él con el cual poder dialogar

“*Que manden sobre los peces del mar...*”. Ese ser humano también se manifiesta en pluralidad. Previo al acto mismo de la creación, el relator usa el verbo “mandar” en plural. Ya anticipa que no es uno el que será creado sino más de uno. Y que la tarea del ser humano será la de dominar, a semejanza del Todopoderoso que lo creó.

“*Macho y hembra los creó*”. Estos términos expresan la dimensión primigenia del ser humano: su naturaleza sexuada, su distinción en dos sexos: hombre y mujer (îsh e îsha). Unidos son la imagen de Dios y el inicio de la vida humana. Los crea juntos, porque unidos realizarán la tarea asignada de multiplicar la creación y someterla. La mujer está a la par del hombre: participa de la misma naturaleza, beneficios y en la tarea de la multiplicación y dominio de lo creado, aunque esa misma diferenciación sexual pautó funciones distintas para cada uno.

“Y bendíjolos Dios y díjoles Dios: *Sed fecundos y multiplicaos y henchid, la tierra y sometedla...*”. Dios bendice su máxima obra. Ambos, hombre y mujer, reciben por igual la bendición de Dios, con ambos Dios dialoga, les da las instrucciones sobre las tareas que tienen por delante: fecundar, multiplicarse y dominar lo creado. Una primera estrategia para hacerlo es el encuentro, el reconocimiento del otro, el diálogo tal como Dios mismo lo está haciendo con ellos.

De los tres relatos podemos concluir lo siguiente:

- Hay una vocación a ser mujer. Una llamada de Dios a la existencia como mujer.

- La mujer es un ser salido de las manos de Dios, pero desde lo humano. No es creada de la nada, tampoco el hombre. La diferencia es que a los animales y al hombre los hace del polvo de la tierra, pero a la mujer la construye desde la materia humana (la costilla del hombre). Es un detalle de delicadeza de Dios para con la mujer. El paralelo de este detalle es la concepción de la Stma. Virgen sin mancha del pecado original.

- Con la mujer se inicia la dimensión comunicacional. Ella ayuda al hombre a entrar en relación con su Dios, con ella y con su medio. Hace posible el diálogo y la comunidad.

- Ella es la ayuda adecuada, tiene la capacidad para el dominio de la Creación, y la bondad que le confiere a la Creación, pues su presencia erradica la soledad que no es buena.

- En la Creación del ser humano, Dios establece la igualdad en dignidad entre el hombre y la mujer, pero la diferencia en la modalidad del ser: sexo femenino y sexo masculino. A partir de la Creación de la mujer, el hombre descubre la alteridad, que produce la unión por las diferencias.

- Con la Creación de la mujer se comienza la fecundidad y multiplicación de la vida. Se inicia la misión del ser humano sobre la tierra.

2. DIOS SE REVELA EN LA MUJER

La mujer, como el hombre son imagen de Dios, pero su manifestación es de manera distinta: en una lo femenino y en el otro lo masculino. La primera diferencia tiene que ver con la dimensión física, biológica. Esta dimensión es la que ha pautado las diferencias, justas o injustas, en los roles y las funciones sociales de cada uno.

En los relatos de la Creación, Dios le revela al hombre y a la mujer quién es quién. Así el hombre descubre quién es la mujer y ésta a su vez quién es el hombre. Y se descubren iguales en su ser, en su dignidad de criaturas de Dios, pero diferentes en la modalidad de ser: hombre y mujer. Pero también Dios se revela a ellos y en ellos. Este es un tema que ha venido tomando bastante campo, especialmente, en la teología feminista de los últimos años. En este sentido nos aproximaremos desde la fe, a una reflexión sobre la revelación de Dios en la mujer.

El hecho de que la mujer fue creada por Dios a su imagen y semejanza, podría hacernos pensar que Dios tiene rasgos de mujer. También en el caso del hombre, podríamos decir que Dios tiene rostro de hombre y con mayor razón, porque Dios se encarnó en la persona de Jesús hecho hombre. Jesús fue un hombre y como tal se le conoce en la historia. También la misión primordial de Jesús fue la de revelarnos a un Dios Padre que quiere salvarnos haciéndonos sus hijos por sangre. ¿Podríamos entonces afirmar que Dios es masculino?

La tradición teológica, cristiana no duda en afirmar que Dios no tiene sexo que Él es el totalmente "Otro". Dios está más allá de las distinciones sexuales entre hombre y mujer. Sin embargo, durante siglos ha alimentado la imagen de Dios masculino, sólo como Padre, nunca como Madre, a pesar de que en la Sagrada Escritura abundan imágenes que revelan a un Dios-Madre.

Preguntarnos por lo femenino como clave para aproximarnos al conocimiento de Dios nos ayuda a descubrir el papel de la mujer en la historia de la salvación. Pero, ¿por qué no cuestionarnos también sobre cómo Dios se revela en la mujer?, ¿qué nos quiso manifestar de sí mismo en María, en Eva y en tantas mujeres que han sido elegidas para protagonizar su historia de salvación?. Las respuestas a estas preguntas serán pequeños intentos, pues una respuesta exhaustiva implicaría análisis más densos y extensos que requerirán un mayor estudio, dedicación y experticia en el tema.

Dios, si bien no tiene corporeidad se revela en la Creación del hombre y la mujer, “se refleja en una imagen de corporeidad diferenciada” (Porcile, 1995 p.194). En la Creación del hombre y la mujer, como ya se ha mencionado anteriormente, se manifiesta la dimensión de la alteridad del ser humano. Esta misma dimensión se da entre Dios y el ser humano: Es el *totalmente Otro* que integra lo masculino y lo femenino del ser humano, pero que los trasciende.

Dios no está sólo en el universo: El Padre, el Hijo y Espíritu Santo forman la Comunidad Trinitaria. “El hagamos al hombre...” refleja su dimensión comunitaria, su naturaleza relacional, y así se revela en la mujer como un Dios que entra en comunicación con el hombre. Con la mujer, el ser humano se estrena en la relación. Cuando Dios presenta la mujer al hombre para que no esté solo, se da inicio al diálogo humano. Son pues la relación y la comunicación rasgos femeninos de Dios o rasgos que Dios ha revelado de sí mismo en la mujer.

En el relato de la Caída Dios define a la mujer por su fecundidad, la cual se expresará en la vocación de la maternidad; le asigna además, las tareas de la entrega y de llevar sobre sus hombros la responsabilidad de alejar la humanidad del mal, aunque ello implique su sufrimiento y el riesgo de su propia autonomía. Cuando se vive para el otro la libertad personal está limitada. A la mujer en este relato se le puede atribuir la función de dar la vida y la misión de la entrega que es el mismo amor. Ambas funciones llevan implícito el sufrimiento. Esta es una realidad muy similar a la de Jesús en la cruz.

Dios se nos revela en la mujer como un Dios que es Madre. En la Sagrada Escritura tenemos múltiples imágenes de Dios que revelan su ternura, su delicadeza, sus sentimientos profundos de madre. “... como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo y en Jerusalén seréis consolados” (Is 66,13); “Yo enseñé a Efraín a caminar, tomándole por los brazos, pero ellos no conocieron que yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atrata, con

lazos de amor y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer” (Os 11, 3-4); son imágenes llenas de fuerza e intensidad que hablan de un Dios con rasgos maternos, realizando las tareas de cuidado, de nutrición, atento al proceso de desarrollo de su hijos, como por ejemplo enseñarle a caminar.

En la Encíclica “Dives in Misericordia”, Juan Pablo II, ratifica los rasgos maternos del amor de Dios :“...al igual que los profetas, recurramos al amor de Dios que tiene características maternas y a semejanza de una madre sigue a cada uno de sus hijos, a toda oveja extraviada...” (DM 15c). Dios se nos manifiesta como una madre que vigila, protege, cuida y acoge a sus hijos, independientemente de como éstos sean, buenos o malos.

Un rasgo de Dios es su ternura. Este rasgo lo encontramos de manera especial en la mujer. La palabra hebrea *rahamim* que significa ternura de Dios también se utiliza para significar seno o entraña materna. “*Tierno es Yavheh ... comprensivo es nuestro Dios*” (Sal 116, 5). La ternura es un sentimiento permanente, de amor inevitable, de entrega, silencioso, surgido desde lo más profundo del ser, donde está ausente la dimensión sexual, es una especie de contemplación de la persona objeto de la ternura. Es también un sentimiento de plena aceptación del otro, acogida, y de búsqueda de superación humana de ese otro. (Delfieux 1998).

La ternura de una madre también la hace vulnerable y por eso perdona en el hijo sus errores. Dios es la máxima expresión de la ternura, que supera a la misma ternura de la madre: *Yo no te olvidaré (Is 49,15), porque Yo te amo más que tu madre*” (Si 4,10); “¿cómo voy a abandonarte? ...Mi corazón está trastornado y mis entrañas se estremecen” (Os 11,8); “*Estaba mudo desde mucho, había ensordecido, me había reprimido. Como parturienta grito, resoplo y jadeo entrecortadamente*” (Is 42.14). El pueblo de Israel da gracias a Dios que le ha protegido y salvado en la batalla como una madre protege y cuida al hijo de sus entrañas.

Dios se revela en la mujer como dador de vida. Sólo en la mujer se reproduce esta cualidad de Dios. La primera mujer recibe el nombre de *Eva - Havvah*, asociado a la raíz “*hayah*”: “vivir” que significa que ella es dadora de vida, madre de la humanidad.

Dios también en Sara, mujer de Abraham, cuya esterilidad significa la muerte del pueblo de Israel. (Gn 11,39), se revela como un Dios dador de vida, obrando en ella el milagro de la maternidad, lo que daría cumplimiento a la

promesa, hecha a Abraham, “de multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo...” (Gn 15,4-5).

Similar a la historia de Sara, son las de Rebeca, Raquel y Ana, pues ellas también eran estériles. Perciben su esterilidad como ausencia de vida, y presencia de dolor y vergüenza; sin embargo, fueron las más amadas por sus maridos. Y es del amor que nace la vida, y de la misma pasión por la vida que ésta se engendra. Dar la vida, en la mujer israelita significa realizar la misión más grande Dios le ha asignado. Él se acordó de ellas y les visitó para devolverles esa misión (Gn 21,20; Gn 30,22; 1s1,19).

Dios que conoce la condición natural del ser creado por Él, se compadece manifestando en estas mujeres su dimensión de la fecundidad. En ellas Dios se nos revela como la madre que asegura con su alumbramiento la continuidad de la vida. Y así se lo recuerda al pueblo de Israel cuando en su camino por el desierto se olvida de que es Él quien le ha dado la vida (Dt 32,8). “*Es el Señor quien hace vivir y quien hace morir, que hace bajar al seol o volver de él. Es el Señor quien enriquece o despoja, abate o ensalza (...) la estéril da a luz siete veces, la de mucho hijos se marchita*” (1S 2,5-7).

Dar la vida se entiende no sólo como engendrar un hijo, sino también la tarea de recrearlo, de salvarlo, pues dar la vida es algo más que parir un hijo. La maternidad no tiene sólo su espacio en el cuerpo, sino especialmente en el espíritu de la mujer. Es este Espíritu, el mismo que se manifestó en la Creación de Eva y que más plenamente se posó sobre María para engendrar al que sería el Hijo de Dios (Bernal, 1998)

Delfieux, M. (1998) señala varios ejemplos en la Sagrada Escritura que ilustran la trascendencia de la maternidad biológica para concebirla más plenamente como maternidad espiritual: es el caso de Moisés quien parecía estar destinado a no tener ni madre ni vida y las obtuvo cuando tres mujeres se juntan para ayudarlo: su madre verdadera lo esconde para salvarlo de la esclavitud, y más tarde lo coloca en el río mientras su hermana vigila su recorrido hasta que la hija del faraón lo rescata y lo salva. Esta última, sin haberlo parido lo recibe y lo ama como a su propio hijo y es ella quien lo entrenaría para ser el liberador del pueblo de Israel, cautivo de los egipcios.

Esta misma autora afirma que la tarea de la mujer de dar la vida va unida a la misión de salvar. Vida y salvación son dos rasgos de Dios que se revelan en la mujer desde el primer momento de la Historia: Eva es la ayuda adecuada que Dios le concede al hombre, una ayuda que es salvación y vida. La misión

de salvar, la observamos en mujeres como Agar que rescata a Ismael para preservar la descendencia del pueblo de Israel (Gn 16,10); Rebeca que salva a su hijo Jacob de la ira de Esaú (Gn 27, 42-43), la sunamita que suplica en la casa del hombre de Dios para que éste resucite a su hijo (2 Re 4,18-37); Ester que pide al rey la salvación de su pueblo (Est 7,3).

Dios se revela en la mujer como un Dios fiel, así nos lo recuerda Isafas “...olvida una mujer a su pequeño?, ¿deja acaso de querer al hijo de sus entrañas? Aunque ellas lo olvidarán, yo no te olvidaré jamás” (Is 49,15). Dios manifiesta a sus hijos su fidelidad en todo momento, como lo hace una madre verdadera.

3. REVELACION DE DIOS EN MARIA

En María, la Madre de Jesús, como ocurrió en Eva y en las mujeres protagonistas de la Historia Santa (Sara, Rebeca, Raquel, Judit, Ester... Isabel, su prima...), se manifiesta la maternidad como el principio de su ser mujer, pero una maternidad que en ellas trasciende lo meramente biológico. En María se revela plenamente lo femenino de Dios, que tímidamente se venía haciendo manifiesto en las figuras femeninas del pueblo de Israel. María es la “bendita entre todas la mujeres ... la bienaventurada de generación en generación” (Lc 1, 43-48), porque es la elegida de Dios, la llena de Gracia en quien Dios se complace para que sea, por la fuerza de su Espíritu, la madre de su Hijo” y madre de la humanidad.

En la encíclica *Mulieris Dignitatem*, Juan Pablo II, hace una profunda reflexión sobre el papel de la mujer en la historia de la salvación y designa a María como *theotókos* o sea “engendradora” del Dios encarnado, por quien y en quien Dios da cumplimiento a su promesa de salvación. En María se realiza la promesa de la victoria del linaje de la mujer que aplastará la cabeza del demonio (MD 11). Es Ella la mediadora de la salvación de Dios. La maternidad de María a imagen como semejanza de la maternidad de Dios es ser salvación de la humanidad. Tanto en Eva como en María, y más plenamente en María se representa la maternidad de Dios, pues Ella al ser la “llena de Gracia” se convierte en la Madre de Dios y Madre de la Humanidad.

El relato de la encarnación (Lc 1,26-38), que manifiesta fundamentalmente la entrada de Dios en el mundo en la Persona de Jesús, tiene un significado que está más allá del anuncio del nacimiento sin concurso de varón: hace referencia a la llamada que Dios hace a María y a José, para que

realizando papeles distintos, le ayuden a dar cumplimiento a sus designios de salvación. Grelot (1995) afirma que “la llamada de María a la virginidad coincide con su vocación a una maternidad del santo por excelencia, el Hijo de Dios (Lc 34-35). Y si José ‘no la conoce’ (Mt 1,21), es para llevar a cabo, paradójicamente su papel paterno respecto al niño en quien se realiza el misterio de ‘Dios con nosotros’ (Mt 1,23)” (p. 29).

Eva para Adán es “carne de su carne y hueso de sus huesos”. Esta imagen se repite en María, la nueva Eva y en Jesús, el nuevo Adán, a quien María engendró en su seno, por obra y gracia de Espíritu Santo: Jesús es carne de su carne y huesos de sus huesos. María y Jesús como madre e hijo forman una sola unidad y es esto lo que nos quiere comunicar el evangelista. La encarnación es el espacio en el que el cielo y la tierra, lo divino y lo humano se juntan para la salvación de la humanidad, aunque ambos, Jesús y María, en su naturaleza, son distintos.

En la Creación de Eva no intervino varón, éste estaba dormido, es sólo Dios el que crea a la mujer. Tampoco en la concepción de Jesús interviene varón alguno, sólo es obra del Espíritu de Dios que habita en María. Dios nos quiere comunicar con ello que sólo Él es el dador de la vida y es la mujer la mediación más perfecta que Él forma para recrear y multiplicar la vida. Boff (1991) al hablar de la dimensión femenina de lo humano afirma que ésta expresa “la fuerza generadora y vitalidad de lo humano, fuente originante de la vida, en la que reside el poder de la plenitud vital” (p. 67).

También la encarnación del Hijo de Dios, en la Virgen María, es un signo escatológico de lo que será la humanidad purificada, perfeccionada al final de los tiempos. La concepción inmaculada de María, sin mancha de pecado original y la concepción de Jesús en María sin intervención de varón, revela lo que será la humanidad futura y perfecta de los últimos tiempos. María es la plenitud del ser humano, el ideal humano tanto para el hombre como para la mujer. El símbolo de lo virginal expresa el ascenso de la creación a lo trascendente, no es negación de lo corporal sino asunción de lo corporal purificado por el Espíritu para entrar en la vida definitiva y verdadera y es esta la misma idea que se expresa en el misterio de la asunción de la Virgen en cuerpo y alma al cielo.

En María se revela plenamente la ternura de Dios: en amor, sufrimiento, humildad, sencillez, entrega y silencio. Dios, en ella, habla a los hombres y mujeres de sus afectos y sentimientos más profundos, que son los mismos que acompañarán a Jesús en su largo recorrido hacia la Cruz. Dios sabe que desde

la encarnación hasta la Cruz María permanecerá unida a su Hijo en una profunda comunión de sentimientos y de misión.

- En las bodas de Caná, María introduce a su hijo en la misión principal de la salvación con fuerza, con sencillez y confianza, con la seguridad de que él ya está listo para su tarea de ser el Salvador de la humanidad, ya lo sabe “crecido en gracia y sabiduría”. Ese crecimiento ha ocurrido a su lado. Con ternura lo contempla, lo sabe misericordioso por eso se acerca y con confianza le dice “*Hijo no tienen vino...*”. María le ha enseñado lo que Ella recibió por la gracia del Espíritu Santo que la habita. Por eso no duda en dar la instrucción a aquellos sirvientes de Caná “*haced lo que Él os diga*”. Mandato que repite María a todas las generaciones para que alcancen la salvación.

- María deja a Jesús en libertad, no lo hace dependiente de ella, no está protagonizando en su vida pública, ni tampoco lo tiene sujeto a Ella porque lo lleva dentro de sí misma. Pero su corazón está cerca de Él, amándolo y protegiéndolo. Lo acompaña en silencio y humildad. En una oportunidad, va en busca de Él cuando la gente dice que está loco, quiere acompañarlo en este primer descubrimiento que equivocadamente la gente hace sobre la misión de su hijo. Ella sabe que ha comenzado a manifestar su mesianismo. Y claro todo carismático parece loco. La respuesta de Jesús es que su familia la conforman aquellos que cumplen la voluntad de Dios. Nadie como María y Jesús saben que no ha hecho otra cosa que cumplirla. Ella se complace en servirle de ejemplo en ese momento e ilustrar para la gente que la maternidad se trasciende para dar paso al plan salvífico del Padre. De este modo, María se realiza plenamente como madre de Jesús. (Mc 3,34-35).

- Pero María, que todo lo guardaba en su corazón, seguramente recordaba las palabras del anciano Simeón (Lc 2 , 33-35). Sabe que se está iniciando el cumplimiento pleno de las promesas de salvación, pero también anticipa un tiempo de sufrimiento que aún no sabe cómo será, pero está en la historia religiosa de su pueblo. Ella tiene la misión de participar al lado de su hijo en la obra de la nueva Creación pero como dice San Pablo esta obra se realiza “*entre los dolores del parto*” (Rm 8,22). El sufrimiento está inevitablemente presente en María y tiene su máxima intensidad y manifestación a los pies de su hijo en la cruz.

Dios se nos revela en María como un Dios lleno de ternura y confiado en que su Hijo cumplirá, junto a Ella la tarea que le ha encomendado... “*Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos*

la filiación adoptiva" (Gál 4,-5). También se nos manifiesta como un Dios-madre que siente en sí mismo el sufrimiento de su Hijo. Nadie como Él sabe que la salvación de la humanidad tiene como precio su sangre. En María, Dios manifiesta su dolor y sufrimiento por el Hijo. Podríamos decir que Dios en su infinito amor sangra por su Hijo en el corazón de María.

El Verbo encarnado en María revela a Dios que dialoga con el ser humano, su Palabra hecha carne en Ella, es la máxima expresión de su naturaleza relacional. Entre María y el Angel se establece una conversación que está guiada por el mismo Espíritu que habita en Ella. María termina aceptando los designios de Dios con su *fiat*. El diálogo no es precisamente con el Angel Gabriel sino con Dios "*Hágase en mí según tu palabra*" (Lc 1,38).

Las primeras palabras de Jesús que aparecen en el Evangelio se las dirige a su Madre cuando ésta, después de buscarle con José durante tres días, lo encuentra en el templo: "*¿Porque nos has hecho esto Hijo, estábamos angustiados*" y el le responde "*No sabías que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre*" (Lc 2, 48-49). También son las primeras palabras que María le dirige a Jesús. Tanto en el diálogo de María con el Angel, como en el de Jesús con María, el tema gira alrededor de la misión del Padre.

El Papa Juan Pablo II, con frecuencia, enfatiza la relación que existe entre la misión personal de María y la vocación de la mujer a tener una participación activa y definitiva en la recreación y salvación de la humanidad. La mujer está llamada, como María, a ser espacio en el que habite el Espíritu de Dios, para ser mediadora de la salvación (Macciocchi, 1992)

4. RASGOS MATERNOS DE JESUS

Jesús, el Verbo de Dios, es su expresión definitiva y plena. Él es el rostro de Dios, la impronta de su ser, su imagen perfecta. Cuando Felipe le pregunta a Jesús, "*Señor muéstranos al Padre, Jesús le contesta... Tanto tiempo con vosotros y aún no me conoces... Felipe quien me ha visto a mí ha visto al Padre...*" (Jn 14,9).

Ciertamente que Dios se reveló en Jesús en la condición masculina del ser humano, y la filiación es el principio que rige toda la relación entre Dios y Jesús. Pero este hecho no quiere decir que Dios es un hombre o que tiene sexo y éste es masculino, porque como decíamos antes Dios no tiene sexo, es el totalmente Otro. "*No puedes ver mi rostro dice Dios (Ex 33,20). "No harás ninguna imagen de mí"* (Ex 20,4). Pero el hecho de que su Hijo, en su

naturaleza humana, es hombre tiene un significado en sus designios de salvación. Tema que no vamos a abordar en este trabajo.

Lo que si podemos afirmar es que Dios se adapta a los hombres, se deja entrever, se revela según la capacidad de comprensión del hombre; con humildad se deja poseer por nuestras imágenes y analogías, surgidas desde nuestras propias experiencias y de las experiencias de lo trascendente en las distintas culturas. Sin embargo, quién mejor nos puede hablar de Dios que su Verbo: Jesucristo: Él es la plenitud de su revelación, pero también es el arquetipo de todo ser humano, en Él se integran las diferencias de lo masculino y femenino, del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Él unifica lo femenino y masculino y María, es el arquetipo de la feminidad (Evdokimov, cp. Bernal, 1998).

La teología feminista ha tratado de rescatar de la figura de Jesús, rasgos femeninos que hagan contrapeso a una cristología tradicional orientada por lo masculino. Sus tarea hasta ahora ha sido una relectura de la cristología partiendo de la experiencia de lo femenino. Por eso busca en los evangelios, especialmente en los Sinópticos, características que revelen también el rostro femenino de Dios en Jesús.

Y en verdad Jesús nos muestra rasgos que culturalmente asociamos a lo femenino: “*¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina su nidada bajo las alas y no habéis querido*” (Lc 13,34). Esta es una imagen que expresa el profundo sentimiento materno de Jesús y también el dolor de la entrega de su vida en la cruz, sin que el ser humano pueda entenderlo y convertirse a Él. Hay una misión de Jesús, al igual que en Eva y en María: la salvación del ser humano, el restablecimiento del orden de la Creación. Él se ha esforzado por la unidad de los hombres, como una madre por la de su hogar, quiere cobijar, proteger, congregar a la humanidad en su ser mismo, pero ésta elige otros caminos que la conducen a la negación de la vida.

Jesús siente ternura y compasión por el dolor del otro, como una madre siente ternura por sus hijos... “*Al ver a la gentes Jesús sintió compasión de ellos porque estaban como ovejas sin pastor*” (Mc 6,34). También se refleja en la acogida de los niños “*dejad que los niños se acerquen a mí porque de los que son como ellos es el reino de los cielos*” (Mt 19, 13-32); Lc 18, 15-17). La misma ternura y compasión siente por los pecadores (Mt 9, 10-13); por los enfermos (Mc 1,32.41); por los desamparados (Mt 15, 25-28). Es la ternura

que expresa en lágrimas por la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11,38) o cuando llora por Jerusalén (Lc 19, 41-44).

Jesús se hace acompañar por un grupo de mujeres que asume como sus discípulas, aunque no aparecen en los evangelios expresamente nominadas como tales. Sin embargo están a su lado en todo momento y son también las que están junto a María a los pies de la cruz de Jesús, las primeras en anunciar la resurrección y las que más tarde, perseverarían con el grupo de los seguidores de Jesús en la primitiva comunidad cristiana (Lc 8, 1-3; Mt 27, 5-6; Mc 15,40; Jn 19,25; He 1,15). Lang (1991) hace un estudio exhaustivo del papel de las mujeres en la primitiva comunidad cristiana como una prolongación, en muchas de ellas, del ministerio iniciado al lado de Jesús quien con su amor compasivo por las mujeres, dignifica el papel de éstas en la sociedad de su tiempo.

La imagen de Jesús en la cruz expresa vulnerabilidad y debilidad ante el poder humano, rasgos tan asociadas a la mujer, pero a su vez esa imagen manifiesta la fuerza transformadora y vivificadora del amor. El momento de la cruz es quizás el más cercano y revelador de la dimensión materna de Jesús. La entrega de su vida por amor, hasta la muerte y una muerte de cruz. Una madre es la que da su vida por el hijo, y en el sufrimiento de la entrega obtiene el gozo de la vida. No contento con la entrega de su vida, aboga e intercede ante Dios por el perdón de quienes le están crucificando "*Perdónalos Padre, porque no saben lo que hacen*". Como una madre que disculpa, perdona y acoge y se prepara para alumbrar con su muerte a la nueva humanidad.

Porcile (1995) basándose en el Evangelio de San Juan, utiliza la categoría del espacio como clave para interpretar lo femenino de la Segunda Persona de La Trinidad. Centra su atención especialmente en "la hora pascual y en el misterio de la cruz y de la vida" (p. 291). Para esta autora el espacio es la representación del vientre materno. Espacio dónde se concibe la vida y la salvación. Algunas imágenes de las muchas que ella utiliza de San Juan nos puede servir de reflexión:

- A medida que se acerca la hora de la Cruz, Jesús utiliza en sus expresiones imágenes claramente maternas: "*No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros*" (Jn 14,18).

- Jesús está consciente de que la hora de su muerte se aproxima, pero también la asume como necesaria para dar la vida y la compara con la hora que vive la mujer cuando se le acerca el parto. "*La mujer cuando da a luz está triste, porque le ha llegado su hora pero cuando el niño le ha nacido, ya no se*

acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo” (Jn 16, 21).

- Jesús expresa en sus palabras que Él es la entraña, el seno de donde surge la vida: “El último día de la fiesta, el más solemne, puesto en pie, Jesús gritó: *Si alguno tiene sed, venga a mí y bebe el que cree en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva*” (Jn 7, 37-38). La palabra griega es “koilfa” que significa “vientre”: “Seno” “entraña” o “vientre” todas son imágenes femeninas que revelan la dimensión materna de Jesús y su misión de dar la vida para la salvación de la humanidad.

- La Cruz y la Pascua son espacios en los que se revela el misterio de la vida. “*Del corazón de Jesús traspasado por la lanza brota sangre y agua*” (Jn 19,34). La autora establece un paralelo con el cuerpo de la mujer como “espacio de vida.” Dos símbolos muy femeninos que realmente están presentes en la mujer cuando está pariendo. El corazón abierto y traspasado de Jesús, de donde sale agua-sangre, como en todo nacimiento, es el camino. Ese es el misterio de lo femenino en Jesús: su pascua como lugar de nacimiento, un seno de vida abierto en sangre y agua. Allí del corazón abierto en lo alto, se nace del Espíritu” (Porcile p. 294).

María, la madre de Jesús, de pie junto a la cruz, junto a María Magdalena y las otras mujeres discípulas del maestro, cumple la misión de completar junto a su Hijo la misión que Dios le encomendó como Madre. Jesús, por su parte también en el dolor y el sufrimiento de la entrega acaba de producir el milagro de la vida nueva.

CONCLUSIONES

Dios en la creación de la mujer, en las mujeres protagonistas de la Historia Santa, en María, la madre de Jesús y en todas las mujeres del mundo se nos revela como un Dios que integra en su ser la dimensión femenina de lo humano. Jesús como rostro único, verdadero y pleno de Dios y como arquetipo que integra y unifica plenamente la diversidad de lo humano, también nos revela una imagen de Dios con rasgos femeninos y maternos.

Podemos resumir esos rasgos y ver la estrecha relación que existe entre ellos e imaginarnos a un Dios poseyéndolos sin dejar de ser el Dios indescriptible, inmutable e inaccesible que, después de todo tiene la sencillez de dejarse aprehender por el conocimiento y sobre todo por los sentimientos del corazón humano:

Maternidad que trasciende lo biológico; espacio de vida y de salvación que incluye la entrega y el sufrimiento; amor misericordioso expresado en ternura; naturaleza relacional que se expresa en una permanente comunicación y diálogo con la humanidad; comunidad y reciprocidad; espacio de unidad, en el que se integran las diferencias y la multiplicidad de lo creado; bondad que equilibra el orden del universo y aleja el mal de la humanidad; fidelidad a la promesa y al ser humano; perdón y acogida; debilidad, vulnerabilidad y fuerza a la vez; humildad y silencio; muerte y resurrección. Todos estos rasgos están presentes en la mujer como reveladores de un Dios que en su misericordia se nos acerca con este rostro materno y femenino para hablamos de él y también de nosotras mismas.

Estos rasgos iluminan primeramente la dimensión verdaderamente humana de la mujer, su naturaleza, su misión en la vida y la de Dios al crearla. Revelan su papel protagónico en la historia de la salvación, su igualdad en dignidad frente al hombre, pero también su ser distinto del hombre. La mujer necesita redescubrir y comprender su naturaleza real, su sí mismo, su sexualidad, su rol como mujer en la Historia y en la sociedad como dones gratuitos de Dios y no como estigmas biológicos, sociales, psicológicos que la oprimen y degradan. Colocar su dimensión femenina en un contexto de alteridad, de relación recíproca y de mutualidad con respecto al varón, es un reto que ella misma debe asumir para ser verdaderamente el espacio de vida y salvación que Dios quiere revelar de sí mismo en Ella.

BIBLIOGRAFIA

BERNAL A., *Movimientos feministas y cristianismo*, Ed. Rialp, Madrid 1998

BOFF L., *El rostro materno de Dios*, Paulinas, Madrid 1991 (7)

DELFIUEUX P., *Nuestras madres en la fe*, Narcea, Madrid 1998

GRELOT P., *La condición femenina en el Nuevo Testamento*, PPC, Madrid 1995

LANG J., *Ministros de la Gracia*, Paulinas, Madrid 1991

MACCIOCCHI M.A., *Las mujeres según Wojtyla*, Paulinas, Madrid 1992

PORCILE M.T., *La mujer, espacio de salvación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1995

LOS DIOSES DE CARNE Y EL PADRE DE JESUS

Mikel de Viana,sj

Hace veinticinco años escuché a Arturo Paoli, Hermanito del Evangelio que compartía su vida con los campesinos larenses, la historia de Pedro, un joven agricultor quien, «sin lágrimas, sin tono patético»... en un acto de «protesta contra una injusticia», confesaba «yo no creo en Dios», interrumpiendo el ritmo de la celebración cristiana. La confesión de Pedro terminó encontrando su argumento: «yo no creo en Dios, porque no quiero a mi padre, no quiero a mi casa, no puedo estar en mi casa...». La confesión de Pedro provocó una hermosa reflexión de Arturo Paoli que discurría sobre el hilo de la imposibilidad de creer en Dios cuando no se ha descubierto «el amor del origen» (Cf. SIC 378 (1975) 356-358).

Confieso que al escuchar entonces a Arturo Paoli, yo era sólo un muchacho, no entendí la relación entre el amor del origen, el del padre y la madre que nos traen al mundo, y Dios. También es verdad que hace años estaba difundida una larvada sospecha desconfiada contra las lecturas «psicologizantes» de la experiencia de fe.

Con el paso de los años fue, en primer lugar, mi propio camino personal de maduración en la fe y, luego, los años de acompañamiento pastoral de muchos cristianos que se atrevieron a confiarme el tesoro de sus vidas en el seguimiento de Jesús, lo que me fue permitiendo acercarme modestamente a la comprensión de aquella confesión de Pedro. En efecto, el camino por el que nos acercamos al misterio de Dios está empedrado con las experiencias afectivas primordiales, las primeras, que nunca nos abandonan... las de la relación con nuestra madre y nuestro padre.

Los primeros dioses: la transferencia creadora de ídolos

Aunque suene provocativo, nuestros primeros dioses son nuestros padres. Dioses de carne y hueso, que roturan en nuestra intimidad el terreno en el que la gracia actúa haciendo posible la revelación de Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. No se trata de un tránsito seguro ni ameno, sino de un sendero interrumpido por desviaciones y dificultades. En las experiencias afectivas primeras y primordiales está la semilla de la auténtica filiación divina, y el humus de la idolatría.

Sucede que en el ambiguo proceso de ir haciéndonos hijos de Dios y hermanos de Jesús, inevitablemente proyectamos sobre Dios la imagen que dejaron en nosotros las figuras parentales que tejieron la hurdimbre de nuestra personalidad. Las primeras imágenes de Dios que surgen espontáneamente en nuestra biografía espiritual provienen de una transferencia de la experiencia afectiva que vivimos en la relación con los dioses de carne y hueso que fueron nuestros padres. A veces, esas imágenes quedan ancladas en la vida adulta, velando la revelación del Dios Padre de Jesús.

La transferencia consiste en la reactivación de los sentimientos que en la infancia se experimentaron hacia las figuras parentales, la madre y el padre, proyectados ahora sobre otra figura, sobre Dios. Este fenómeno de transferencia implica que la situación presente deba interpretarse según el modelo de la situación infantil. Es fácil entender que en ese proceso de proyección y transferencia se oculta el peligro del infantilismo espiritual y de una sutil idolatría.

La reactivación de las relaciones afectivas de la primera infancia y los sentimientos en ellas experimentados conservan un enorme poder durante toda la vida, de modo que, al producirse, se reduce —a veces hasta desaparecer completamente— el control sobre la realidad hasta el punto que en lugar del presente se impone el pasado reactivado: aquel a quien el individuo llama «Dios» puede ser sólo el revestimiento, el fantasma, de la figura parental, la madre o el padre, evocados en la transferencia.

Por esto, el proceso de la maduración en la fe es siempre, como toda realidad humana, riesgoso y ambiguo. Nuestras imágenes de Dios necesariamente deben ser discernidas y sometidas a la crítica de la Palabra evangélica y de la realidad.

La naturaleza es el espacio de la gracia

Evidentemente, la psicología y las ciencias humanas no pueden pronunciar palabra definitiva sobre Dios, el totalmente-Otro, el trascendente. Sin embargo, no es poco lo que pueden y deben decir sobre nuestra experiencia de Dios. La gracia no se entrega más que en la naturaleza, en nuestra naturaleza. Dios se autoentrega en nuestra carne. En la Encarnación, el Dios trascendente se hace inmanente, acontecimiento humano, es decir, asume cabalmente la ley de nuestra realidad. La revelación de Dios en Jesús se hace vida y palabra plenamente humanas, de modo que nuestro acceso al Padre de Jesús no se da más que a través y en la existencia humana del Hijo.

Dios no se reduce a la inmanencia, pero la Palabra pronunciada en la Encarnación no puede ser más que inmanente a la existencia y palabra humanas; en cuanto Palabra dirigida al hombre, no puede ser ni más ni menos que palabra humana, que se pone al alcance de la hermenéutica humana.

Pero además, en cuanto palabra humana, queda sujeta a la ambigüedad y equivocidad de lo humano. Por eso, Dios y su gracia no son un dato evidente de una vez por todas, sino que exigen ser discernidos perseverantemente; y nuestra experiencia de Dios requiere ser purificada de la notable capacidad de ocultamiento y falsificación de la que somos capaces.

A nadie debería sorprender que Jesús de Nazaret haya dedicado buena parte de sus palabras, gestos y acciones a la crítica de la religión de su tiempo: el templo, la ley, la perfecta observancia de lo mandado, y la pretenciosa autoconciencia de ser pueblo elegido de Dios, resultaban otras tantas fantasías e ilusiones engañosas.

Dice un psicoanalista español parafraseando a Xavier Zubiri, que el hombre es un animal de realidades condenado a enfermar de ilusiones. En el corazón del hombre, en su deseo, existe un defecto de fábrica, una carencia que nada ni nadie puede llenar. Esa carencia es el motor más poderoso de los proyectos y las acciones humanas, pero también es el origen de las fantasías e ilusiones que terminan alienándolo.

— Fantasías e ilusiones de haber encontrado el objeto bueno total de la nostalgia, como cuando nos enamoramos;

— Fantasía que engendra la «mala fe» de creer que el amor es eterno, aunque muchas veces se nos rompe;

— Fantasía de volver a la niñez inocente bajo la protección de una madre protectora o un padre perfecto y seguro guía, que nunca se tuvo;

— Fantasías de revolución y cambio que se nutren de la rebelión contra el fantasma del padre autoritario;

— Fantasías de un Dios providente, bondadoso siempre a la escucha, que esconde el narcisismo y la ficción de omnipotencia infantil.

Los creyentes estamos convencidos de que sólo el encuentro con Dios puede llenar el vacío incolmable del hombre, pero sabemos también que el encuentro con el Dios verdadero supone la áspera subida en la que se dejan atrás fantasías e ilusiones.

Los grandes místicos de la tradición cristiana son auténticos maestros de la sospecha. El camino de los místicos se muestra como una aventura de desmantelamiento de todas las representaciones que de Dios nos hacemos a nuestra propia escala. Detrás de nuestras representaciones de Dios — proyecciones de nosotros mismos— está agazapada la tentación de adueñarnos de Él, hacerlo «objeto» poseído, de modo que nos sea posible «ser como Dios».

La religión es una construcción humana en la que el hombre se atreve a rebasar los límites de lo mundano, aventurándose a un encuentro con realidades de un más allá desconocido. En cuanto construcción humana, siempre será ambigua: podrá ser camino hacia un Dios verdadero, no manipulable y que no manipula al hombre, o podrá ser el espacio en que se perpetúen fantasías, ilusiones y fantasmas infantiles que impidan al hombre ser hombre, ser adulto... e impidan a Dios ser Dios.

Tenemos, pues, que en las primeras etapas de nuestra vida, la relación con la madre y el padre, a partir de la cual se va construyendo nuestra personalidad, configuran unas imágenes que serán el vehículo de nuestra representación de Dios. En esas imágenes queda sembrado el deseo de trascendencia que nos abre y dispone a la experiencia de Dios; pero al mismo tiempo, el encuentro con el Dios-totalmente-otro, el Dios-diferente, el Padre de Jesús, sólo será posible desmantelando esas imágenes y purificando nuestra experiencia de la tentación idolátrica de hacer de Dios un objeto ilusorio de nuestro deseo ilimitado.

El proceso de hacerse hijo

En el fenómeno de la transferencia hace evidente la absoluta importancia

de las primeras relaciones infantiles a todo lo largo del proceso de construcción de la personalidad. La importancia de esas relaciones primordiales radica en la extrema indigencia en que venimos al mundo: el recién nacido humano es el más inmaduro, incompleto y precario de los seres al hacer su ingreso en el mundo. Esta precariedad e inconclusión no debe considerarse un hecho negativo, sino que constituye una condición constitutiva. En cierto modo, todo nacimiento es precoz, pues se produce cuando todavía las estructuras neurobiológicas no han completado su desarrollo.

Lo que queremos decir es que, las estructuras elementales de la vida —el sistema nervioso, por ejemplo—, están incompletas al nacer y necesariamente alcanzan su «madurez» inicial sólo en el curso de la relación con las figuras parentales. Dicho de modo más gráfico y provocativo: los diversos planos en los que se desarrollan las relaciones personales, familiares, comunitarias, sociales y culturales, dejan su impronta en las mismas estructuras del sistema nervioso.

En el principio fue la fusión maternal

Durante la gestación, es evidente que la separación del feto de su madre, equivale a la muerte de aquél. Incluso, en los últimos meses del embarazo, un parto prematuro plantea severos problemas para el mantenimiento en vida del feto, que no es viable a menos que se reproduzcan las condiciones físicas de la cámara amniótica. Durante la gestación, el feto se desarrolla en la tibieza de un mundo grato y acogedor en el que todo lo necesario le es dado a través del cordón umbilical y en el protector seno materno; no experimenta necesidades, simplemente las tiene satisfechas inmediatamente; vive para el placer, ese es su principio. Así, al inicio de nuestra vida experimentamos una indistinción física y afectiva, una fusión ilimitada con la madre que produce una experiencia de felicidad completa.

Pero posteriormente, al nacer, los seres humanos son tan precarios y vitalmente dependientes, que en las primeras etapas de vida, la separación de la madre produce la muerte o al menos severos retrasos y distorsiones en el proceso de desarrollo armónico, tanto físico como psicológico. El nacimiento es un choque con la necesidad: el neonato empieza a padecer necesidades imperiosas que sólo pueden ser satisfechas por la acción consciente e intencional de la madre.

Si durante el embarazo las necesidades del feto han sido satisfechas

plenamente, aunque de un modo inconsciente por la madre, después de parir, la vida del recién nacido depende de la acción consciente de la madre: la mujer asume el rol de madre. Y este hecho implica que la dependencia no es unidireccional, sino que la madre comienza a desarrollar una particular dependencia respecto a su hijo. Esa dependencia se expresa en actitudes y conductas: la madre «materniza» al recién nacido, establece con él un contacto visual y físico del todo particular y estimulante. En otras palabras, la recién parida establece una prolongación de la vida intrauterina.

Pero es importante tener presente que en este primer estadio, el niño experimenta una fusión con toda la realidad circundante: para el recién nacido, él es todo y todo es él. Se experimenta como disuelto en el todo, un sentimiento que ha sido denominado «sensación oceánica». No ha desarrollado la conciencia de sí mismo, el «ego»; sino que se experimenta ilimitado y ocupando el centro del universo, con el que se identifica. Esta etapa ha sido llamada «narcisismo elemental o primario», porque el niño vive en la ilusión de su omnipotencia, todos sus deseos quedan maternalmente satisfechos, desconoce el límite que supone la necesidad.

Esta indiferenciación simbiótica con la madre y, a través de ella, con toda la realidad, ofrecerá el primer paradigma de la futura transferencia: el dios del narcisismo ilimitado.

La vida diaria del recién nacido transcurre en la sucesión de pocas horas de vigilia por hambre, frío, pesantez de la gravedad y eventualmente, por dolores, es decir, por sufrimiento, y largos períodos de plácido sueño poblado por ensoñaciones.

La primera ilusión que afecta al niño es la del deseo de regresar al útero protector, donde estrenó la vida arrullado por los latidos del corazón materno, «paraíso perdido» del que fue expulsado al nacer. Esa ilusión no nos abandonará jamás: en la primerísima etapa de nuestra existencia disfrutamos de una felicidad y plenitud ininterrumpida, que fue destruida al nacer. Pasamos la vida deseando inconscientemente el regreso a la madre, donde no sabíamos lo que era sufrimiento. No tiene pues nada de extraño que la relación con la madre sea la más importante, la más prolongada, la irrenunciable. El deseo de recuperar o perpetuar ese paraíso perdido y el miedo a perderlo, van a estar detrás del sentimiento religioso.

El deseo de fusión, de disolución en el todo infinito, propio de esta primera etapa del narcisismo primario está en la infraestructura de la búsqueda mística.

El «hambre de Dios», el deseo de unión con el principio, esa búsqueda del corazón inquieto que se vuelve a Dios como objeto definitivo del deseo, encuentran su vehículo prístino en la transferencia de la experiencia del narcisismo ilimitado de la unión simbiótica con la madre.

La madre y el «ego»

La dependencia absoluta de la madre, o de quien haga sus veces, se extiende al menos hasta los dos años, cuando el niño estará en capacidad de comer, desplazarse y comenzar a hablar. Tres procesos que insinúan la dirección de una incipiente autonomía. A partir de los dos años y hasta los cinco, si bien el niño se alimenta como los adultos, se mueve por sus propios pies y es capaz de recibir y emitir mensajes con el lenguaje, la vinculación constante con la madre sigue siendo vital para el desarrollo de la personalidad infantil. Hoy sabemos que los primeros años son seguramente la etapa más importante y delicada del proceso de desarrollo de la personalidad.

De la etapa inicial de simbiosis indiferenciada con la realidad, el niño evoluciona hacia el descubrimiento de la madre de la que depende estrechamente y a la que percibe vinculada directamente a la satisfacción de sus necesidades. Entonces, la madre se perfila como el horizonte de satisfacción de sus necesidades. El niño ya no se experimenta «disuelto en la realidad», identificado con el todo, sino que reconoce a un «alter» frente a él. Ese «alter», la madre, cubre sus necesidades y satisface sus deseos. El narcisismo original será ahora proyectado sobre la madre, que aparece como un ser totalmente idealizado.

Será en esta etapa cuando se desarrolle la «confianza básica» de la personalidad. En la medida en que la madre actúa como un «alter» para el niño, sus sentimientos y emociones comienzan a diferenciarse, y el principio del placer que movilizaba los deseos en la etapa anterior, cede el paso al principio de seguridad.

Comienza la construcción del «yo» infantil que se edifica sobre el bienestar y seguridad que proporciona el cuidado materno. El desarrollo del «yo» infantil y la constitución de su confianza básica, están asociados a una situación en la que las necesidades no llegan a ser imperiosas, es decir, cuando el niño puede confiadamente esperar que esas necesidades serán satisfechas. El yo es la instancia de la personalidad que tendrá como función imponer un orden a los impulsos instintivos y regular la percepción de la realidad exterior.

La formación del «yo» y el establecimiento de la confianza básica —sobre la que se edificarán en el futuro todas las relaciones interhumanas, el talante vital de la persona, y su misma relación con Dios—, están asociados a la superación de situaciones carenciales tanto materiales como afectivas. Un ambiente precario, continuamente amenazado por la privación, o bien, un ambiente en el que el afecto, el contacto físico y la protección maternas son intermitentes, irregulares o azarosos, amenazan seriamente esos procesos: la confianza básica queda vulnerada, al punto que en la adultez, inconvenientes incluso de poca monta generarán inseguridad, ansiedad y eventualmente desarraigo.

En esta etapa, el niño vive en una extrema condensación espacio-temporal: está afincado en un constante «aquí y ahora». La distancia, la separación y la demora son sobredimensionadas dramáticamente. Su mundo es el que registran sus sentidos en el momento presente; lo que el niño no ve, no existe. Por esto, la necesidad de contacto físico y de cercanía, únicas evidencias de la existencia y protección maternas: la ausencia de la madre la experimenta como abandono.

En estos primeros años, el mundo infantil se desarrolla en el seno del triángulo parental: el niño, su madre y su padre. También sabemos que la madre, o quien haga sus veces, es insustituible: el quebranto de la protectora relación con la madre constituye una frustración del deseo infantil, y eventualmente, trauma severo contra el proceso de edificación armónica de la personalidad infantil. El caso del padre es distinto: él podría estar ausente sin comprometer la sobrevivencia del niño, aunque cuando falta, también se producen consecuencias problemáticas.

La dependencia del niño respecto a su madre, que se inicia con la simbiosis de la gestación y continúa como contacto permanente en las primeras etapas de la vida, es imprescindible pero, a la larga, insostenible e inconveniente. La vida no es la prolongación del útero protector, aunque nunca nos resignemos a haber sido expulsados de él. La dependencia debe ser transformada, superada, a riesgo de hacerse incestuosa, peligrosa y frustrar la vida autónoma del hijo. Su prolongación encubre los riesgos del egocentrismo y del narcisismo.

En esta etapa, la relación fusional y placentera con la madre anticipa o prefigura otro modelo de relación que será transferido a la imagen de Dios. Se fragua el Dios de la fusión maternal. En el adulto permanecerá un deseo incumplido de fusión con el «Otro» que será el motor de la experiencia

religiosa. El deseo de un Todo trascendente que es Dios, encuentra en la aspiración a la totalidad materna la experiencia que le sirve de base base.

Pero por otro lado, Dios podría ser una ilusoria derivación de este deseo infantil. Dios sería una construcción en el terreno de lo ilusorio: la creencia en un Dios padre generoso —maternal— que da seguridad y protección, aparta los miedos, compensa las privaciones, atiende en las necesidades y sobre todo, elimina la fatalidad del límite definitivo, asegurando la inmortalidad.

El temible triángulo

Y aquí juega un papel fundamental el padre. Se hace necesaria una ruptura con la madre; mejor dicho, será necesaria la intromisión de un tercero que arranque al niño de su repliegue fusional-materno y lo ponga frente a la realidad, frente al mundo hostil en el que deberá hacer su propia historia personal. Es preciso que el niño llegue a percibirse como alguien separado de la madre; esa es la condición necesaria para que sea autónomo, alcance con el tiempo la libertad y esté en capacidad de establecer relaciones diversas.

La ruptura es inevitablemente dolorosa, y el niño focaliza su resentimiento en el autor de la separación, su padre. Entre los tres y los cinco años de edad el frecuente observar el rechazo del niño a su padre: a veces llega a verbalizarlo; y más frecuentemente observamos que se interpone entre el padre y la madre, impidiendo a aquel el contacto físico con ella.

Cuando esa separación no se produce, el niño queda anclado en ella, absolutizándola y exclusivizándola al punto de incapacitarse para otra relación amorosa y para la propia autonomía personal. Ya en la edad adulta, la separación de la madre no podrá ser vivida más que con ansiedad y angustia.

La ruptura operada por el padre al mismo tiempo redime de la trampa egocéntrica y narcisista de perpetuarse viviendo en la ilusión de la propia autosatisfacción. El padre limita el acceso a la madre omnipresente, pero abre las puertas del mundo, de la alteridad y de la trascendencia. Al separar al niño de la madre, el padre impone la verdad sobre la ilusión del engañoso paraíso uterino que nunca regresará... esa verdad es la ley de la realidad. La figura paterna aparece como símbolo de una ley que hay que asumir para llegar a ser realmente humano: la ley del límite de la aspiración insaciable del deseo, que ahora se estrella contra la dura realidad.

La brecha que abre el padre es la condición indispensable para que el hijo

alcance la autonomía, la libertad y la visión vuelta al futuro. En otras palabras, el padre es la posibilidad de una liberación que permite al hijo hacerse persona. Y algo más, el padre puede llegar a ser el modelo con el que el hijo se identifique para construir una existencia que ya no estará vuelta al pasado del paraíso perdido. En efecto, el conflicto edípico se resuelve por el proceso de identificación.

El niño rápidamente comprende que el padre le ha arrebatado el espacio del amor materno; que la madre ama al usurpador, y que en la medida en que él sea como el padre será amado por la madre. En este punto se inicia el proceso de identificación con la figura paterna por parte del varón. En el caso de la hembra, la dependencia inicial de la madre es análoga a la del varón y se observan procesos semejantes con la aparición de la figura paterna. Pero la resolución del conflicto, en el caso de las niñas, se da por la vía de la identificación con la madre.

En torno a los cinco o seis años, el niño comienza a asimilar gestos, expresiones, objetos que le asemejan al padre. En esta etapa el individuo ha de abandonar tanto la ficción de omnipotencia como la pretensión de los deseos sin límites. La omnipotencia perdida, es ahora proyectada en la figura idealizada de un padre que todo lo sabe y todo lo puede. El proceso de identificación continua hasta la adolescencia.

En la figura paterna se reconoce la encarnación de la justicia. Esta imagen se proyectará sobre Dios como suprema justicia y perfección.

Sin embargo, el proceso no es lineal. La figura paterna es ambivalente: por un lado se le admira al punto de desear identificarse con él como modelo y se le ama porque se le reconoce como protector, pero por otro se le teme, porque al proyectar en él la omnipotencia perdida, se le experimenta como rival que exige sumisión y cierra el paso a llegar a ser como él.

El temor y el odio enmascarado, difícilmente llegan a expresarse abiertamente y por eso se canalizan como culpabilidad a la que se asocia la agresividad hacia extraños y hacia sí mismo en términos de autopunición.

La imagen paterna sublimada termina proporcionando otro paradigma que será proyectado sobre la idea de Dios, que se configura como el Dios omnipotente, a quien se reconoce como perfección y justicia suprema, que impone su ley sobre el individuo, y que inspira temor problematizando el acceso al placer y a la autoafirmación. Esta imagen de Dios, evidentemente, tendrá que ser discernida y desmantelada en el proceso de maduración de la fe.

El creyente, en el proceso de desmistificación de la propia fe, se tropezará con el problema del poder de Dios: ¿qué poder tiene el Dios Padre de Jesús?, ¿acaso su poder es semejante al de los poderosos de la tierra, que lo que quieren lo compran o lo imponen?, ¿cómo reconciliar el poder de Dios con la sumisión libre del Verbo a la ley de la realidad, a la dolorida y mortal condición humana?

Pero además, la objetivación de la justicia que se proyecta sobre la imagen del dios paterno, planteará la cuestión de la justicia del Padre de Jesús, que ciertamente no es prolongación ni magnificación de la justicia imaginada por el hombre. La experiencia de la gracia y de la misericordia inmerecida, el amor que consiste en que Él nos amó primero cuando no lo merecíamos, pone en crisis todas nuestras objetivaciones de la justicia.

El camino de Jesús hacia el Dios-totalmente-otro

Lo que vengo exponiendo creo que encuentra resonancias consistentes en Jesús de Nazaret. No podía ser de otro modo para él «nacido de mujer, sometido a la ley» (Gal 4, 4), «en todo igual a nosotros, excluido el pecado» (Heb 4, 15), que conoció la tentación (Mt 4, 1-11) y el sufrimiento (Heb 2, 9, 10, 18), y que «iba creciendo en saber, en estatura y en favor de Dios y de los hombres» (Lc 2, 52).

Un signo de la vida y misión de Jesús es su constante salida de los círculos de pertenencia humana. Sale de la casa paterna, relativiza los vínculos de sangre y construye una nueva familia con los que comparte el cumplimiento de la voluntad de Dios, abandona su pueblo de origen —sus paisanos intentan desbarrancarlo—, relativiza la primacía de la elección de su nación, se vincula y reconoce la fe de los extraños... hace de toda su vida un acercamiento al diverso, al despreciado, al pobre.

No sé si caemos suficientemente en cuenta de la distancia simbólica que Jesús establece a lo largo del evangelio respecto a sus figuras parentales. Dejando de lado los problemas de historicidad, el evangelio de Lucas nos presenta al adolescente Jesús en el templo, rodeado de los maestros, y actuando con una pasmosa libertad y autonomía que tiene como consecuencia la angustia de sus padres. Al reclamo materno Jesús responde afirmando su camino propio, «estar en la casa de mi Padre» (Lc 2, 41-51). Ante la solicitud de su madre en las bodas de Caná, la respuesta de Jesús es desconcertante: «¿Quién te mete a ti en esto mujer? Todavía no ha llegado mi hora» (Jn 2, 1-5). Al inicio de su ministerio público, sus familiares intentan apartarlo del

camino emprendido, pues decían que se había vuelto loco, y Jesús afirmó frente a ellos un nuevo parentesco: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y paseando la mirada por los que estaban sentados en el corro, dijo: Aquí tienen a mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es hermano mío y hermana y madre» (Mc 3, 21. 31-35). Los paisanos de Jesús, desconcertados, no pueden reconocer en él la prolongación de su mundo de origen, «¿De dónde saca éste ese saber y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero? ¡Si su madre es María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas! ¡Si sus hermanas viven todas aquí! ¿De dónde saca entonces todo e-so?» (Mt 13, 55-56; Mc 6, 3).

A sus seguidores Jesús exige una actitud semejante: «Mientras iban caminando, uno le dijo: «Te seguiré adondequiera que vayas». Jesús le dijo: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.» A otro dijo: «Sígueme.» El respondió: «Déjame ir primero a enterrar a mi padre.» Le respondió: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios.» También otro le dijo: «Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa.» Le dijo Jesús: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.» (Lc 9, 57-62). Lo que intento expresar es que en el camino de Jesús, los vínculos parentales se alejan de la tentación de regreso a lo indiferenciado, a lo fusional.

Hay en Jesús un movimiento, que a partir de la prueba —la sumisión del deseo— hay una opción por la confianza en Dios y su Palabra que le lleva a la aceptación del límite y de la impotencia. Es eso lo que podemos leer en el pasaje de las tentaciones del desierto: el escape religioso infantil de piedras convertidas en panes, el reconocimiento admirado y el poder de todos los reinos de este mundo, son abandonados por la aceptación de un mesianismo en el que no hay milagros para sí mismo, el anonimato y el rechazo, la pobreza y la impotencia del siervo serán las claves. En palabras de Bellet, Jesús establece con Dios, su Padre, una «relación que en el fondo no sabe nada de sí misma, porque ella deja al Padre ser quien el es».

El camino humano de Jesús hacia su Padre, no es distinto al nuestro: la renuncia a la fantasía de omnipotencia narcisista del deseo ilimitado; el abandono de la ilusión de un Dios materno protector; la pérdida de la ilusión de una unión disolutiva en Dios; Jesús deja que Dios sea Dios, porque no hace de Dios la proyección de los anhelos insatisfechos de la infancia.

Discernimiento cristiano

Para concluir, quisiera aplicar algunos elementos de la anterior reflexión al discernimiento cristiano de algunas experiencias religiosas que, si bien son típicas de las nuevas formas de religiosidad que están surgiendo por todas partes, no son del todo ajenas al proceso de maduración de la fe de los creyentes cristianos.

a. El dios-igual

La nueva religiosidad afirma que todo lo que existe constituye una unidad; que el universo entero es el ser divino, la energía cósmica que se manifiesta de múltiples formas. Los hombres son manifestaciones de la divinidad. Por eso, dicen los seguidores de la nueva religiosidad que «dios está dentro»: el hombre no debe buscar a Dios fuera de sí mismo, como si fuera algo o alguien distinto a él mismo, sino tomar conciencia del poder divino que tiene en su mente: él es dios.

Tal vez aquí es donde se nos plantea la dificultad más profunda: el problema de la total alteridad divina respecto a la criatura. Karl Rahner ha llamado la atención en el siguiente sentido: «Una teología de la mística debería clarificar como primer problema fundamental el siguiente: ¿en qué relación está el místico con lo que él experimenta como lo que le es dado en “cercanía absoluta”? De hecho, sí, y en la medida en que en la experiencia mística el sujeto “místico” no sólo se encuentra directamente a sí mismo a través de los objetos categoriales de la vida cotidiana, sino que encuentra el “misterio” puro y simple, la realidad por excelencia, Dios (o como quiera que se llame a ese algo que no es en inicio idéntico con el sujeto místico), la identidad y la diferencia en esta experiencia, se convierten en el problema. De otro modo no se puede hablar de mística religiosa».

¿En qué relación está el sujeto con lo que él experimenta? En la mística de la nueva religiosidad, sin lugar a dudas, en relación de identidad fusional. La diferencia y la alteridad entre Dios y el hombre, Creador y criatura, ha desaparecido.

Hay en la nueva religiosidad una constante búsqueda de la unidad y de la totalidad, que es eco de un impulso connatural del hombre que le lleva a identificarse y disolverse en el todo unificado. Se trata de un impulso “elemental, primitivo”, que perdura en el inconsciente, pero que requiere ser al menos moderado para alcanzar la madurez humana y religiosa.

Lo que estoy afirmando es que en la mística de la nueva religiosidad se ofrece la imagen de un dios indiferenciado, fusional, disolvente respecto al hombre. Dios aparece como el océano impersonal en el que las gotas de las existencias humanas van a fundirse. Debemos al psicoanálisis el más agudo análisis de semejante impulso a la unión, a la fusión.

Lo que somos o hemos llegado a ser en la adultez, es el producto de un proceso en el que las primeras relaciones afectivas, parentales, en la familia, sientan las bases estructurales. Nuestra imagen «natural» de Dios, surge en esas relaciones primeras, y parece tener tres fuentes primordiales:

- a. El primer desarrollo narcisista del yo al inicio de la estructuración de la personalidad.
- b. Muy relacionado con lo anterior, la relación establecida con la madre.
- c. Finalmente, la relación establecida con el padre.

Los padres son los primeros dioses del hombre. Ellos son objeto de una especie de divinización a través de la proyección que sobre ellos hace el niño, de sus sentimientos de omnipotencia.

b. El dios del narcisismo ilimitado

Como he descrito, el primer estadio en la vida del niño se caracteriza por la unión simbiótica y difusa con toda la realidad circundante en la que vive. En la descripción del narcisismo primario no es difícil reconocer la resonancia de la descripción que la nueva religiosidad hace de la experiencia mística como unificación cósmica. Tengo la impresión de que la experiencia mística que describe la nueva religiosidad, en muchos aspectos, es precisamente la experiencia del dios del narcisismo ilimitado: una experiencia humana y religiosamente infantil.

c. El Dios de la fusión maternal

Desde el estadio de indiferenciación respecto a la realidad, el recién nacido evoluciona hacia el reconocimiento de la figura materna como entidad aparte a la que está unido simbióticamente, y que está confusamente ligada a la satisfacción de las necesidades infantiles. El horizonte de la realidad será entonces la madre. De perpetuarse esta etapa, la divinidad podría ser una ilusoria derivación del deseo infantil: la creencia en un dios padre/madre/energía generoso(a) que da seguridad y protección, aparta los miedos,

compensa las privaciones, atiende en las necesidades y sobre todo, elimina la fatalidad del límite definitivo, asegurando la inmortalidad.

Las limitaciones del ser personal del hombre hacen que se sienta, como un niño, constantemente amenazado y ansioso de protección. De la indigencia surge el deseo de seguridad, que manifestado de múltiples formas, culmina en el ansia de inmortalidad. El hombre proyecta más allá de la realidad un espacio trascendente, un cielo o un dios maternal, que garantiza su seguridad al mismo tiempo que satisface sus deseos. Todo gira en torno a ese dios maternal creado-proyectado, que posee todo el poder y que satisface los deseos, pero que en realidad no es otra cosa que la mera proyección de la figura materna terrena, que simboliza protección, seguridad y complacencia.

El dios protector, complaciente y materno, surge del desamparo que experimenta el hombre adulto ante la vida, reactivando aquella situación infantil en la que el niño se vio indefenso, y fue salvado por aquel poder excepcional que fue su madre. Los padres son los primeros dioses. Sólo cuando el niño deja de ser tal, descubre el rostro débil y humano de sus padres, que se derrumban como ídolos de barro y dejan paso a otros dioses ilusorios de suprema bondad, sabiduría y poder. Ante estos dioses surge la expresión de suplica y espera ayuda.

d. El Dios de la omnipotencia paterna

La madurez del sujeto adulto y autónomo implica la superación de la etapa fusional, y que en esa superación es de cardinal importancia el rol paterno.

El niño reconoce en su padre la encarnación de la bondad y la justicia. Esta imagen que persiste en el inconsciente, se purifica con el tiempo hasta objetivarse en Dios como modelo de perfección y grandeza. De esta manera el complejo paterno se encuentra a la base de la actitud religiosa. «El Dios justo y poderoso y la naturaleza bondadosa se nos presentan como sublimaciones grandiosas del padre y de la madre; mejor dicho, como reviviscencias y reconstrucciones de las primeras percepciones de la infancia» (S. Freud).

e. La plenitud falsificada

Los contenidos de la nueva religiosidad se ofrecen como el resultado de una experiencia de interiorización personal. Al efecto se propone un amplio abanico de ejercitaciones psicológicas y meditativas que dan acceso a la

experiencia místico-religiosa. Esta experiencia es presentada como vía de acceso a la autoconciencia: según la nueva religiosidad, el hombre alcanza su plenitud mediante el acceso a nuevos y más elevados niveles de conciencia de sí mismo, de progresiva iluminación.

¿Cuál es el resultado de ese proceso de autoconciencia e iluminación? El resultado es un hombre convencido de su infinitud y perfección, que se ha apropiado de la condición trascendente que es propia de Dios, y que en consecuencia afirma que él es dios. El hombre se siente integrado, identificado, disuelto en la totalidad de la energía cósmica divinizada, desde la que los eventos particulares, las historias personales pierden relevancia. La identidad personal se pierde en la corriente energética cósmica.

Una consecuencia es la pérdida del sentido del mal moral y personal: no hay nada parecido al pecado personal, lo que suele llamarse mal o pecado es sólo una especie de lastre cósmico que retrasa la identificación con el todo.

Esta convicción de plenitud y trascendencia es inmune a cualquier contrastación: fuera de esa autoconciencia no hay ningún otro parámetro de referencia que de algún modo pueda cuestionar la consistencia de semejante pretensión. Cualquier argumentación racional que pone en duda el contenido de esa experiencia es descalificada por los mentores de la nueva religiosidad como producto de conciencias condicionadas por esquemas culturales y religiosos superados, y alejados de la iluminación.

Pero la experiencia milenaria de la mística religiosa, ya sea de occidente —tanto cristiana como extra-cristiana—, ya sea del oriente, va por otro camino. El camino místico es siempre un camino de interiorización una de cuyas consecuencias es una aguda conciencia del «yo». El viaje a las profundidades del ser del hombre, que se produce y se revela en el encuentro íntimo con el Misterio absoluto, es la experiencia de la total alteridad del hombre respecto a Dios: una alteridad que si bien es redimida en el amor incondicional del encuentro, no pierde las trazas de su creaturidad y dependencia ontológica.

Todas las tradiciones místico-religiosas concuerdan en que el resultado del proceso de interiorización es un hombre radicalmente consciente de la propia debilidad, limitación, ignorancia y pecado. Lejos de emerger de la experiencia mística un hombre autosuficiente y autocomplacido de la propia grandeza y divinización, el místico es el más agudamente consciente de su necesidad de sustento-fundamento y misericordia-perdón. Lejos de posesionarse de la condición trascendente propia de Dios —nunca se disolvió

en la divinidad—, el místico verdadero tiene la vivencia de la propia dependencia existencial de un Dios infinitamente mayor que él mismo, y de la necesidad de ser salvado de su culpa.

Nadie como el místico experimenta la amorosa cercanía de Dios, y sin embargo, ninguno como él sabe del drama de su debilidad existencial y de la herida que el pecado ha infringido a su ser. Es exacta la siguiente afirmación: cuanto mayor es la cercanía de Dios experimentada, mayor es la conciencia del abismo que de Él nos separa.

Una experiencia místico-religiosa que no agudiza la conciencia de la precariedad ontológica y moral del sujeto de la experiencia y, consecuentemente, que no impulse a buscar el propio fundamento en un Dios mayor y a orientar radicalmente la existencia hacia ese Dios-Otro, si no es falsa por la trampa narcisista, al menos es superficialmente frívola.

f. Disolución en lugar de amor

La experiencia mística religiosa, como ya he explicado, otorga al místico simultáneamente la amorosa cercanía de Dios, y la vivencia del drama de su debilidad existencial y de la herida que el pecado ha infringido a su ser. Entre Dios y el hombre, Creador y criatura, hay un abismo ontológico; hay una diferencia radical que no desaparece ni siquiera «en la más sublime entrega de la gracia». Ciertamente, el encuentro místico con Dios es un encuentro amoroso y el amor es recíproca entrega, pero sin disolución. Por eso, tal vez, «la desaparición del aislamiento particular egoístico, presente en un amor radical hacia el Dios que se entrega a sí mismo, misticamente experimentado, puede conducir en la reflexión sucesiva a creer erróneamente en la cesación pura y simple del sujeto finito». En otras palabras, sería un error creer que la finitud del hombre creado se disuelve, se supera, o se elimina en el encuentro místico o a partir del mismo.

En la mística religiosa sobrenatural hay encuentro amoroso, pero nunca fusión. La vivencia y posterior tematización de un encuentro místico fusional, como afirma y propone la nueva religiosidad, no es un encuentro con Dios, sino con una imagen infantil de la divinidad.

Una experiencia mística que desemboca en la unificación, disolución o fusión en Dios por parte del sujeto de la experiencia, no es tal experiencia, sino la proyección de deseos infantiles y la construcción ilusoria de un dios autocomplaciente.

BIBLIOGRAFIA

BELLET Maurice, *Le Dieu pervers*, Ed. du Cerf, París 1987.

BROWN Raymond, *Jesús, Dios y Hombre*, Ed. Sígueme, Salamanca 1973.

CASTILLO José M., *El discernimiento cristiano*, Ed. Sígueme, Salamanca 1984.

DEVEREUX George, *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Ed. Siglo XXI, México 1967.

DOLTO Françoise, *El Evangelio ante el Psicoanálisis*, Ed. Cristiandad, Madrid 1979.

DOMINGUEZ MORANO Carlos, *Creer después de Freud*, Ed. San Pablo, Madrid 1992.

DOMINGUEZ MORANO Carlos, *Orar después de Freud*, Ed. Sal Terræ, Madrid 1994.

KRISTEVA Julia, *Al comienzo era el amor. Psicoanálisis y Fe*, Ed. Gedisa, Buenos Aires 1986.

LAPLANCHE J. - PONTALIS J.B., *Diccionario de Psicoanálisis*, Ed. Labor, 2a. ed., Madrid 1979.

MATEOS Juan - CAMACHO Fernando, *El horizonte Humano. La propuesta de Jesús*, Ed. El Almendro, Córdoba 1989 (2).

MATEOS Juan - CAMACHO Fernando, *Evangelio, Figuras y Símbolos*, Ed. El Almendro, Córdoba 1989.

POHIER J.-M., *En el nombre del Padre. Estudios Teológicos y psicoanalíticos*, Ed. Sígueme, Salamanca 1976.

SCHWEITZER Albert, *The psychiatric study of Jesús*, Ed. Deacon Press, New York 1958.

STEINBERG Leo, *La sexualidad de Cristo en el arte del Renacimiento y en el olvido moderno*, Ed. Herman Blume, Barcelona 1989.

“NO SE DEJEN LLAMAR ‘PADRE’” (Mt 23,9)

Carlos Bazarra, OFM.Cap.

Un interrogante que se encuentra en la base de toda la reflexión teológica es la de establecer la adecuada relación de Dios con todo lo que no es Dios.

Son dos posturas extremas las que hemos de evitar: el ateísmo (negar la existencia de Dios: todo es creatural, temporal, contingente...) y la idolatría (considerar Dios a la criatura, que vendría a ser una especie de panteísmo).

Manteniendo la distinción de ambas realidades (Dios y criatura), debe llegarse a superar la identificación: Dios no es criatura, la criatura no es Dios. Tampoco es viable la negación de toda relación, afirmando un “deísmo” o un “secularismo”. En el deísmo, Dios ignora su criatura, y en el secularismo la criatura no necesita a Dios.

La Biblia utiliza el simbolismo de la “alianza”, unión conyugal, en base a la práctica humana del matrimonio. El varón no es la mujer, ni viceversa; ambos conservan su identidad y diferencia, pero logran una comunión, una relación que se califica de “una sola carne” (Gn 2,24) desde el punto de vista del fruto de esa unión, pero no desde la realidad física de ambos cónyuges, cada uno de los cuales sigue conservando su personalidad. Hay identidad de cada uno consigo mismo, y hay alteridad en su apertura al otro, y el resultado es la alianza o comunión de hombre y mujer.

Por consiguiente la relación de Dios con los seres humanos ha de concebirse no como identidad ni como negación del otro, sino como una alianza sponsal.

La misma Biblia expresa la ruptura de la alianza bajo la figura de “adulterio” (cfr. Oseas, capítulos 1,2 y 3). Tal vez el sentido de estas metáforas

no siempre se ha entendido correctamente, y la interpretación no ha rebasado el nivel del pecado sexual, sin llegar a su sentido teológico profundo.

La adecuada relación de hombres y mujeres con Dios no ha de concebirse ni como una identificación de la criatura con Dios ni como una negación de la trascendencia divina. En la comunión de alianza, Dios seguirá siendo Dios, y la criatura seguirá siendo criatura. Esta comunión ha sido calificada a lo largo de la historia de la teología como “divinización”¹, expresión que no deja de ser ambigua y que debe ser precisada. El contenido de ese sustantivo no puede ser el que la criatura llegue a la identidad divina, sino de que hombres y mujeres entran en comunión con Dios conservando su condición creatural. Encontramos la frase petrina: “para que se hicieran partícipes de la naturaleza divina” (2 Pe 1,4). “¿Cómo entender esa participación? La participación no puede ser a nivel de la esencia divina, en ese caso seríamos los cristianos ‘Dios por naturaleza’, ni a nivel de las hipóstasis de la Trinidad, esto vale tan sólo para la encarnación con relación a la segunda persona de la Trinidad”² Las explicaciones pueden diferir pero salvando siempre la distancia entre lo increado y lo creatural.

Tanto el A. como el N.T. dejan a salvo esa diferencia esencial, pero encontramos en el evangelio de Mateo un texto que parece escrito especialmente para explicar el misterio de la comunión de la criatura con el Creador, respetando la diferencia esencial y personal entre Dios y los seres humanos. Es la perícopa de Mt 23, 8-10, que trataremos de comentar.

Análisis del texto

“Ustedes no se dejen llamar <Rabí>, porque uno sólo es su Maestro; y todos ustedes son hermanos. Ni llamen a nadie <Padre> sobre la tierra, porque uno es su Padre, el celestial. Ni tampoco se dejen llamar <Directores>, porque uno sólo es su Director: el Cristo” (Mt 23,8-10).

El texto griego destaca los diversos sectores en los que hay que mantener la diferencia:

1. No “Rabbí”. Un solo “Didáskalos”, MAESTRO.
2. No “patéra”. Un solo “Patèr”, PADRE.
3. No “kazegetai”. Un solo “kazegetès”, DIRIGENTE.

En contrapartida a los títulos divinos, sólo se menciona un nombre para los seres humanos: “adelfoi”, “hermanos”.

El comentario exegético informa: “Se rechazan tres títulos honoríficos característicos de los escribas: maestro (en arameo, rabbí), padre (en arameo ‘abbá) y doctor (en arameo, môreh). El título de <padre> no está bien atestiguado en la literatura judía, pero el texto no indica que fuera corriente. Se rechazan los títulos honoríficos, porque los discípulos son todos ellos hermanos; uno solo es el Padre, Dios, y uno solo el Maestro, el Mesías. Difícil sería encontrar en los evangelios un versículo que fuera tan claramente una amplificación eclesiástica como lo es éste. Se diría que este texto excluye todos los títulos honoríficos dentro de la comunidad de los discípulos, la tradición cristiana ha tomado este versículo en un sentido literal extremadamente restringido, pero incluso en esta interpretación restrictiva ha encontrado un hueco para introducir la moderna designación clerical de <padre>”.³

La coincidencia entre los exégetas es clara, y las divergencias son accidentales. “El término <padre> es aquí título honorífico, como era usual en el judaísmo para designar personas de mérito y prestigio, sobre todo maestros de la ley, que recibían de sus discípulos, sus <hijos>, el título de padre. En especial estaba reservado este nombre a los tres patriarcas de Israel: Abraham, Isaac y Jacob”.⁴ Ejemplos de esta designación de padre en el judaísmo podría ser el texto en que Eliseo llama a Elías “¡Padre mío, padre mío!” (2 R 2,12); y también 2 Re 6,21 y 13,14. Igualmente el himno a los padres (Eclo 44).

“Esta triple exhortación condena, en régimen cristiano, los títulos honoríficos de que tanto se jactaban los <maestros> entre los escribas y fariseos. El tercer término que se condena -<doctor> - es tal vez una alusión al Doctor de Justicia o Maestro de Justicia, de los esenios”.⁵

Una cuestión a determinar es saber si se trata de tres títulos diferentes, o simplemente de dos, siendo el tercero repetición del primero. Así, por ejemplo, Schmid comenta: “El v. 10 es, por su sentido, repetición del v.8, aun en el caso de suponer para el término de <maestro> una palabra aramea distinta de rabbí (v.8), y su formulación procede, en todo caso, del evangelista o de la tradición, ya que las palabras de <uno solo es vuestro maestro: Cristo> son difícilmente imaginables en los labios de Jesús mismo”.⁶

Es cierto que las palabras <un solo su maestro: el Cristo> seguramente no son del mismo Jesús, y vendría a ser un texto post-pascual. “El Cristo” con artículo es un título equivalente de divinidad. Pero eso no afecta al problema que nos ocupa: si son dos o tres títulos honoríficos los que se rechazan. Como ya hemos visto, las palabras griegas y arameas son distintas. En concreto en griego tenemos “didáskalos”, “Patèr” y “kazegetès”.

Esta última palabra viene del verbo “kazegéomai” con el significado de mostrar el camino, guiar, por eso me parece más exacto traducir por dirigente, o líder. Aunque no se excluye el aspecto docente, parece predominar un sentido práctico.

De ser así, tendríamos una alusión a los tres polos de la vida social: el de las necesidades materiales (aspecto económico) que cubriría el padre; el de las necesidades mentales (aspecto ideológico) que cubriría el maestro; y el de la necesidad organizativa (aspecto político) que cubriría el jefe o dirigente.

En realidad los tres aspectos no son compartimentos estancos, sino que en algún modo se implican mutuamente, y sobre todo en la antigüedad el padre venía a desarrollar no sólo lo generativo y alimenticio, sino también era el docente por antonomasia, y el jefe natural de la familia.

En el tiempo en que Mateo escribe su evangelio la sociedad había evolucionado lo suficiente para que estos diversos sectores mantuvieran sus diferencias específicas. Por eso no afecta tanto al texto el que fuese un dicho de Jesús o interpretación mateana de su pensamiento. Estamos en el genuino espíritu del mensaje evangélico y eso es lo que nos interesa hoy.

Mateo es el único evangelista que relata este logion, pero la fundamentación se encuentra en otros muchos pasajes de los sinópticos y también de Juan y de Pablo.

Por lo que se refiere al título de *maestro* abundan las referencias que corroboran la actitud de no considerarnos maestros.

“Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños” (Mt 11,25). “Dios, el único sabio” (Rm 16,27), aludiendo al Sirácida: “Sólo uno hay sabio, el que en su trono está sentado” (Si 1,8).

“Dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación. Así mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necesidad para los gentiles, mas para los llamados un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Co 1, 19-24).

Análogamente podemos encontrar el rechazo evangélico a los supuestos jefes o *dirigentes* de la sociedad:

“Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes” (Lc 1,52).”Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar bienhechores; nada de eso entre ustedes, sino que el mayor entre ustedes sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve” (Lc 22,25-26).

Nosotros vamos a limitarnos al título de “Padre” porque en algún modo incluye los otros aspectos, y en cierta manera es el que presenta la peculiaridad propia del mensaje evangélico. Bastaría recordar, como detalle significativo, la recompensa prometida por Jesús: “Nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda...”(Mc 10,29-30). Hay un paralelismo entre lo que se deja y lo que se recibe: dejas hermanos, hijos, madre, padre, y recibes el ciento por uno: hermanos, madres...pero no se dice que vayas a recibir padres.

Y cuando Jesús de 12 años se ha perdido, ante la queja de María: “Tu padre y yo te andábamos buscando” Jesús sólo reconoce al Padre del cielo: “¿No sabían que yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre?” (Lc 2,48-49).⁷ Igualmente podríamos encontrar una insinuación mística en el relato de la vocación de los cuatro primeros discípulos: Simón y Andrés son hermanos, Santiago y Juan son también hermanos. Para seguir a Jesús no hay que dejar necesariamente al hermano, pero sí al padre:”dejando la barca y a su padre, le siguieron” (Mt 4,22).

En conclusión, se nos recomienda no considerarnos Padres, ni Maestros, ni Dirigentes. Nuestras denominaciones serían simplemente “hermanos” (Mt 23,8), “discípulos” (Mt 5,1 y *passim*), “apóstoles” (Mt 10,2), “servidores” (Mt 20, 26-28), “testigos” (Hch 1,8).

Evolución de la palabra “Padre” en sentido eclesial

A pesar de las tajantes palabras del Evangelio, la designación de “Padre” se ha generalizado en la praxis eclesial. Advirtamos que el texto al que nos estamos refiriendo no prohíbe llamar “padre” al que nos engendró físicamente.⁸ sino atribuir a las criaturas ser principios de Gracia, en sentido teológico. Sólo Dios es Gracia increada, principio de vida eterna, Padre sobrenatural.

Los seres humanos no siempre alcanzamos el sentido profundo evangélico, y desde nuestra limitación, podemos asumir una práctica antievangélica, tal vez sin mayor malicia. Así lo reconoce el Vaticano II, cuando escribe: “En la génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes...con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios” (GS 19). “En la vida del pueblo de Dios se ha dado a veces un comportamiento menos conforme con el espíritu evangélico, e incluso contrario a él” (DH 12).

Nuestros pecados no invalidan la exigencia evangélica, que permanece en pie como una invitación permanente a la conversión.⁹

En la historia de la Iglesia encontramos actuaciones que no siempre concuerdan con el espíritu evangélico. En tales situaciones hay que optar por el evangelio y no por la práctica contraria. Ejemplo: Jesús en la parábola del trigo y la cizaña, pidió que no se arrancara la cizaña: “Dejen que ambos crezcan juntos hasta la siega” (Mt 13,30). Después Inocencio IV en 1252 publica la Bula “Ad extirpanda”, en la que claramente afirma que hay que extirpar la cizaña. Benedicto XIV, a propósito del movimiento de inculturación de Mateo Ricci en China, escribirá en la Bula “Ex quo singulari” (1742): “La Santa Sede tiene que atender sobre todo a que la cizaña no eche raíces en el campo del Señor y, si acaso las ha echado ya, arrancarlas cuanto antes”. El mismo Papa también abordó la cuestión de De Nobili en la India, con la Bula “Omnium sollicitudinem” (1744): “La solicitud apostólica de todos Nuestros predecesores ha sudado hasta el máximo para arrancar la cizaña de raíz en las iglesias nacidas en aquellos reinos”. A pesar de esos casos, nosotros seguimos manteniendo como norma la palabra del Evangelio.

Pero vengamos ya directamente al título de “Padre” atribuido a los sucesores de Pedro, a los Obispos y a los sacerdotes.

El título de Papa expresa afectuosa veneración y aparece en Occidente a comienzos del siglo III, y desde el siglo IV, el término, aplicado al Obispo de Roma, tiende a convertirse en título específico.¹⁰ Si bien se aplicó a otros Obispos, en el siglo IX los Papas se lo reservaron para sí.

Resulta edificante la actitud de Gregorio Magno (590-604) respondiendo al patriarca de Alejandría, que le saluda como “Obispo universal”:

“He aquí que en el encabezamiento de vuestra carta descubro ese <soberbio> título de papa universal rechazado por mí. Ruego a vuestra muy amada santidad que no haga esto en adelante, pues se os arrebataría a vos

aquello que exageradamente se atribuiría a otro. No es en las palabras donde yo deseo hallar mi grandeza, sino en mis costumbres; y no considero honor aquello que, bien lo sé, perjudicaría el honor de mis hermanos. Mi propio honor lo constituye el sólido vigor de mis hermanos. Lo que de veras me honra es que a nadie se le niegue el honor que le conviene. Pero si vuestra Santidad me trata a mí de papa universal, se rechaza a sí mismo aquello en lo cual me atribuí lo universal. Que no sea así. ¡Que desaparezcan las palabras que hinchan la vanidad e hieren la caridad!”¹¹

En esta misma línea destaca la designación “Siervo de los siervos de Dios” que el mismo Gregorio Magno asume en su pontificado.¹²

Las fuentes de esta fórmula se halla en San Agustín y San Benito. Es una admirable expresión de la jerarquía como servicio. Los Papas la han invocado gustosamente incluso en la época contemporánea.¹³

El contraste aparece más tarde con Gregorio VII (1073-1085). A él se deben los llamados “Dictatus Papae”. Escúchense algunas de sus afirmaciones: “El papa es el único hombre cuyos pies besan todos los príncipes” (9). “Su nombre es único en el mundo” (11). “Su sentencia no puede ser reformada por nadie, y sólo él puede reformar la de todos” (18). “No puede ser juzgado por nadie” (19).¹⁴

Se inaugura la ideología del poder absoluto del Papado, cuyo soporte ya no es la figura de Jesucristo pobre, humilde y débil, sino la de Dios, Señor omnipotente del cosmos y fuente única del poder.¹⁵ El Papa fue identificado con Cristo, designándosele cada vez menos como sucesor de Pedro y cada vez más como sucesor y vicario de Jesucristo. Se convirtió así en ‘el dulce Cristo en la Tierra’ según expresión de Santa catalina de Siena”¹⁶

Inocencio III privilegiará el título de Vicarius Christi sobre el de vicarius Petri, porque le permite fundar una autoridad más radical y amplia. Inocencio IV llegará a decir vicarius Dei, lo que le permitirá extender su autoridad más allá de los fieles. Decir, como Bonifacio VIII: “Una sola cabeza, esto es, Cristo y el vicario de Cristo Pedro y el sucesor de Pedro” (DS 872) es exorbitante. Muchos piensan hoy que el título vicarius Christi... debe ser evitado.¹⁷

De esta inflación de títulos en favor del Obispo de Roma, olvidando su condición, no de Padre, sino de hermano (Mt 23,9), se ha llegado a verdaderas exageraciones. Comenta Ratzinger: “Baste recordar el texto en parte monstruoso de fines del siglo XVII que los jesuitas proponían a los protestantes húngaros como ‘confesión de fe’ al pasar a la iglesia católica. El n° 5 decía:

“Confesamos que el santísimo papa debe ser honrado por todos con el honor debido a Dios y la genuflexión mayor debida a Cristo”. Y el n° 11: “Confesamos que el papa romano tiene potestad para cambiar la Escritura y aumentarla o recortarla según su voluntad”.¹⁸

La Comisión Teológica Internacional, en su sesión de octubre de 1970, recomendó -casi por unanimidad- que se eviten ciertos títulos susceptibles de ser mal entendidos, como *Caput Ecclesiae*, *Vicarius Christi*, *Summus Pontifex*, pero sigue recomendando el título de Papa.¹⁹

Hacia el final del Concilio Vaticano II, un grupo de Obispos decidieron redactar un texto de claro compromiso como “Iglesia de los pobres e Iglesia pobre”. Más de un centenar de Obispos se adhirió al texto que, por otra parte, no es un documento conciliar. Revela, no obstante, un espíritu. Son 13 puntos. El 5° dice textualmente: “Rehusamos ser llamados de palabra o por escrito con títulos o nombres que signifiquen grandeza o poder (eminencia, excelencia, monseñor). Preferimos que se nos llame con el nombre evangélico de “Padre” (?) (texto fotocopiado).

Con lo que se demuestra lo difícil que es superar una costumbre de siglos. No vamos a hacer una batalla por cuestión de nombres, pero no hay duda de que si todos me llaman hermano, la idea irá calando paulatinamente en mi conciencia, y me veré libre de los aires de superioridad que evoca la palabra “Padre”. El epíteto ha generado una conciencia de clase, de élite, y eso es lo que habría que eliminar, pero por supuesto las palabras tienen siempre sus asonancias que pueden resultar peligrosas. Hasta en la humildad podemos encontrar motivo de orgullo, como el que decía: “A mí en humildad no me gana nadie”.

Cuando Vittorio Messori preguntaba a Juan Pablo II si el título de Papa y de Vicario de Cristo no era un escándalo, Juan Pablo II respondió: “No hay que tener miedo cuando la gente te llama Vicario de Cristo, cuando te dicen santo Padre o Su Santidad o emplean otras expresiones semejantes a éstas, que parecen incluso contrarias al Evangelio, porque el mismo Cristo afirmó: ‘A nadie llaméis Padre... porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo.. Pero estas expresiones surgieron al comienzo de una larga tradición, entraron en el lenguaje común, y tampoco hay que tenerles miedo’”.²⁰

Yo sé que la gente emplea esos términos con una carga afectiva, que es de agradecer. Pero tengo miedo de mí, de la vanidad que me puede ocasionar, de la soberbia a la que estoy expuesto, y me sentiría feliz si todos me llamaran

“hermano”. Uno no es mejor ni peor porque le llamen “Padre” o “hermano”, pero hasta el mismo nombre de “cristiano” puede sonar a presunción. Recuerdo haber oído a Lanza del Vasto decir a un periodista que le preguntaba si era cristiano: “No lo soy, intento serlo”. Juan Pablo II cita a San Gregorio Magno quien, de entre todos los títulos prefería el de “Siervo de los siervos de Dios” y luego repite a San Agustín: “Vobis sum episcopus, vobiscum Christianus”: Si se considera esto adecuadamente, significa mucho más christianus que episcopus, aunque se trate del Obispo de Roma”.²¹

La historia carga con el uso honorífico de “Padre” pero siempre junto a esos títulos debieran resonar como un eco las palabras de Jesús: “No se dejen llamar Padre”.

En la Patrología calificamos de “Santos Padres” a quienes se les puede aplicar los criterios de santidad de vida, doctrina ortodoxa, aprobación de la Iglesia y antigüedad.²² Afortunadamente el título de Padre, lo mismo que el de santidad, se atribuye después de la muerte, para que no les afecte a los interesados el morbo de la vanidad.

Y hasta a un Francisco de Asís que tanto luchó por eliminar la designación de “Padre”, le estamos ahora castigando cuando todos los días le invocamos: “Padre nuestro San Francisco”. Que él nos perdone nuestra incoherencia.

Termino lamentando la supresión, en el ritual de la coronación (?) del Obispo de Roma, de aquel gesto con el que alguien quemaba un poco de estopa mientras decía: “Sic transit gloria mundi”. Una bella paráfrasis de no dejarse llamar “Padre”.

Consecuencias pastorales

La Iglesia ha experimentado en sí misma las consecuencias de todos esos títulos honoríficos y que deberíamos haber reservado sólo para el Padre que está en el cielo. No es algo indiferente o neutral el epíteto que damos a los demás. Someramente indicaré algunas consecuencias.

a) Olvido de nuestra condición humana

Ya antes de la existencia humana, se habla de la rebelión de los ángeles: “Dios no perdonó a los Angeles que pecaron, sino que, precipitándolos en los abismos tenebrosos del Tártaro, los entregó para ser custodiados hasta el juicio” (2 Pe 2,4). “A los ángeles, que no mantuvieron su

dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene guardados con ligaduras eternas bajo tinieblas para el juicio del gran Día” (Jud 6).

Los seres humanos estamos más propensos al ensobrecimiento. “Entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos” (Ap 12,7-8).

El nombre de “Miguel” (¿Quién como Dios?) es una advertencia para todos los que intenten la igualdad con Dios. Las criaturas no debemos olvidar nuestra condición creatural. Es el riesgo de la idolatría, usurpar el puesto de Dios.

Cuando Cornelio quiere postrarse a los pies de Pedro, éste le advierte: “Levántate, que también yo soy un hombre” (Hch 10,26). De Herodes el pueblo decía: “¡Es un Dios el que habla, no un hombre! Pero inmediatamente le hirió el ángel del Señor” (Hch 12,22-23).

Pablo y Bernabé curan a un tullido. La gente los cree dioses y pretenden ofrecerles unos toros en sacrificio. Pablo se horroriza: “¿Qué están haciendo? Nosotros somos también hombres, de igual condición que ustedes” (Hch 14,15).

En la visión del Apocalipsis, Juan quiere postrarse a los pies del ángel para adorarle, pero él le dice: “No, cuidado; yo soy un siervo como tú y como tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús. A Dios tienes que adorar” (Ap 19, 10).

Hay un nuevo intento de adorar al ángel, y la reacción del ángel es idéntica: “No, cuidado; yo soy un siervo como tú y tus hermanos los profetas y los que guardan las palabras de este libro. A Dios tienes que adorar” (Ap 22,9).

Pedro y Pablo, los fundadores de la iglesia de Roma, insisten en reconocer su condición humana, frente a quienes los halagan como divinos. San Gregorio Magno exclama: “¡Que desaparezcan las palabras que hinchan la vanidad e hieren la caridad!”. Los ángeles advierten al autor de la Apocalipsis: “Cuidado, soy un siervo como tú y como tus hermanos”.

Jesucristo vence las tentaciones del demonio que le ofrecía todos los reinos del mundo y su gloria, con una postura enérgica: “Al Señor tu Dios adorarás y sólo a él darás culto” (Mt 4,10). El Verbo de Dios “siendo de condición divina, no retuvo ávidamente ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y

apareciendo en su porte como hombre, y se humilló a sí mismo” (Fil 2, 6-8). Es la afirmación radical del prólogo de Juan: “El Verbo se hizo hombre y puso su tienda entre nosotros” (Jn 1,14). Sólo entonces es cuando podemos contemplar su gloria (Jn 1,14).

Como actitud básica y en seguimiento de Jesús de Nazaret, debiera quedar siempre patente nuestra condición humana.²³

b) Olvido de la fraternidad

Es otra consecuencia a donde nos lleva la utilización indiscriminada del título de Padre. Porque desde esa denominación sólo caben las relaciones paterno-filiales, no las relaciones fraternas, que son esenciales en la vida evangélica: “Todos ustedes son hermanos” (Mt 23,8).

La fraternidad hemos de verla como don y como tarea. Es don en cuanto que todos somos hijos de un mismo y único Padre. Es tarea como desafío y compromiso a establecer nuestras relaciones interpersonales en clave de hermanos. Teniendo un solo Padre, seremos en verdad todos hermanos. La tarea implica el reconocimiento de los mismos enemigos como hermanos: “Amen a sus enemigos para que sean hijos de su Padre que está en los cielos y hace brillar el sol sobre malos y buenos y caer la lluvia sobre justos y pecadores” (Mt 5, 44-45).

El amor a Dios sólo es posible desde la fraternidad: “Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, *no puede* amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4,20). Comenta San Agustín: “Ama a tu hermano y quédate tranquilo. No podrás decir: ‘Amo a mi hermano, pero no amo a Dios’. Mientes, tanto si dices que amas a Dios y no amas a tu hermano, como si dices que amas a tu hermano y pretendes no amar a Dios”.²⁴

El Concilio Vaticano II reconoce la importancia de esta tendencia hacia la fraternidad: “Jesús nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. Así, pues, a los que creen en la caridad divina les da la certeza de que abrir a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad no son cosas inútiles” (GS 38).

Juan Pablo II escribe en una de sus encíclicas: “Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son explícitos en afirmar que sin el amor al prójimo, que se concreta en la observancia de los mandamientos, no es posible el auténtico

amor a Dios...El evangelista se hace eco de la predicación moral de Cristo, expresada de modo admirable e inequívoco en la parábola del buen samaritano (Lc 10, 30-37) y en el discurso sobre el juicio final (Mt 25, 31-46).²⁵

Todos estos títulos honoríficos han opacado la importancia de la vida fraterna, y han hecho recaer a la Iglesia en un clericalismo excesivo. El protagonismo del laicado es una necesidad reconocida en el documento de Santo Domingo: "Que todos los laicos sean protagonistas de la Nueva Evangelización, la Promoción Humana y la Cultura Cristiana. Es necesaria la constante promoción del laicado, libre de todo clericalismo y sin reducción a lo intra-ecclesial" (n. 97). "Una línea prioritaria de nuestra pastoral ha de ser la de una Iglesia en la que los fieles cristianos laicos sean protagonistas" (n. 103).

En esta perspectiva adquieren relieve las congregaciones laicales, que tienen en sí un mensaje profundamente evangélico.²⁶

La solución no está en conceder migajas a los seculares, con el peligro de que éstos se clericalicen, como avisa Santo Domingo: "La persistencia de cierta mentalidad clerical en numerosos agentes de pastoral, clérigos e incluso laicos (cf. DP 784), la dedicación de muchos laicos de manera preferente a tareas intra-ecclesiales y una deficiente formación les privan de dar respuestas eficaces a los desafíos actuales de la sociedad (n. 96).²⁷

c) Menosprecio de lo femenino

Van quedando atrás los años oscuros en que la mujer era considerada y tratada sólo como un objeto: no era imagen de Dios, era propiedad del varón, relegada al hogar y con la única tarea de engendrar y cuidar hijos. Se acudía a la frase paulina: "No permito que la mujer enseñe ni domine al hombre" (1 Tm 2,12).

La evolución de la cultura y de nuestras sociedades ha llevado a superar esta concepción despersonalizante de la mujer. En el mundo de hoy la mujer ha llegado a equipararse al hombre y ocupa los mismos cargos que el varón: desde jefes de gobierno hasta el desempeño de todas las profesiones más brillantes: médicos, abogados, ingenieros, etc...

En la teología se va descubriendo cada vez más la importancia de la mujer, con todos los derechos y deberes de la persona humana. La bibliografía es abundante.²⁸

No podemos menos de citar, como un esfuerzo de reivindicación de la

mujer por la Jerarquía, la carta apostólica “Mulieris dignitatem” de Juan Pablo II en 1988. No obstante se mantiene la negativa a la ordenación de mujeres.²⁹

Los signos de los tiempos nos hacen abrigar la esperanza de que la dignidad de la mujer como persona, reconocida tanto en el mundo como en la Iglesia, aportará nuevos aires de libertad y de amor en la espiritualidad cristiana. Ya en algún modo es una gozosa realidad que podemos testimoniar, como fruto del Espíritu y colaboración de todas las mujeres de buena voluntad.

Dice un autor moderno: “En la carta apostólica Tertio milenio adveniente, Juan Pablo II insiste en la necesidad de una primera fase de purificación que se mostraría por la petición de perdón por “errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes”. Entre ellas se citan textualmente los pecados contra la unidad cristiana, los métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio a la verdad, la indiferencia religiosa, la rectitud teológica de fe, la falta de discernimiento, la recepción del Vaticano II y otros menores. Hubiera sido quizás muy conveniente que nuestra Iglesia pidiera perdón al mundo, especialmente al mundo femenino, por su actitud secular tan discriminatoria, muy en contra del ejemplo del Señor Jesús”.³⁰

Es elemental que en este tema demos la palabra a la mujer. Y una de ellas nos dice: “La perspectiva de género requiere ser conjugada con una perspectiva que algunos y algunas llaman <de clase>, aunque yo prefiero denominarla simplemente como una perspectiva revolucionaria. Un feminismo consecuente debe bregar por una auténtica revolución...Será seguramente una revolución nacida desde el fuego del hogar, desde los dolores del parto, desde la noche pasada en vela en espera de nuestros hijos, desde la sensibilidad aún no suficientemente desplegada de nuestras hermanas, desde el coraje y la rebelión para enfrentar la vida y la muerte, desde la dignidad que encierra un señuelo blanco, desde la memoria que guardan nuestras abuelas. Será, pues, más completa y más humana. No será realizada, claro, solamente por mujeres, pero tampoco podrá ser pensada, nunca más, sin nosotras”.³¹

La Iglesia tiene que recuperar el estilo de Jesús, admitiendo a las mujeres como discípulas (Lc 8, 1-3), dándoles lugar preferente al pie de la cruz cuando los apóstoles habían huído (Lc 23,55-56) y escogiéndolas como las primeras testigos de su resurrección (Lc 24,1-10). Pero los varones, desde su autosuficiencia “no les creían” (Lc 24,11). Una Iglesia clericalizada y masculina sigue sin creer a las mujeres, a pesar de que su participación en la vida eclesial sigue siendo mayoritaria. Es una actitud antievangélica de la que tenemos que arrepentirnos, pedir perdón y hacer que las cosas cambien.

¿Padrinos o hermanos?

Este es el título de un artículo de Francisco Javier Arellano, publicado en el Boletín de Manos Unidas. El contenido aborda la práctica de apadrinar a un niño del Tercer Mundo, con lo que muchos se sienten tranquilos porque consideran satisfecha la obligación de ser solidarios con los pobres. Sin menospreciar esta ayuda, el autor evoca la imagen feudal en que los señores tenían que ser magnánimos y velar por un mínimo bienestar para sus siervos; los plebeyos debían servir fielmente a sus señores y agradecer aquello que les era dado graciosamente. El autor cree que en el apadrinamiento subsisten algunos elementos de esa lógica feudal por la que los señores se debían comportar como padres con aquellos que les eran confiados. Desaparece la horizontalidad de la fraternidad para instaurar la verticalidad de la paternidad.

Para que la situación de las 2/3 partes de la humanidad mejore, no basta con apadrinar, sino que hemos de transformar y organizar la convivencia a nivel económico y político. Frente a esto, el esquema del apadrinamiento tiende a singularizar los problemas y a privatizarlos convirtiéndolos en un nuevo artículo de consumo, difuminando el transfondo de causas y relaciones que está detrás y que explica su situación. Recurrimos a lo fácil: damos una cantidad monetaria y solucionamos la vida de un niño. Pero no se nos pide que cambiemos nada fundamental en nuestra vida.

La conclusión del artículo es desenmascarar esta trampa que yace bajo la supuesta paternidad putativa. “Frente a estas paternidades tan baratas y tan poco exigentes es tiempo de reivindicar una auténtica fraternidad”.³²

No he querido poner el acento en las palabras (Padre, Maestro, Dirigente) sino en el espíritu de las mismas. La relación de los hombres y mujeres con Dios es la de ser todos hijos del único Padre; y la relación entre nosotros es la de ser todos hermanos (Mt 23,8), llamémosnos como nos llamemos. Si en el fondo de mi conciencia, yo no me considero hermano, sino en un nivel superior, estoy en una actitud antievangélica. Si yo digo, como el fariseo de marras: “No soy como los demás” (Lc 18,11) estoy reincidiendo en lo que Jesús repudió.

La denominación de Dios como Padre único es una invitación formal a reconocer la fraternidad universal. Y uno llega a temer que la multiplicación de paternidades honoríficas pueda hacernos olvidar lo más esencial de la Buena Nueva: que somos hermanos en Cristo e hijos del Padre que está en los cielos.

NOTA

1. Véase, por ejemplo, CAPEDEVILA i MONTANER V.M., *Liberación y divinización del hombre*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1984 y 1994 (2 volúmenes).

2. Miguel M^a GARIJO GUEMBE Miguel M., “Palamismo”, en PIKAZA-SILANES (dir.) *El Dios Cristiano*. Diccionario Teológico, Secretariado Trinitario, Salamanca 1992; pág. 1036.

3. MCKENZIE John L., “Evangelio según San Mateo” en *Comentario bíblico <San Jerónimo>*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1972. Tomo III, pág. 264.

4. SCHMID Josef, *El Evangelio según San Mateo*, Herder, Barcelona 1967, pp. 463-464.

5. TROADEC Henry, *Comentario a los Evangelios sinópticos*, Ed. Fax, Madrid 1972, pág. 152.

6. SCHMID Josef, *o.c.*, pág. 464.

7. El Evangelio rechaza el título de Padre reservándolo sólo para Dios. No rechaza en cambio el título de madre (Mc 3,35). Pero si el título de Madre es simplemente la traducción en femenino del título de Padre, creo que también deberíamos rechazarlo por las mismas razones aducidas por Jesús.

8. Como anécdota, citemos un recuadro sin firma aparecido en el periódico *La Religión* (9 Octubre de 1998, pág.3): “Jesús no prohíbe el uso de la palabra “padre”, ni “maestro”, ni “rabino”. De ser así metería a la mitad de los autores bíblicos en problemas serios. El término “padre” se usa cantidad de veces: Jesús mismo cuando cuenta la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11) o cuando dice a los suyos que hay que dejarlo todo, hasta “padre y madre” para seguirle a él (Lc 14,26). San Pablo emplea los términos “padre”, “maestro” y “rabino” frecuentemente para referirse a personas concretas”.

Es obvio que Jesús no intenta suprimir del diccionario esas palabras, y que las podemos utilizar en su sentido corriente señalando al que ejerce de maestro de escuela, o al rabino, o al padre de familia. La intención es darles a esas palabras un sentido espiritual-honorífico, que entrarían en conflicto con la exclusividad que Dios se reserva para sí.

9. En la misma nota del periódico *La Religión*, ahora entrando más en la temática, presenta el ejemplo de Pablo: “Pablo también utiliza la palabra “padre” en referencia a sí mismo, ¡y nunca tuvo hijos! En 1 Co 4,15 dice:

“Aunque tuvieran diez mil maestros que les hablasen de Cristo, no tendrían más padres, pues yo los he engendrado en Cristo Jesús por medio del evangelio”. Porque fue quien predicó el evangelio a los corintios y les enseñó cómo vivir como cristianos, Pablo se considera el “padre” espiritual de ellos”.

De incoherencias prácticas nadie está libre. Antes en la misma carta Pablo relativiza mucho su papel “paterno” cuando escribe: “¿Por ventura fue Pablo crucificado por ustedes? ¿O en nombre de Pablo fueron bautizados?” (1 Cor 1,13).

No ya en sentido paterno, sino materno, escribe en otra parte: “Hijitos míos, por quienes siento de nuevo dolores de parto, hasta que se forme Cristo en ustedes” (Gál 4,19).

De que en la existencia cotidiana nos llamemos “padres”, no podemos concluir que sea falsa la exigencia de tender a evitar esa denominación.

10. CONGAR Y., “Títulos dados al Papa”, en *Concilium* (1975)194-195.

11. Citado por TILLARD Jean-M^a René, *El Obispo de Roma. Estudio sobre el papado*, Sal Terrae, Santander 1986, pp. 75-76.

12. FUHRMANN H., “Modificaciones teóricas y prácticas en el Primado Romano. Desde la alta Edad Media a la reforma gregoriana (siglos VI-XII)”, en *Concilium* (1971) 49.

13. CONGAR Y., *art. cit.*, pp. 198-199.

14. TILLARD J.M.R., *ob. cit.*, pág. 77.

15. BOFF L., *Iglesia, carisma y poder*, Sal Terrae, Santander 1982, pág. 99.

16. LAURENTIN R., “El fundamento de Pedro en la incertidumbre actual”, en *Concilium* (1973) 424-438.

17. CONGAR Y., “Títulos dados al Papa”, *Concilium* (1975)201-203.

18. RATZINGER J., *El nuevo pueblo de Dios*, Barcelona 1972, p. 158.

19. CONGAR Y., *art. cit.*, pág. 206.

20. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Mondadori, Roma 1994, cap. 1.

21. JUAN PABLO II, *o.c.*, final del capítulo 1.

22. OLIVAR Alejandro, “Patrística”, en FLORISTAN-TAMAYO, *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, Madrid 1993, pág.958.

23. BAZARRA Carlos, "Una propuesta humana", en *ITER* (1998) 36-58.
24. S. AGUSTIN, *Comentario a la primera carta de Juan*, IX, 10, Tomo XVIII, BAC, Madrid, pp. 342-343.
25. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, n.14.
26. MAYMI Pascual, "¿Por qué hermanos y no Padres?", en *IFEAL* (1996) 160-168.
27. BAZARRA Carlos, "Crisis de pueblo", en *ITER* (1997) 81-104.
28. A título de ejemplo: GEBARA Ivone, "Presencia de lo femenino en el pensamiento cristiano latinoamericano", en COMBLIN José - GONZALEZ FAUS José-SOBRINO Jon (Editores), *Cambio social y pensamiento cristiano en A.L.*, Trotta, Madrid 1993, pp. 199-213. BAZARRA Carlos, "Lo teologal femenino" en *Cuadernos Franciscanos* (1993) 101-107.
29. JUAN PABLO II: "De sacerdotali ordinatione viris tantum reservanda" 1994.
30. ALCALA Manuel, *Mujer, Iglesia, sacerdocio*, Ediciones Mensajero, Bilbao 1995, pág. 427.
31. KOROL Claudia, "Feminismo, educación popular y revolución", en *Agenda latinoamericana* 1998, pág. 137.
32. ARELLANO YANGUAS Francisco Javier, "¿Padrinos o hermanos?", en *Boletín de Manos Unidas*, n° 132 (1998) 30-31.

COLECCION "CUADERNOS BIBLICOS"

- Por medio de los Profetas (Silvestre Pongutá)
- Para que seáis mis testigos (Silvestre Pongutá)
- El es imagen de Dios invisible (Silvestre Pongutá)
- El Evangelio de Dios (Silvestre Pongutá)
- La hora de la fe (Is 1-9,6) (Silvestre Pongutá)
- El clamor de un pueblo (Silvestre Pongutá)
- El Evangelio según San Juan (Silvestre Pongutá)
- Escritos Sapienciales (Silvestre Pongutá)

COLECCION "FOLLETOS BIBLICOS"

- Un pueblo, un libro (Conrado Pastore)
- La Biblia en la catequesis (Conrado Pastore)
- La Resurrección de Jesús (Juan José Bartolomé)
- Panorama bíblico (J.J. Bartolomé - P. Chávez)
- Jesús en los Evangelios (C. Pastore - J.P. Wyssenbach)
- Cristo en el Nuevo Testamento (Pastore - Wyssenbach)
- El Espíritu Santo en la Biblia (Pastore - Wyssenbach)
- La vida en la Biblia (C. Pastore - J.P. Wyssenbach)
- La familia en la Biblia (C. Pastore - J.P. Wyssenbach)
- Aproximación a la Biblia (C. Pastore - J.P. Wyssenbach)
- La Biblia y los jóvenes (C. Pastore - J.P. Wyssenbach)
- La comunidad creyente (C. Pastore - J.P. Wyssenbach)
- Las Parábolas de Jesús (Mario Galizzi)

ABS

Asociación Bíblica Salesiana

Apartado 70096

Caracas 1071-A (Venezuela)

“MI PADRE, QUE ES EL PADRE DE USTEDES, MI DIOS QUE ES SU DIOS” (Jn 20,17)

Pedro Trigo, sj

Lo que sigue son apenas unas reflexiones preliminares sobre un tema inabarcable y entrañable, puesto sobre el tapete venturosamente por el papa Juan Pablo II.

I EL PADRE DE JESUS Y EL PATRIARCA DE LOS PATRIARCAS: UN DESLINDE IMPOSTERGABLE

Para hablar sobre Dios como Padre me parece sano comenzar subrayando el carácter fuertemente proyectivo que tienen la religión y la teología, y asentando por tanto que para decir algo realmente significativo es preciso comenzar decantándolo de lo que es mera expresión cultural proyectada a lo absoluto.

El patriarcalismo en la Biblia y en la historia del cristianismo

Toda la Biblia y prácticamente toda la historia de la Iglesia se han plasmado dentro de culturas patriarcales. Esto es tan evidente que no es necesario demostrarlo. Baste repasar algunos hitos significativos para recordarlo. En el relato yahvista de la creación del ser humano Dios moldea primero al varón, y a la mujer la trabaja a partir del varón (Gn 2,7.18.21-23). La señal de la alianza con Abraham, la circuncisión, que pasará a convertirse

en la contraseña del judaísmo, expresa la orientación restrictiva de la alianza (Gn 17,10-14; Ex 12,44; Lv 12,3; Jos 5,1-8). Por eso en la formulación de la ley de la alianza el destinatario expreso y directo es el varón (Ex 20,17; Lv 19,20.27.29; Dt 5,21). La bendición de la mujer no tiene que ver con su persona sino con el hecho de engendrar hijos varones; así aparece ya desde Sara (Gn 17,16) y aun antes en Eva, que al dar a luz pasa de ser sierva de su esposo a madre de su hijo (Gn 4,1). Es significativo que sólo aparezca engendrando hijos varones (Gn 4,2.25). De Adán se dice que tuvo hijos e hijas como expresión de su condición de patriarca (Gn 5,4).

Todavía Pablo, haciéndose eco del judaísmo de su época, insiste para argumentar el privilegio del varón en las asambleas, que el varón es imagen de Dios en tanto la mujer lo es del varón, y que la mujer fue creada para el varón y no al contrario (1 Cor 11,3.7-10;14,34-35; 1 Tim 2,11-15). De ahí concluye también la sumisión de la mujer al marido en el matrimonio (Ef 5,22-24; Col 3,18). La misma correlación de los sexos aparece en la primera de Pedro (3,1-7).

Es el mismo modo de argumentar que esgrime León XIII a fines del siglo XIX: “La potestad del paterfamilias tiene expresa cierta efigie y forma de la autoridad que hay en Dios, de quien trae su nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra” (*Diuturnum illud* 7). Por eso “la autoridad del marido se ajusta como a dechado con la de Dios” (*Inmortale Dei* 15). Ese mismo modo de razonar lo aplica a la autoridades políticas. De ahí deduce que su modo de gobernar no debe ser despótico sino “en cierta manera paternal, porque el orden justísimo que Dios tiene sobre los hombres está también unido con su bondad de Padre” (*Inmortale Dei* 2). Por eso los súbditos deberán obedecerlos “a la manera que un hijo piadoso se goza en honrar y obedecer a sus padres” (id).

Concebir a Dios como el Patriarca de los patriarcas, como el Patriarca absoluto es una manera de hacerse ídolos y de idolatrar. La operación consistiría en entender a Dios, a partir de esta jerarquía terrestre, como el Patriarca divino, y relacionarse con él extrapolando el modo de relacionarse con los patriarcas en las respectivas culturas. El efecto de este tipo de religión es la sacralización de la estructura patriarcal, ya que los patriarcas son imágenes y representantes del Patriarca. Claro está que en este esquema se pide a los patriarcas que imiten a su modelo celestial; pero en último término lo que imitan así es a su propio ideal sublimado; y además sólo Dios (el superego cultural de los patriarcas) es el juez de sus actuaciones.

Crisis del patriarcalismo y cambio de paradigma respecto de Dios

Que esto ha ocurrido así es evidente. La prueba más clara de este carácter proyectivo de la relación con Dios es cómo ha cambiado la imagen del Padre y el modo canónico de relacionarse con él al cambiar, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, la representación social del padre en la dirección de una acelerada despatriarcalización.

El temor reverencial y la sumisión eran las expresiones más características de la relación que se postulaba con el Padre Dios porque la honra y la obediencia era lo culturalmente debido a los padres. Actualmente en el occidente desarrollado y su zona de influencia la relación con los padres está en proceso drástico de desjerarquización. Para las generaciones más jóvenes la obediencia o no existe o a lo más ocupa un lugar provisional y secundario en las relaciones con sus padres, y prácticamente los jóvenes no distinguen ya a este respecto entre padre y madre. Ahora lo postulado como relación ideal se centra en el apoyo total dentro de un respeto absoluto por parte de los padres, y en la confianza básica y el tono confianzudo de parte de los hijos. Más aún, en no pocos lugares la relación entre padres e hijos se va relativizando cada vez más; no es ya la relación más densa y permanente sino que ocupa un lugar más secundario. La consecuencia en la relación con Dios es que en el imaginario actual va ganado terreno la dimensión de confianza mientras que se diluyen hasta prácticamente desaparecer las connotaciones en torno al temor y al castigo. Tanto es así que incluso la actitud tan básica de adoración no es fácilmente validable, lo que es perceptible hasta en la postura en la que se está en su presencia: la genuflexión y el permanecer de rodillas, o han caído en desuso o se practican de un modo absolutamente convencional.

La consecuencia más drástica de este proceso cultural es que la palabra padre no contiene ya para muchos un prestigio especial y por eso dice poco cuando se la aplica a Dios. Si Dios sigue entendiéndose como lo más cualitativo y motivador que se pueda concebir, no parece que la calificación de Padre sea apropiada para designarlo. Esta percepción se refleja en los nuevos movimientos religiosos, que conciben a Dios en la onda del dinamismo creador, de la energía de vida, de la fuerza que conjuntamente diferencia y mantiene en comunión, de la libertad que libera y construye... denominaciones que en la teología cristiana denotan al Espíritu. También numerosos escritos de espiritualidad y ensayos teológicos, que intentan responder y evangelizar a la sensibilidad actual, se mueven en torno a estos parámetros y tratan de explorar estos horizontes.

Radicalizando este cambio de paradigma o por mejor decir extremándolo hasta caricaturizarlo, se viene escribiendo desde hace algún tiempo sobre el carácter forzosamente represivo del monoteísmo, que debe ceder a los vientos liberadores del politeísmo. El monarca divino sería el Patriarca celeste que da vida a todo, pero que también lo mediatiza, lo subordina y en fondo lo vacía al crearlo para sí, mientras que el politeísmo permitiría y estimularía un número inagotable de posibilidades humanas.

Tenemos que reconocer, sin embargo, que esta caricaturización conceptual ha sido, si no provocada sí al menos sugerida y propiciada por la caricaturización real de la imagen de Dios. Aun imbuida de patriarcalismo, siempre la Iglesia (las Iglesias cristianas) ha presentado a Dios con rasgos trascendentes y liberadores. Ha habido épocas en las que cristianos bien significativos se han relacionado en espíritu y en verdad con el Dios que se revela, corrigiendo así en la práctica actitudes que nacen de proyectar al cielo la jerarquía terrestre. De un modo o de otro, más o menos, siempre ha sido la Iglesia sacramento del misterio divino. Pero tenemos que reconocer igualmente que no pocos cristianos se han relacionado con un mero ídolo, que por eso no ha dado vida sino esclavitud y pesadumbre; y esto ha ocurrido a veces de manera consuetudinaria e institucionalizada, conformando ambientes que más han velado que revelado el rostro auténtico de Dios.

Propuestas para superar la deformación patriarcal respecto de Dios

Hay quienes piensan que no hay otro modo de contribuir a poner fin al ciclo patriarcal desde el cristianismo que poner en cuarentena el nombre de Padre para referirse a Dios o incluso abandonarlo para siempre. Otros van en la dirección de balancearlo con la denominación complementaria de Madre. Los primeros parten del supuesto de que el patriarcalismo es irredimible. Pienso que en el fondo, aunque no quieran llegar a esa conclusión, darían la razón a quienes postulan el fin del monoteísmo, de raíz netamente patriarcal. Los segundos rechazarían tan sólo su carácter unilateral; y por eso piensan que es posible seguir utilizándolo, enriqueciéndolo con los armónicos en torno al arquetipo de Madre.

Yo creo que esta postura es válida, pero le falta trascendencia. En el fondo, sin rehuir los aportes de los arquetipos de Padre y Madre, habría que avanzar más bien en la dirección de trascendentalizar la expresión Padre, deslastrándola de cualquier referencia al sexo, al poder social del varón y a la violencia que conlleva su dominio, y comprendiéndola en el sentido genérico

de engendrador de vida semejante a la suya, una acepción que conviene tanto al padre como a la madre, pero que supera esa diferencia al perder la relación al sexo. De todos modos habría que tener cuidado de no introducir subrepticamente connotaciones que repongan a modo de resonancias lo expresamente negado, es decir que tengan que ver de una manera restringida con características exclusivas de varones o que presupongan la figura del varón.

Habría que evitar también que la trascendentalización equivalga a mera abstracción, ya que entonces la figura resultante, a causa de su carácter vaporoso, no sería soporte suficientemente denso de una relación, de una entrega, de una religación. En definitiva la pregunta es si la trascendentalización es una mera operación constructiva o es una salvaguarda para expresar puramente lo revelado, lo recibido.

Principios para una propuesta superadora: encarnación, analogía, narración

Claro está que la intención de fondo es atenerse a lo recibido. El problema estriba en que la revelación cristiana está toda ella en lenguaje humano porque acontece como encarnación, como humanización. Y en Jesús Dios se nos da humanamente. El que la humanidad de Jesús sea la del Hijo de Dios no puede ser entendido como una composición, al modo del centauro. Sabemos que Jesús es Hijo de Dios porque una humanidad tan plena y cabal como la suya es realmente trascendente: sólo puede ser la del Hijo de Dios.

Así pues la revelación de Dios que acontece en Jesús acontece humanamente. Eso no significa que los conceptos claves que utiliza Jesús haya que entenderlos meramente como se entendían en su entorno y aplicarlos a Dios. Pero tampoco que sean conceptos equívocos. En ninguno de los dos casos se daría revelación: en el primero Dios habría sido inmanentizado; en el segundo no se habría revelado.

Al referir a Dios la palabra Padre estamos connotando siempre a una determinada figura, tanto la del padre concreto del que habla como la del arquetipo de su cultura; también expresamos una noción, bastante marcada por cada cultura, pero en cierto modo transcultural; y más en el fondo nombramos un símbolo. De todos modos al referirlo a Dios, el uso es analógico: Dios es un Padre, pero no sólo sin los defectos de los padres que conocemos y potenciando al máximo todas sus potencialidades sino entendiendo que estas

características se dan en él de una manera completamente distinta a como se dan en los padres terrenos; pero de tal modo que no conocemos en verdad lo que es ser padre sino cuando él se nos da a conocer como tal. Así los padres (padres y madres) lo serían en verdad en tanto asuman ese talante del Padre divino. Pero como Dios es Padre de un modo radicalmente distinto a como lo son los padres y madres humanos, no sólo ellos sino todos los seres humanos estamos llamados a ser como el Padre, sin que nadie en concreto lo represente frente a los demás. De este modo si Dios es Padre, nadie en la tierra lo es propiamente hablando. Confesar a Dios como Padre entraña el compromiso de superar el patriarcalismo y la promesa de que así acontecerá en efecto.

Pero llamar a Dios Padre no sólo exige entrar en el terreno de la analogía (en el que confesamos que lo desemejante es mucho más que lo semejante, y que él, y no los padres humanos, es el término original de referencia) sino que lleva a privilegiar la narración sobre la conceptualización. En efecto para nosotros los cristianos es Jesús quien nos ha enseñado que Dios es Padre y cómo lo es y cómo podemos ser llamados en verdad sus hijos y vivir como tales.

Es cierto que al menos los indoeuropeos, antes que los hebreos, conocían a un Dios Padre (la equivalencia de su denominación llevó casualmente a la sospecha de la existencia de una protolengua común, de un tronco lingüístico indoeuropeo), Padre de los dioses y de los hombres, como se decía de Zeus. Esta denominación aludía a una figura que personificaba lo superior, de lo que procede todo poder, una potencia incontrastable y aun celosa de su predominio, pero que comunica vida e incluso que se entrega. Existía, pues, antes de Jesús y no sólo en su cultura y religión la denominación de Padre referida a Dios. De este modo él, al referirse a Dios así, está aludiendo a una significación compartida. Pero si se refiere a algo conocido, también es verdad que modifica la significación, y que es más lo que la modifica que lo que la confirma. Y sin embargo, incluso al modificarla la confirma en el fondo. Por eso su comunicación acerca del Padre puede ser captada como buena nueva. Aunque, buena nueva pasando por la paradoja y bordeando el paralogismo, es decir entrando en el misterio. Con esto estamos insistiendo en que sólo la narración recibida con fe nos puede llevar a comprender desde dentro de un modo verdadero, aunque incipiente y seguramente deformado, lo que significa que Dios es Padre.

Por eso vamos a referirnos a la revelación que Jesús nos hace de Dios como Padre, enmarcándola en el judaísmo, que es su suelo cultural y religioso.

II AL HACERSE JESUS NUESTRO HERMANO, SU PADRE ES PADRE NUESTRO

Una primera acotación acerca del tema será la constatación de la parquedad con que el AT denomina Padre a su Dios (unas once veces) y la abundancia de este apelativo en el NT (alrededor de ciento setenta menciones). Este contraste, lejos de ser casual y carente de significado, nos da la clave para comprender el sentido de la novedad neotestamentaria, que consiste en que Jesús llamó a Dios su Padre y sus discípulos comprendieron que él era el Hijo de Dios; de tal manera que la salvación que Jesús nos consiguió puede ser descrita diciendo que nos reveló a Dios como Padre, que nos reveló el amor del Padre hacia nosotros que consiste en hacernos verdaderos hijos suyos.

Elección y filiación

Los profetas hablan de Israel como hijo de Yahvé porque él lo hizo pueblo sacándolo de la esclavitud de Egipto (Os 11,1; Jr 3,4.19; Ml 2,10; Sal 68,6), devolviéndolo del destierro (Jr 31,9), rescatándolo (Is 63,16) y recreándolo (Is 64,7). Los libros intertestamentarios hablan del justo como hijo de Dios y de que él le tiene a Dios como Padre por la alianza, centrada en la ley y afirmada personalmente en medio del paganismo e incluso de la persecución (Sab 2,16). Los salmos reales se refieren al rey como hijo de Dios por virtud de la entronización (2,7;89,27; 2 Sam 7,14=1 Cro 17,13).

Se atribuye a Dios la cualidad de Padre y a Israel o al rey o al fiel la condición de hijo por una iniciativa de Dios que entabla una relación tan profunda con ellos que les da un nuevo ser: el de pertenecer a él, así como él les pertenece. Esa relación es fuente de vida. Para relacionarse así con ellos los saca de la esclavitud y del destierro, los rescata del abatimiento y les da la ley de la libertad, que es la llave de la humanidad. Por eso Dios, que otorga esta relación gratuitamente, puede ser llamado su Padre en cuanto que crea una implicación mutua, una familiaridad, que es también un modo de vivir en el que Dios salva y protege y propicia una relación en justicia, misericordia y fidelidad.

Dios es Padre de Jesús

Para nosotros los cristianos Dios tiene un solo Hijo que es Jesús. Así se

revela en el bautismo (Mc 1,11;9,7; cf Jn 1,18). Por tanto Dios es Padre de Jesús. De los demás es creador, salvador, socio y aliado, amigo y siempre Señor.

Es Jesús el que, haciéndose hermano nuestro, nos hace hijos de Dios. Somos hijos en el Hijo. Para decirlo simbólicamente, en el bautismo Jesús nos lleva en su corazón y por eso puede pedir perdón, como Hermano, en nombre nuestro. Si nos aceptamos donde Jesús nos lleva, ahí oiremos la palabra del Padre proclamando Hijo a Jesús, la oiremos dirigida a nosotros también, que formamos con él una sola persona de plural, un solo cuerpo. En cuanto que nos aceptemos en el corazón de Jesús, hagamos lo que hagamos, seremos hijos en el Hijo, porque, hagamos lo que hagamos, él no nos va a echar fuera.

De esta manera son hijos de Dios en principio todos los seres humanos, pues a todos lleva Jesús en su corazón. Claro está que yo puedo rechazar vivir de su amor. En ese sentido es verdad que “el que te creó sin ti no te salvará sin ti”. El amor no se impone sino que respeta absolutamente la libertad de quienes ama. Por eso es posible la condenación. Pero mientras vivamos, todos vivimos en el corazón de Jesús y en ese sentido somos hijos de Dios en Jesús. Para serlo en nosotros mismos tenemos que dejarnos llevar por el Espíritu del Hijo que Dios ha derramado en nuestros corazones (Rm 8,14;5,5).

De todo esto se concluye que, hablando en sentido estricto, Dios es Padre de Jesús. Él es el que puede llamarlo así con toda propiedad y sabiendo lo que dice. Por eso para saber qué encierra esa expresión Padre al atribuirla a Dios tenemos que referirnos a lo que dice Jesús cuando llama a Dios Padre. Pero ¿tenemos acceso a esta vía? Relativamente sí.

Se discute mucho sobre la conciencia de Jesús y en concreto sobre su conciencia de Hijo. Es cierto que el apelativo Abba es jesuánico (Mc 14,36;Rm 8,15; Gal 4,6); y que no es en su boca una expresión casual o intercambiable sino la que expresa más cabalmente su relación con Dios, la que define propiamente los términos de la relación.

¿Qué dice entonces Jesús cuando llama a Dios Abba? No es posible un acceso científico, es decir objetual a la densidad de ese significado. Pero no está completamente vedado ese acceso desde el momento en que él se ha hecho nuestro Hermano y nos lleva en su corazón. Pero es que además no sólo nos ha puesto él en ese lugar privilegiado en el que participamos de esa relación sino que ha derramado con el Padre al Espíritu en nuestros corazones para que podamos conocer a Dios por dentro (1 Cor 2,10-12).

¿Qué dice Jesús cuando llama a Dios Padre?

La expresión Padre, referida a Dios y puesta en boca de Jesús, denota ante todo accesibilidad, es decir un trato no externo sino interno, como formando parte de un mismo conjunto. Un matiz de esta implicación, de esta intimidad es la confianza, una confianza sin límites, en la que él puede descansar, en la que se puede apoyar, a la que puede acudir. Este conjunto de significados estaría cabalmente expresado en un texto de Lucas que es una de las ventanas más adecuadas que aparecen en los evangelios para asomarnos a la percepción que Jesús tiene de Dios ya que en él Jesús pone en boca del Padre lo que él ha escuchado internamente como dicho por Dios a él desde siempre y cada día más claro. Dice así: "Hijo mío, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo" (Lc 15,31). Será un texto que glosará incesantemente el evangelio de Juan (3,35;5,19-21.26;10,30). Esta accesibilidad de Jesús al Padre se basa en la completa donación del Padre a Jesús (Lc 10,22), aunque también se realiza en la entrega total de Jesús a realizar el designio del Padre (Jn 8,29).

Desde una cristología ascendente aparece en primer término esa disponibilidad de Jesús. Pero Jesús no dice después de cumplir su misión: "soy un siervo inútil y sin provecho, no he hecho más que cumplir lo que debía" (Lc 17,10). Tampoco puede decir como María: "Aquí está el esclavo del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). No. Jesús hace lo que le agrada al Padre por su conciencia filial, completamente desde dentro. Por eso no habla ni cura en nombre de Dios sino que lo hace directamente, usando el yo. Este yo, con el que llega a contraponerse al propio Moisés que promulga la ley en nombre de Dios (Mt 5,21-44), no es un yo absolutizado sino un yo absolutamente referido a Dios; pero referido desde él mismo, desde dentro. Es el yo del Hijo. Por eso, incluso desde una cristología ascendente no se puede decir que en los evangelios aparezca un proceso por el que Jesús, cumpliendo el designio del Padre, se vaya configurando como Hijo, ni en el sentido de que el Padre lo vaya adoptando como tal, complacido por su fidelidad, ni menos en el sentido de que sean las obras las que le vayan ganando el título de Hijo. Las obras muestran quién es Jesús, no hacen que Jesús llegue a ser el que no era. Naturalmente que existe un proceso, pero es interior a la propia relación de confianza. Esa relación y las obras consiguientes van haciéndole crecer a Jesús como Hijo, pero en el sentido de que es el Hijo el que crece. Cuando el Jesús joánico dice "el Padre y yo somos una sola cosa", los judíos interpretan que se hace Dios. Pero Jesús explica la expresión en el sentido de que "soy el Hijo de Dios". Para Jesús la unidad es la mutua implicación absoluta que se da

en la relación de Padre e Hijo. Y según él esta implicación se muestra en las obras (Jn 10,30-38).

Dios es Padre porque le da a Jesús de su propia vida; pero, correspondientemente, también el Hijo le hace a Dios ser Padre recibiendo el ser de él. Así pues la relación es recíproca, aunque el Padre es el originante y el hijo el originado. Pero si a Dios le compete de modo absoluto ser Padre, es decir comunicar de una manera total su propia vida, correspondientemente también es propio de Dios la condición de Hijo, o sea poseer el ser divino como recibido del Padre. De este modo esta relación entre Dios y Jesús, siendo como es histórica, no se comprende cabalmente, si no está sustentada por una relación eterna.

El Padre de Jesús sigue siendo su Dios

Sin embargo, para Jesús la relación con Dios como Hijo, en este sentido absolutamente único, es decir esta cercanía y pertenencia totales, no anula el que ese Padre siga siendo para él Dios. Así pues, ese Dios es para él Padre y ese Padre es también Dios. La cercanía se da en el misterio, la pertenencia acontece en la libertad absoluta que es Dios. No es que el misterio relativice la pertenencia sino que la coloca en una dimensión insondable; sigue dándose la confianza absoluta, pero en la fe, que resiste a la tentación de la comprobación compulsiva y que se abre de un modo total a la libertad de Dios.

El que la confianza se realice en la libertad mutua aparece paradigmáticamente en el asunto de las fechas de la llegada del Reino. Según Marcos, Jesús viene con la misión de proclamar que el Reino se está acercando (1,15). Esa proclamación es interior al Reino: con el ministerio, con la presencia de Jesús ya empieza a hacerse presente. Sin embargo justo antes de la pasión declara que él no sabe nada respecto del día o la hora (13,32). Surgirá la pregunta de por qué no se lo pregunta a su Padre, siendo como es su Hijo; pero la verdad es que Jesús le deja a Dios ser Dios. Ese respeto al misterio es una expresión de su confianza filial. Como es Hijo, no tiene la menor intención de tentar a Dios (Mt 4,7). Pero es en la pasión, tal como la relata Marcos, donde se revela de un modo absoluto Dios como misterio para Jesús y precisamente en esa coyuntura se consuma como Hijo. En el huerto aparece una voluntad de Jesús distinta de la de su Padre; pero al preferir la voluntad del Padre a la suya se revela Jesús como Hijo. El que esta preferencia le cueste lágrimas y agonía evidencia la condición de misterio que su Padre tiene para Jesús. Este misterio llegará al máximo cuando en la hora suprema Jesús sienta su abandono. Pero

al arrojarle en sus manos impalpables sella su filiación. Así pues Jesús se consume como Hijo al experimentar a su Padre como misterio absoluto.

Por tanto, si Jesús es la puerta de acceso a Dios como Padre, esto significa que, cristianamente hablando, son inseparables los conceptos de Padre y de Misterio. Si se omite la dimensión de misterio, la noción de Padre se torna intrascendente, la relación con Dios se trivializa y cae dentro de los parámetros meramente culturales. Pero si el misterio no es el del Padre, Dios pasa a ser definido por el poder y su libertad se entiende como arbitrariedad. Sólo un Dios que es Padre y Misterio es digno de fe.

Jesús se ha consumado como hijo al consumarse como hermano. Así nos reveló el amor que Dios nos tiene

El que en la pasión se consume como Hijo es el que también en ella se ha consumado como nuestro hermano. Eso es lo que significa la petición de perdón por sus asesinos, que Lucas pone en boca de Jesús en cruz. El que en el bautismo se había confundido con los pecadores porque realmente cargaba con nuestros pecados, en el trance supremo acaba contado entre los malhechores y malditos (2 Cor 5,21). Lo han puesto ahí contra toda justicia. El que muera en esa tortura infame da la medida del pecado de los dirigentes religiosos y políticos. Pero el que él ofrezca su muerte por sus asesinos y por todos nosotros expresa el misterio de su amor solidario, que supera el misterio del mal que lo aplasta. Así pues, es nuestro hermano el que se consume como Hijo de Dios. El que al vencer al odio, al rechazo, a la traición, a la negación y al abandono nos muestra todo su amor y sella su condición de Hermano es el que es recibido por Dios como Hijo, es resucitado y exaltado.

Dios resucita a Jesús porque con su vida que culmina en su pasión ha revelado su verdadero rostro: lo ha revelado como Padre; a través de su fraternidad, lo ha revelado como Padre nuestro también. Eso es lo que dice Pablo en esa expresión paradójica de que nos ha preferido a su Hijo Jesús, que en definitiva equivale a que en Jesús nos ha demostrado un amor absoluto e incontrastable (Rm 8,32.39).

Así pues, al hermanarse Jesús con nosotros al punto de preferir nuestra salvación a su vida, hasta el punto de no sólo vivir sino también morir por nosotros, él nos hace hijos de Dios. Dios, al resucitar a Jesús, no sólo resucita su fidelidad filial sino su solidaridad fraterna. Y así se revela en él y por él como Padre nuestro.

Relacionarnos con nuestro Padre Dios es fundarnos en Él: la fe

La consecuencia de este acontecimiento de Dios a través de Jesús es el acceso absoluto que tenemos a Dios por medio de él. Después que Dios nos ha demostrado ese amor suyo tan excesivo, el único pecado irredimible es no creer en su amor. Por eso quien abre su corazón a esta entrega que Dios hace de sí mismo, se relaciona con él como un hijo. Esto quiere decir que apoya su vida en ese amor, que funda su vida en él con toda confianza, que considera a Dios como su consistencia, como su principio y fundamento, una roca firme en la que apoyarse y basarse, una presencia que permanece fiel pase lo que pase. Esta actitud que nos define como hijos de Dios es la fe.

“Si ustedes no se fundan en mí, carecerán de firmeza” (Is 7,9) y no subsistirán como pueblo, dice Dios a Israel por medio de su profeta. Y la señal que le da de que pueden apoyarse en él es que un niño que va a nacer va a ser “Dios-con-nosotros” (Is 7,14). Este niño será en ese momento Ezequías, el hijo del rey. Antes que deje de ser niño, habrá desaparecido la amenaza de los reyes de Siria e Israel. Y realmente que Ezequías, ungido rey, fue para Israel “Dios-con-nosotros”, un signo creíble de la fidelidad de Dios a Israel y de la fidelidad de Israel a Dios, un signo vivo de esa alianza.

Para nosotros los cristianos Jesús es el “Dios-con-nosotros” pleno y definitivo, y a la vez el sí total de la humanidad a Dios. Él es así no un signo sino la alianza personificada de Dios con nosotros y de nosotros con Dios. Lo es al definirse como Hijo-Hermano. Por él sabemos que podemos apoyarnos en Dios. Él es el pionero y consumidor de la fe y el sacramento de nuestra fe. Gracias a él podemos apoyarnos en Dios de un modo absoluto: Por el amor que nos ha demostrado sabemos que es un Dios digno de fe. Pero también tal como nos ha demostrado su amor (en la debilidad de la cruz), no nos dispensa de la fe: seguimos sintiendo nuestra debilidad y el peso del mal que nos abate. Por eso tenemos que creer, aunque es de noche. Si creemos así, el Padre de Jesús es de hecho para nosotros nuestro Padre y su Dios es nuestro Dios.

III EL PADRE QUIERE QUE OBREMOS COMO ÉL: QUE SEAMOS HUMANOS COMO JESUS. PARA HABILITARNOS NOS DA SU ESPIRITU

La humanidad de Jesús revela al Padre

Pero Jesús nos ha enseñado que quien vive de fe se dedica a las cosas de

su Padre” (Lc 2,49). Fundarse en Dios libera para la misión. Pero la misión no es otra cosa que “hacer las obras de Dios” (Jn 9,3-4). Jesús hace lo que le ve hacer al Padre (Jn 5,19-21). ¿Y qué le ve Jesús hacer al Padre? Dar vida. Dar vida misericordiosamente, dar vida como don. La vida de Jesús es así revelación del Padre. Quien es capaz de conocer a Jesús por dentro, quien se abre a la congruencia de su vida, “ha visto al Padre” (Jn 14,9).

¿Qué de la vida de Jesús revela al Padre? No algo excepcional que se saliera de sus moldes, de sus cauces, de su lógica sino precisamente su lógica, su mentalidad, su sentir profundo, sus actitudes básicas, sus palabras y obras, en suma su peculiar humanidad, su modo personalísimo de ser humano. Jesús no nos revela al Padre a pesar del velo de su humanidad sino precisamente en ella, que es así símbolo, sacramento, rostro del Padre. Jesús nos revela a Dios como Padre por su amor misericordioso y fiel, por su verdad de cuerpo entero, por su gracia insondable (Jn 1,17). Pero esa entrega misericordiosa se realiza en la debilidad de nuestra misma carne y más concretamente en las pruebas y sufrimientos (Hbr 2,11-18;4,15-16).

Jesús nos revela con su vida al Padre porque vive su humanidad con una plenitud tan desbordante que sólo es posible para un Hijo de Dios. Ahora bien, insistimos en que esa plenitud no consiste en hazañas bélicas o descubrimientos técnicos portentosos o en una inigualable capacidad de organización política o en una erudición pasmosa o en el acopio de riquezas inagotables. Esa plenitud se desarrolló en los cauces cotidianos y estrechos de la gente popular de una oscura región de campesinos en la periferia de un imperio. De tal manera que ninguna persona de las tenidas por importantes, de los vencedores que hacen y escriben la historia oficial, se percató de su existencia, que sólo conocemos a través de sus oscuros discípulos. Ése es el más hermoso de los hijos de los hombres, así se manifestó la Vida (1 Jn 1,2), la vida divina como vida humana. Lo insólito es que esta existencia humana más allá de todo parangón no se ajustó a los paradigmas de excelencia de su época, que son los mismos que rigen en la nuestra. Y por eso no lo conocieron, no lo recibieron (Jn 1,10-11). Pero a los que lo recibieron, a los que reconocieron su humanidad y caminaron en pos de él les hizo capaces de ser hijos de Dios (Jn 1,12).

El Padre es nuestro paradigma

En las contraposiciones del Sermón del Monte se nos presenta de un modo paradigmático la peculiar humanidad de Jesús como ley de la nueva alianza,

como camino para ser hijos del Padre del cielo (Mt 5,17-48). Una completa honradez, una pertenencia absoluta a la verdad, un corazón limpio y unificado, un hermanamiento con los demás que no sólo no hace ningún mal a nadie y perdona las ofensas sino que vence al mal a fuerza de bien. Así fue Jesús y así nos propone él que seamos. Obrar así es obrar como el Padre. Eso es lo que nos trasmite con su vida y con sus palabras el que está con el Padre y habla y obra como le ve a él.

Para Jesús el Padre es nuestro paradigma: sean enteramente buenos, sean misericordiosos, como lo es su Padre del cielo (Mt 5,48; Lc 6,36), “amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen para que sean hijos de su Padre del cielo que hace salir su sol sobre buenos y malos y envía su lluvia sobre justos e injustos” (Mt 5,44-45). El Padre del cielo se relaciona con cada uno de los seres humanos de un modo absolutamente personalizado y gratuito. Da sus dones a los buenos, no como retribución sino por la alegría de verlos así; entabla con ellos una reciprocidad de dones en la que él comienza dando y nunca se deja vencer en generosidad. A los injustos también les da porque los ama con un amor a la vez adolorido y lleno de esperanza. Les da porque los quiere y para que experimenten que es posible vivir de otro modo y que hay más alegría en el dar que en recibir y porque quiere vencer el mal a fuerza de bien.

Un hijo hace lo que le ve hacer a su padre; es su padre es que lo va moldeando, tanto en el carácter y la experiencia de la vida como en el trabajo. Pues también nuestro Padre del cielo nos alecciona constantemente sobre cómo comportarnos. Pero sobre todo es Jesús el que, al ser el Hijo por antonomasia, nos revela de un modo cabal lo que es hacer como el Padre del cielo, lo que es vivir como verdaderos hijos suyos.

Este es el misterio: Los seres humanos habíamos imaginado a Dios por contraposición superadora de todo lo humano y le habíamos buscado en lo separado de la humanidad. De ahí nacieron los templos como lugares donde habitaba Dios y que por eso estaban vedados a los seres humanos. Por eso, tantas ceremonias, que tenían de común que lo ofrecido a Dios era separado del ámbito humano. Por eso también fueron separados unos seres humanos de sus semejantes para dedicarlos al culto divino. Lo divino era así lo Totalmente Otro. Y sin embargo en Jesús se nos revela que hacer como nuestro Padre del cielo es obrar de un modo plenamente humano, pero tan humano como sólo hijos de Dios pueden serlo. Así pues, en Jesús se nos revela que Dios es el paradigma de humanidad. Que lo inasequible de Dios es el grado absoluto de

humanidad que nos propone. Lo trascendente de Dios es lo trascendente de la humanidad: el ser humano supera absolutamente al ser humano.

Ser plenamente humanos (ser hijos del Padre) es seguir a Jesús

Con esto no estamos diciendo que Dios sea el Hombre. Estamos tan sólo aludiendo a esa caracterización bíblica tan elemental: que él nos creó a su imagen y semejanza. Lo que los discípulos de Jesús llegaron a comprender meditando en por qué su vida fue la revelación del Padre es que propiamente hemos sido creados a imagen de su Imagen. Jesús era la imagen adecuada de Dios (Hbr 1,2-3; Col 1,15-20). Por eso, si Dios es el paradigma de la humanidad, lo es sobre todo a través de Jesús. Ser humanos es ser como Jesús. Es ser hijos del Padre del cielo y hermanos de todos los seres humanos desde el privilegio de los necesitados. Y correspondientemente ser hijos y hermanos así es ser propia y cabalmente humanos.

Este es el misterio preanunciado ya en el Deuteronomio. Allí se dice que la ley que Dios prescribe no es algo arcano, la señal del reconocimiento del señorío del Totalmente Otro, sino que esos preceptos son “su sabiduría e inteligencia a los ojos de los pueblos” (4,6), ellos son los cauces de la vida humana y por eso guardarlos es tener la vida y desviarse de ellos es elegir la muerte (30,15-20). “Porque estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas, no están fuera de tu alcance. No están en el cielo, para que tengas que decir: “¿Quién subirá por nosotros al cielo a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?” Ni están al otro lado del mar para que tengas que decir: “¿Quién irá por nosotros al otro lado del mar a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?” Sino que la Palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica” (30,11-14).

En este mismo sentido al dignatario que pregunta a Jesús qué debe hacer para heredar la vida, él le responde que cumpla los mandamientos (Mc 10,17-21), porque también para Jesús ellos no son un peaje que tenemos que pagar a Dios sino la revelación que él misericordiosamente nos hace de las estructuras de la vida humana. ¿Y por qué cumplirlos glorifica a Dios? Porque él es el paradigma de esa vida. Eso es lo que significa en verdad “sean santos porque yo (o como yo) soy santo” (Lv 19,2). La santidad no es en el conjunto de la revelación bíblica que culmina en Jesús separación sino densidad del ser, consistencia, prestancia, peso de vida que se entrega como don. Por eso el Santo, Santo, Santo, es decir el único que tiene verdadero peso, llena los cielos

y la tierra de su gloria, los hace tan consistentes que relucen con su misma prestancia (Is 6,3). Pero en el pasaje de Marcos que comentamos Jesús le dice que la plenitud de esos cauces de vida que Dios revela, autorrevelándose, está en el seguimiento de él, que es la plena revelación del Padre y por tanto la más genuina humanidad. No se entiende la propuesta cristiana si no se comprende la relación entre el dinamismo de la Ley y el seguimiento de Jesús. Mateo lo expresa cuando pone en boca de Jesús que él no ha venido a abolir la ley sino a darle cumplimiento (Mt 5,17). La revelación de los cauces de humanidad tiene una progresividad que culmina en Jesús. Por eso a continuación de esta frase vienen las contraposiciones entre la ley de Moisés y lo que él propone. Que debe ser entendido como su radicalización (hasta la más honda genuinidad humana) y universalización (sin las restricciones de una cultura particular), que son, como hemos venido insistiendo su trascendentalización (el paradigma es el Padre del cielo).

El Espíritu nos capacita

Es hermoso comprender que vivir como hijos del Padre del cielo no consiste en nada extravagante sino en vivir plenamente humanos, pero de tal modo que el paradigma de humanidad no sea ninguna cultura particular sino él mismo, revelado plenamente en la humanidad de Jesús. Pero también hemos insistido en que el ser humano supera infinitamente al ser humano. Ser humanos de ese modo es hermosísimo, sumamente deseable; pero no está a nuestro alcance. Entonces ¿cómo somos llamados a lo que no podemos llegar a ser?

No podemos llegar a esa humanidad cabal desde nuestra propias fuerzas. Pero sí podemos llegar desde nosotros, porque nuestro Padre y su Hijo han derramado en nuestros corazones al Espíritu de ambos que nos habilita para ello.

El Espíritu es el don de Jesús resucitado a toda la humanidad. El nos impulsa a cada uno de un modo personalizado desde más adentro que lo íntimo nuestro. Obedecer a este impulso que pone a vibrar nuestras energías más elementales y nuestros deseos más profundos es vivir en la autenticidad, es decir realizarnos como seres humanos cabales. Esto está, pues, al alcance de todos. Los ateos no sabrán que es el Espíritu de Dios; los no cristianos no podrán reconocerlo como el Espíritu del Hijo; pero lo decisivo es que obedezcan a su impulso. Quienes han recibido el Evangelio lo saben y tienen

en los evangelios el criterio para discernir si realmente lo siguen a él o a otros impulsos propios o de la época.

Ese impulso del Espíritu es el que lleva a vivir como hijos del Padre y como hermanos de todos los seres humanos. Por él podemos decir con toda verdad como Jesús y con él “Abba, Padre”; por él podemos llamar hermanos y hermanas con la boca llena a cada uno de los seres humanos. Por él significa, obedeciéndolo a él, siguiendo su impulso, es decir comportándonos como auténticos seres humanos, como Jesús.

Sin embargo quien confunde a este Padre con el Patriarca de los patriarcas, no vive humanamente. Este es el daño de la idolatría: deshumaniza y siembra muerte. Por eso es imprescindible el deslinde.

SE SOLICITAN AGENTES DE PASTORAL ORANTES Y QUE ENSEÑEN A ORAR

Jesús Genaro Pérez, ocd. (Chulalo)

Me preguntaron qué pediría al próximo Concilio Plenario de Venezuela, y yo, haciéndome eco de la preocupación de muchos cristianos: sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas y laicos que se me han acercado a mí personalmente o en grupos, respondo con el título de este trabajo. Se solicitan agentes de pastoral orantes y que enseñen a orar.

1. Enseñanos a orar

Una sola enseñanza le pidieron a Jesús sus discípulos. “Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando terminaba su oración, uno de sus discípulos le pidió: Señor, enséñanos a orar así como Juan enseñó a sus discípulos” (Lc 11,1).

Le escucharon decir muchas cosas y le vieron hacer otras tantas, pero sólo le pidieron que les enseñara a orar. Ellos intuyeron que lo esencialmente novedoso de su maestro era su especial relación con su “Abba”, relación de intimidad que parecía intensificarse en los tantos momentos en que lo veían a solas con él (Lc 3,21; 4,42; 5,16; 6,12; 9,18; 9,28; 11,1; 22,44).

Cuando Jesús terminó de orar lo abordó un discípulo que en nombre de los otros le pidió: “enseñanos a orar”. Jesús accedió regalándoles la oración modelo, que empieza “Padre nuestro”. En otras ocasiones les habló sobre las actitudes necesarias para la oración (Lc 18,1-14; Mt 6,5-8; 7,7-11).

Según el mismo texto de Lucas, Juan Bautista enseñó a sus discípulos a orar. En las cartas de Pablo también encontramos enseñanzas sobre la oración

(Ef 5,18-19; 6,18-19; Fil 4,6-12; Col 3,16-17; 4, 2-3; 1 Tim 2,1-2; 2,8). Lo mismo hicieron entre tantos San Agustín, San Benito, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Alfonso María de Ligorio. Pero, atención, ésta no es una labor sólo de superdotados, ni sólo de órdenes o congregaciones contemplativas, es una labor de padres y madres, de catequistas y en general, de todos los agentes de pastoral. Como dice desde Brasil ese profeta de nuestros días que es el obispo Pedro Casaldáliga: “Debemos vivir la oración, testimoniar la oración. Los discípulos le pidieron a Jesús: “enseñanos a orar”. Los agentes de pastoral deben enseñar a orar”.

2. Diversas posturas ante la oración

Sobre la necesidad y la práctica de la oración existen varias posturas en nuestra Iglesia venezolana:

- Están los grupos y personas para los cuales *la oración no tiene sentido*, en muchos casos los mismos líderes relativizan la oración.

- Existen también un gran número de *personas que rezan* plegarias tradicionales, a veces mecánicamente, a veces con más o menos devoción, a veces eventualmente, a veces con más frecuencia.

- Están también los que *hacen oración*, dialogan con el Padre algún o algunos ratos al día no con oraciones aprendidas sino con palabras conforme a sus deseos y necesidad.

- Se encuentran también en una menor proporción los *orantes*, personas que mantienen un trato continuo de intimidad con Dios que abarca tanto los ratos explícitos de oración, como el resto de la jornada. Este estado es descrito por Casaldáliga: “...a medida que nos comprometemos con Dios, a medida que nuestra amistad con él crezca, y a medida que más y mejor “tratemos de amistad con él”, más normalmente nuestra vida y nuestra lucha será oración. Iremos llegando a un punto de confluencia en el que será muy difícil distinguir las aguas. Estaremos viviendo entonces en lo que los antiguos llamaban “estado de oración”. Yo doy testimonio de que hay muchas comadres que viven en estado de oración, son contemplativas. La contemplación sería eso: haber llegado a una especie de “estado de comunicación” con el Dios de Jesús, con el Dios de la creación, con el Dios de la Vida, con el Dios de la Liberación, con el Dios de los Pobres, con el Dios de muerte-hacia-la-vida... Un “estado de comunicación más o menos estable, permanentemente, natural, gratuito... a la vez esforzado y conquistado...”.

3. Quien acompaña los procesos

Unos y otros necesitan de la ciencia (conocimientos) y de la experiencia (vida) de los acompañantes del espíritu. Los que no han descubierto la necesidad de la oración para que, en palabras de Teresa, “no carezcan de tanto bien”. Los otros para ir discerniendo el camino que llevan, para no encerrarse en experiencias intimistas o desencarnadas, para superar los obstáculos del camino, para abrirse a la novedad de Dios, para aprender de la experiencia de los grandes maestros del espíritu de todos los tiempos y en fin “porque hay también muchas almas que piensan que no tienen oración, y tienen mucha; y otras que piensan que tienen mucha y es poco más que nada”.

La necesidad de la oración y de la pedagogía de la oración está allí. Pero faltan pedagogos, o mejor, “mistagogos”, personas que vivan la experiencia y la transmitan. La gente tiene muchas maneras de expresar la necesidad y la escasez de maestros del espíritu, dicen por ejemplo:

- Qué difícil es encontrar un sacerdote, religioso, religiosa o laico que nos dé el retiro.

- A quién, con suficiente formación, podemos pedir que acompañe, aunque sea eventualmente, nuestro grupo de oración, nuestro grupo de meditación, nuestro círculo bíblico, etc.

- Me siento desasistido(a) espiritualmente.

- ¿Quién tiene tiempo para escuchar mi experiencia con Dios?

- He contado mi experiencia espiritual al párroco, obispo, rector, superior(a), provincial, monja, grupo y en vez de aconsejarme me dijeron fanático(a), me dijeron pasado(a) de moda, me dijeron que lo que importa es el apostolado, se murieron de la risa, o cualquier otro insulto del que haya sido víctima. Es posible que usted esté de remate, pero precisamente por eso no conviene insultarlo sino recomendarle la persona que mejor pueda ayudarlo.

La situación aparece muy bien retratada por Pedro Trigo, en un artículo tan voluminoso como interesante publicado recientemente es esta misma Revista: “Es sintomático que mucha gente que busca sinceramente a Dios no acuda para ser ayudada a las parroquias o a las casas religiosas porque la imagen que tienen del párroco es la de un funcionario y la de los religiosos y religiosas la de promotores educativos, sanitarios y sociales, pero en ambos casos no esperan encontrar a gente que participa de esa misma inquietud, que tiene hambre de Dios, que va resueltamente por sus caminos y que por eso como compañero

avezado de camino puede acompañar a otros. Más aún, no se tiene la impresión de que la institución eclesial está para eso sino para hacer ritos sagrados (que tendrían eficacia por sí mismos, independientemente de la devoción de quien los ejecuta), para dictar normas (que supuestamente contendrían la voluntad de Dios) y para prestar servicios humanitarios”.

Algo similar escribí en esta Revista, en el número dedicado a la postmodernidad: “El pueblo latinoamericano, y en especial el venezolano, es un pueblo particularmente religioso, y busca de diversas maneras llenar ese vacío o hambre de Dios que lleva dentro, y cuando acude a nuestras celebraciones, grupos y reuniones se encuentra o con un activismo social fanático o con un ritualismo sacramental igualmente fanático, ambos vacíos de experiencia de Dios”.

4. Diversos intentos de solución

Como la sed permanece se han intentado varias soluciones a los problemas. Omito aquí los grupos donde eventualmente se reza o se ora y me refiero a los grupos para los cuales es fundamental la oración.

a) Grupos donde se reza

Aquí se incluyen varios grupos tradicionales: cofradías, Legión de María, Movimiento de Cursillos de Cristiandad, etc. Allí se encuentran algunas personas verdaderamente contemplativas. El problema en algunos casos es que la rigidez de las estructuras, de las reuniones y de los manuales dificulta el enriquecimiento experiencial y doctrinal fruto del contacto dialogal con otros grupos eclesiales. Un buen acompañante podría hacer de puente con otras experiencias.

b) Grupos de Oración

Nombro a dos, por ser los más conocidos y extendidos en Venezuela. Se encuentran los Talleres de oración de Ignacio Larrañaga y la Renovación Carismática. Ambos movimientos cuentan con facilitadores de experiencia, talleristas o charlistas. Algunas personas, sin embargo, cuya experiencia inicial comenzó en estos grupos, tienen la necesidad de ir más allá de los continuos retiros básicos y talleres y profundizar en su vivencia espiritual, que es de mayor hondura que la de sus compañeros habituales. En otros casos se

descuida el apostolado. Un buen acompañante podría enriquecerlos con la rica doctrina espiritual de nuestros grandes santos y les recordaría la necesidad de que la experiencia oracional se manifiesta en obras concretas de amor.

c) Experiencias particulares

Aquí entrarían las experiencias que algunas comunidades o personas particulares realizan. Existen comunidades religiosas que promueven la oración, los retiros espirituales y el acompañamiento de procesos espirituales. Las esclavas de Cristo Rey, el Lumen Dei y algunos sacerdotes Jesuitas promueven los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, claro está, desde tendencias teológicas y espirituales distintas. Los carmelitas descalzos, por ejemplo, promovemos la espiritualidad y la oración Teresiano San Juanista en retiros, charlas y publicaciones, en Barquisimeto estamos madurando la idea de realizar una escuela de formación para acompañantes espirituales. Están surgiendo también algunos grupos que practican la lectura popular orante de la Palabra de Dios o Lectio Divina, impulsados por las experiencias que desde Brasil nos regaló el excelente biblista carmelita de la antigua observancia, Carlos Mesters.

Se encuentran también algunos religiosos y religiosas que no solamente se dedican a dar retiros sino que además acompañan procesos personales. Una buena experiencia la realizó recientemente en Caracas el tan querido de muchos, y fallecido, Ignacio Huarte, sj. La demanda, sin embargo, desborda con muchos las posibilidades de atención y falta una verdadera concientización de la Iglesia venezolana respecto a la necesidad de la pastoral de la oración.

d) Búsquedas personales

Otros deciden buscar conocimientos acerca del mundo del espíritu por su propia cuenta. A veces aciertan, pero muchas veces no. A veces se acercan a literaturas religiosas leyendo sin discernimiento, desde las obras de escritores cristianos como otras ajenas a nuestra fe. Otros se anotan en distintos grupos, pasando por experiencias protestantes (pentecostales, evangélicas) o sincretistas (Metafísica, Nueva Era, Meditación Trascendental, etc.), no para enriquecerse espiritualmente, ya que muchas veces no tiene clara su propia identidad religiosa sino para confundirse más. Lo que empieza siendo una búsqueda sincera, termina creando una verdadera confusión espiritual y un alejamiento de la realidad familiar, social y cultural.

“El corazón humano no se satisface con menos que Dios”. Por eso, o le facilitamos a la persona humana la experiencia de Dios o la irá mendigando de puerta en puerta, cambiando de experiencias religiosas, como se cambia de moda, contentándose con las migajas que caen de la mesa del Padre, siempre insatisfecha y sin poder hartarse, “porque las migajas más sirven para avivar el apetito que para quitar el hambre”.

“En esta época en que hay tanta hambre de Dios, en que tantas personas buscan ansiosamente tener una relación con él que las densifique y las salve, es triste y vergonzoso que en nuestra Iglesia tengamos tan pocos maestros espirituales”.

5. Razón de la ausencia

La principal razón de la ausencia de maestros de oración, es la relativización y la escasa o nula importancia que se da a la oración. Se considera que la oración no es útil, que es una pérdida de tiempo, que la lucha también es oración, etc. Si la oración no es importante, entonces tampoco es importante formar para ella, mucho menos formar para formadores.

Recuerdo una vez cuando en la parte del cementerio viejo de Caracas que llaman “La Peste”, un grupo quiso boicotear la celebración religiosa que realizábamos por las víctimas del 27 de febrero, cantando la canción de Alf Primera: “No basta rezar, hacen falta muchas cosas para conseguir la paz”. Entre paréntesis, estoy de acuerdo perfectamente con la letra de la canción pero no con la intención manifiesta de los que la cantaron. No basta rezar, no significa que no se debe rezar sino que no es suficiente rezar. Bastante rezaron Flora la de Ceferino y el mismo Ceferino, lo mismo hizo Mamá Pancha, la del largo rosario y otros personajes del repertorio de poesías de este cantautor del pueblo.

Una politización unilateral, “eficacista” y secularista puede llevarnos a dejar la oración: desde esa perspectiva de la oración aparece una pérdida de tiempo, y la emergencia de la revolución exige hacer urgentemente. Esa politización eficacista, para los menos políticos revestiría la forma de activismo... Hemos llegado a decir: todo es oración, la lucha también es oración. Pues no. La lucha no es oración. Ni siquiera la lucha por la liberación. La lucha es la lucha. Y la oración es la oración. Para mí eso está claro. En este punto debemos ser muy sinceros y hasta taxativos... Por eso nosotros no debemos confundir las palabras en lo referente a la oración: la lucha es la lucha

y la oración es la oración. Ahora bien, eso sí, la lucha en la fe, desde la fe, por causa del Reino, puede y debe ser para nosotros vivencia de fe. Incluso anuncio de fe. Pero no es propiamente oración. No es fácil, ciertamente, definir las fronteras. Es evidente que muchos hermanos, en la lucha, en la oración, en el compromiso con los hermanos... también están orando. Abiertos explícitamente a Dios, a veces formulando incluso una oración explícita, y todo eso es oración. Lo que quiero decir es que caigamos en el simplismo cómodo de decir que todo es oración para justificar el hecho de que no hacemos oración explícita. La oración exige también su hora, su tiempo, su lugar...”.

Los síntomas de que la oración ha dejado de ser importante para muchos son evidentes:

- Muchas comunidades religiosas y seminarios tienen muy escaso tiempo para la oración, si acaso lo tienen. A veces ese tiempo se reduce al rezo mecánico de la Liturgia de la Horas.

- Gran parte de las vocaciones religiosas jóvenes se van decepcionadas al no encontrar entre sus formadores personas de oración, se encuentran más bien con trabajadores(as) sociales y se preguntan en qué momento la supuesta Congregación u Orden se afilió a una de las universidades del país en la cátedra de trabajo social.

- En las parroquias las vigiliyas ya no son vigiliyas sino una reuniones informativas.

- Los retiros se transforman en convivencias donde se realizan dinámicas de integración, donde se corre, se trota, se juega, se canta: “alé limón el puente se ha caído, alé limón mandalo a componer” o “a la víbora de la mar por aquí podrás pasar, el de alante corre mucho y de atrás te seguirá”.

- Los mal llamados espacios de oración se convierten en espacios de lectura y reflexión grupal de un artículo de prensa, como por ejemplo, por quién vale la pena no votar o la lectura de un trozo de un libro muy importante. Por piadoso que sea el libro, una lectura es una lectura, no es una oración.

6. Consecuencias de la relativización de la oración

Las consecuencias de la relativización de la oración son bien conocidas por los hombres y mujeres de Dios de ayer y de hoy.

Decía Santa Teresa de Jesús: “De lo que yo tengo experiencia puedo decir;

y es que, por males que haga, quien la ha comenzado que no la deje; pues es el medio por donde puede tomarse a remediar, y sin ella será mucho más difícil... Y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo, no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear... “También decía: “La verdadera caída es dejar la oración”.

Decía San Juan de la Cruz: “Quien huye de la oración, huye de todo lo bueno”. También decía: “Adviertan aquí, los muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho provecho harían a su Iglesia y mucho más agrandarían a Dios, a parte del buen ejemplo que de sí darían, si gasten la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración. Si así lo hicieran, harían más y con menos trabajo, con una obra que con mil; porque de otra manera, todo es martillar, hacer poco más que nada, y a veces nada, y aún a veces daño”.

Dice Casaldáliga: “La oración es una de las actitudes fundamentales derivadas de la opción fundamental. El cristiano es un orante. Tener fe y no orar es una forma de no tener fe. La fe sin obras es una fe muerta; la fe sin oración también”. También dice: “Conozco comunidades que se fueron a pique por dejar de hacer oración, según han reconocido ellas después”. Y dice también: “La oración de cada día, particular y comunitaria, un agente de pastoral que no haga individualmente siquiera media hora de oración diaria, además de la que haga en equipo, no da la talla suficiente como agente de pastoral”.

Dice Pedro Trigo: “Nuestra Iglesia no será sacramento si descuida esta dimensión específicamente religiosa. Más aún, no lo será si ella no es tan densa que configure a la Iglesia. Nuestra Iglesia tiene que ser la Iglesia de Dios. Pero para que lo sea nosotros tenemos que ser hombres y mujeres de Dios. Aun con todos nuestros pecados y miserias, pero de Dios. Y eso significa que la relación con él lleva cada día la voz cantante; y que a pesar de constantes resistencias y contradicciones, nos dejamos configurar por esa relación. Entonces estaremos en condiciones de hablar de Dios densamente y de llevar a él”.

Dice también: “Si hoy nuestra iglesia no se configura para llevar al pueblo hasta Dios, no solo no será sacramento de salvación sino que “su casa les quedará desierta” (Mt 23,38)... “Por eso tenemos que mirarnos de frente, desde los obispos a los superiores mayores religiosos, desde los teólogos hasta los catequistas y demás agentes pastorales, y preguntarnos si estamos en camino, si estamos espiritualmente hablando; y qué tenemos que hacer para que nuestra relación con Dios sea desnuda y abierta”.

7. Formar para la oración

Esta es mi propuesta para el Concilio Plenario de Venezuela. Que se forme para la oración. Esto implica que en las comunidades religiosas, los seminarios, los grupos cristianos, las parroquias y las vicarías dediquen tiempo a la práctica oracional y a la enseñanza doctrinal sobre la oración y se tome en serio este compromiso tanto a nivel comunitario como a nivel personal.

Además conviene formar a formadores, conviene que lleguemos a tener un gran número de agentes de pastoral dedicados a la pastoral de la oración. Para esto sería conveniente que se abra finalmente la tan anunciada licenciatura en espiritualidad en el ITER, que abarca mucho más que el tema de la oración y que formaría eficazmente a formadores y acompañantes del espíritu.

8. Cuál oración

Hay otra razón por la cual muchas personas han relativizado la oración y han preferido huir de todo lo relacionado con ella y quise dejarla para el final por razones pedagógicas. Muchas personas y grupos que se llaman orantes no realizan sino una pantomima de la oración cristiana. Lo que llaman oración es en algunos casos una forma de huir de la realidad en la que están insertos. Algunos se encierran en un tipo de oración intimista, desencarnada, espiritualista, en una búsqueda de sí mismos sin compromisos apostólicos, buscando sólo sensaciones sobrenaturales, anhelando ver ángeles o apariciones de la virgen, o deseando que les llueva escarcha del cielo.

De esta falsa oración decía Juan de la Cruz: “Esto por ventura, es buscarse a sí mismos en Dios, lo cual es harto contrario al amor. Porque buscarse a sí en Dios, es buscar los regalos y las recreaciones de Dios, mas buscar a Dios en sí es no sólo carecer de eso y esotro por Dios, sino inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo; esto es amor de Dios”. “Es más preciosa delante de Dios una obra o un acto de voluntad hecho en caridad, que cuantas visiones y revelaciones pueden tener del cielo”.

Y decía Santa Teresa: “Yo no quisiera otra oración sino la que me hiciese crecer en las virtudes, ¡Oh! que esta es la verdadera oración y no unos gustos para nuestro gusto y no más”. “En los efectos y obras de después se conocen estas verdades de la oración, que no hay mejor crisol para probarse”.

Más fuertemente dice la primera Carta de Juan: “Los hijos de Dios y los

del diablo se reconocen en esto: el que no obra la justicia no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano” (1 Jn 3,10).

Por eso no es sólo importantes enseñar a orar sino atender al tipo de oración que se enseña, no todo lo que parece oración es oración cristiana. En otra ocasión podríamos dar algunas pautas de discernimiento pero por los momentos podemos decir con Pedro Casaldáliga: “Un test confiable de nuestra espiritualidad (o la de cualquier persona, comunidad o grupo) consiste en preguntarse al servicio de qué Dios, de qué hermanos, de qué Causa hacemos nuestra oración... La oración debería ser como la de Moisés: subir y bajar, subir al Monte Carmelo y bajar también. Nosotros fuimos educados en un tipo de oración que sólo subía y no bajaba. El elevador de la oración nos dejaba ahí, en las nubes. Y eso no nos sirve. Porque Dios no necesita de nuestra oración, ni está en las nubes. Los que necesitamos de la oración somos nosotros, y los hermanos, que tampoco andamos en las nubes...”.